

¿Dónde está Dios, papá?

Las respuestas
de un padre ateo

Clemente G^a Novella



eBook



ebookmundo.com

¿Dónde está Dios, papá?

Las respuestas
de un padre ateo

Clemente G^a Novella



eBook



ebookmundo.com

La sencilla pregunta de unos niños – los hijos del autor – da su título a ¿Dónde está Dios, papá? Lo que en un principio iban a ser sólo unas cuantas notas, redactadas para aclarar sus propias dudas, se acabaron convirtiendo en este libro. Como el propio Clemente G^a Novella explica en el prólogo, conforme los párrafos iban surgiendo se dio cuenta de que quizás otros padres se estarían encontrando en su misma situación: la de querer responder ciertas preguntas desde una perspectiva

agnóstica o atea, en lugar de con las explicaciones que habitualmente brindan las religiones.

A lo largo de 200 páginas, el padre-autor va contestando a las 24 interrogantes que dan inicio a otros tantos capítulos.

A pesar del estilo infantil de las preguntas, las respuestas también van dirigidas a lectores adultos, padres o no, que estén interesados en saber algo más sobre las bases racionales que sustentan la no creencia en dioses.

En palabras del autor, la pretensión

del libro no es convertirse en un «catecismo ateo», sino servir de herramienta para aquellos padres que quieran enseñar a sus hijos unos valores universales de forma directa, sin la intermediación de ninguna divinidad.

Tanto niños como adultos han de sentirse libres de poder analizar, sirviéndose del sentido común, cualquier supuesto. Cualquiera, incluidos los que los credos religiosos suelen dar por sentados: la existencia de los dioses y la existencia del alma.



Clemente García Novella

¿Dónde está Dios, papá?

**Las respuestas de un padre
ateo**

ePUB r1.2

Ariblack 21.10.13

Título original: *¿Dónde está Dios, papá?*
Clemente García Novella, 2012

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.0

más libros en Ebookmundo.com

A mis padres

Vuestros hijos, aunque estén con
vosotros, no os pertenecen.
Podéis darles vuestro amor, pero
no vuestros pensamientos,
porque ellos tienen los suyos
propios.
Podéis esforzaros en ser como
ellos,
pero no busquéis hacerlos como
vosotros.

KHALIL GIBRAN

Prólogo

El porqué de este libro

La edad exacta no la recuerdo, pero sé que mis dos hijos eran muy jóvenes cuando me preguntaron por primera vez si existía Dios. Es una duda que yo nunca tuve de niño. Crecí en el seno de una familia religiosa. Me eduqué en un colegio católico. La existencia de Dios era algo que se daba por hecho, sobre lo que no se vacilaba. Por supuesto yo creía en un dios: el de la época y el país

en el que nací. No tuve la opción de no creer, de la misma forma que siguen sin tenerla la mayoría de los niños en el mundo. Para mis hijos, sin embargo, sí había una alternativa; que Dios no existiera era una posibilidad. Al oírles hacerme preguntas, al oírles dudar, me pareció que tenían mucha suerte porque nadie fuera a imponerles sus creencias.

A todas sus interrogantes respecto a la existencia o no de Dios, he tratado siempre de contestar de forma honesta, sin endulzar mis respuestas. También he intentado dejarles claro que, aunque mi punto de vista tiene una base racional, al fin y al cabo no es sino eso: un punto de

vista; una interpretación; una forma de ver las cosas entre las varias posibles. En todo momento he querido que supieran que la mayoría de la humanidad no opina lo mismo que su padre y que hay miles de millones de personas en el mundo que sí creen en uno o varios dioses.

Mientras estoy escribiendo estas líneas, ellos aún no tienen edad para comprender muchas de las ideas de las que voy a hablar aquí, pero espero que, cuando llegue el momento en que puedan entenderlas, estas páginas les gusten. Incluso, tal vez, lleguen a ayudarles en sus vidas.

Ése fue el origen de este libro. Al principio, quise exponer sobre el papel de forma ordenada, para mí mismo, lo que opinaba sobre los dioses y las religiones con el fin de poder explicárselo mejor a ellos, de poder responder con sentido a sus dudas. Después, conforme los párrafos iban surgiendo, pensé que, en unos años, ellos mismos podrían ojearlos. Finalmente, me di cuenta de que ciertos adolescentes, y también algunos padres, podrían estar interesados en leer lo que yo estaba escribiendo. Me pareció que debía de haber muchos que se estarían encontrando en mi misma situación: la

de querer responder desde una perspectiva agnóstica o atea las preguntas a las que habitualmente se contesta con las respuestas que brindan las religiones.

Las páginas que siguen a continuación son el resultado final de todo ese proceso. Aunque, finalmente, el título del primer capítulo haya sido el que ha dado nombre a todo el libro, éste también podría haberse titulado *El ateísmo contado a mis hijos*. Sin embargo, este libro no pretende ser un «catecismo ateo». En absoluto. Los cristianos educan a sus hijos como cristianos, los musulmanes como

musulmanes, los judíos como judíos, los hinduistas como hinduistas... así que, ¿los ateos no tienen derecho a educar a sus hijos como ateos? Pues bien, a pesar de ser yo mismo ateo, creo que la respuesta es no: los ateos no hemos de educar a nuestros hijos en el ateísmo (tampoco es necesario: los niños nacen ateos; son los adultos los que les enseñan a creer en dioses e imprimen en sus cerebros las creencias religiosas que ellos, a su vez, recibieron de sus mayores y que se correspondían con la época y el lugar del mundo en los que les tocó crecer).

Creo que en lo que ha de instruirse a

los niños no es en ser ateos, sino en rechazar el dogmatismo y las creencias por imposición. A lo que hay que enseñarles es a pensar libremente y a analizar de forma crítica cualquier supuesto. Estoy completamente de acuerdo con las palabras que escribió, hace más de dos siglos, el ilustrado escocés James Beattie: «El objetivo de la educación debería ser enseñar *cómo pensar* antes que enseñar *qué pensar*». Me parece que, de lo que debemos proteger a nuestros hijos es, en general, de cualquier adoctrinamiento y de cualquier opinión impuesta por otros.

Todo niño debería sentirse libre de

aplicar de manera imparcial la capacidad de razonar y el sentido común a cualquier hipótesis, incluida y como cualquier otra —¿por qué no?— la de que existe un dios todopoderoso que diseñó y creó el mundo en el que vivimos y que es capaz de alterar el funcionamiento de las leyes naturales de ese mundo si nosotros se lo pedimos mediante la oración.

El supuesto de que los dioses existen ha sido siempre considerado como un asunto metafísico. «La fe y el intelecto son terrenos separados. La razón no tiene nada que decir cuando de materias de fe se trata», nos dicen, en ocasiones,

los pastores de los distintos credos o muchas personas con convicciones religiosas. Es una forma muy antigua de protegerse; un procedimiento sutil para blindarse ante cualquier examen cabal. Según yo lo entiendo, no tenemos que sentirnos obligados a aceptar ese escudo invisible. La educación que quiero que mis hijos reciban no ha de imponerles ninguna traba a que puedan servirse de su discernimiento para examinar cualquier cuestión. Incluida la de si existen o no los dioses.

Además, mi opinión es que los niños pueden aprender a pensar sin restricciones, libremente, sin que las

personas que sostienen creencias en dioses y en otras vidas tengan por qué sentirse atacadas por ello.

Si, después de haber recibido ese tipo de educación, mis hijos, conforme vayan creciendo, experimentan la necesidad de tener algún tipo de creencia religiosa, podrán hacerlo utilizando su libertad. Y yo, como padre, me sentiré tranquilo de no haber determinado sus creencias por las mías.

Me gusta que mis hijos escuchen a personas religiosas, con convencimientos diferentes de los que yo tengo para que, como escribió Montaigne, «froten y limen sus cerebros

contra los de otros». El hecho de que, en su misma clase, haya otros niños que estén recibiendo enseñanzas religiosas me parece provechoso para ellos: es una buena manera de que se expongan directamente a otras formas de ver el mundo. Para lo bueno y para lo malo, muchas de las personas con las que mis hijos tendrán que convivir a lo largo de sus vidas estarán viviendo las suyas desde una perspectiva teísta. No sería bueno para ellos que no hubieran tenido contacto desde niños con las creencias de otras gentes. No entenderían que buena parte de las cosas que suceden en el mundo, o de las motivaciones que

mueven a las personas a tal acción o a tal otra, sólo pueden llegar a comprenderse si se tienen en cuenta los fenómenos religiosos.

Creo que la intolerancia se cura viajando; que el fanatismo en las opiniones propias se cura viajando por las opiniones de los demás. En matemáticas, en geología, en química, en literatura... podrán encontrar conocimiento, saber, certeza. En cuestión de dioses, sólo opiniones.

Aquí van las mías.

PARTE I

SOBRE DIOSES

1

¿Dónde está Dios, papá?

En la imaginación de las personas. En sus deseos.

Ah, entonces ¿no existe?

Mirad... La mayoría de la gente en el mundo **cree** que sí que existe un dios muy poderoso que creó el sol, las

estrellas y todos los planetas. También la Tierra, con todo lo que hay en ella: mares, montañas, ríos, árboles, plantas, animales, seres humanos...

Yo **pienso** que lo que pasa es todo lo contrario. No es que un dios haya creado el mundo y a la humanidad. Hemos sido nosotros, los seres humanos, los que, con nuestra imaginación, hemos creado, hemos inventado, a todos los dioses de la historia porque deseábamos que existieran.

Estoy resaltando en letra negrita los verbos pensar y creer para subrayar

hasta qué punto las considero cosas diferentes. En muchas ocasiones, **pensar**, reflexionar sobre algo, no nos lleva a saber con certeza y a estar seguros, sino a seguir dudando.

Sin embargo, **creer** fervientemente, tener fe, sí que resuelve las dudas. Y, además, es más cómodo. Es la fe la que mueve montañas; la duda sólo las forma. Ahora bien, por muy apasionadamente que se crea en algo, ello no significa necesariamente que lo creído sea cierto. Más bien al contrario: cualquier certeza nace de haber dudado antes. «La razón sin fe está vacía», decía santo Tomás de Aquino. «La fe sin razón está ciega», le

podríamos objetar. Porque en realidad la fe no da respuestas, sólo detiene las preguntas.

Las personas con convicciones religiosas **creen** que un dios creó al hombre a su imagen y semejanza de la nada, siguiendo un plan divino.

Yo **pienso** que sucedió al revés: fuimos los seres humanos los que imaginamos un dios todopoderoso, idealizado, al que dotamos de todas las cualidades que nos gustaría que tuviera y que a nosotros nos gustaría tener (pero es un dios en el que, al mismo tiempo, se pueden entrever con claridad muchos rasgos psicológicos negativos propios

de sus inventores, como veremos enseguida).

Así, en ese proceso de idealización, dado que los seres humanos nos sentimos tan impotentes ante las fuerzas de la naturaleza, a Dios lo imaginamos todopoderoso, porque es como nos gustaría que fuera. Como a nosotros nos cuesta esfuerzo perdonar, Dios tiene que ser infinitamente misericordioso. Ya que nosotros nos vemos tan limitados por nuestro cuerpo, a Dios nos lo figuramos como espíritu puro. Como nosotros somos mortales, Dios ha de ser eterno. Nosotros cometemos malas acciones, Dios es santo. Nosotros nos

equivocamos, Dios es sabio; más aún: infalible. Nosotros pequeños, Dios infinito, sin límites. Nosotros imperfectos, Dios perfecto.

Pero, inevitablemente, el personaje también va adquiriendo los rasgos propios de sus creadores. Montesquieu, en sus *Cartas persas*, ya escribió que «si los triángulos crearan un dios, sin duda le darían tres lados». Y Spinoza, cincuenta años antes, había usado la misma imagen: «Si un triángulo pudiera hablar, posiblemente terminaría por decir que su dios es eminentemente triangular; y, un círculo, que la naturaleza de Dios es claramente

circular». Lo que adoramos cuando adoramos a dioses es a nosotros mismos, aunque sea a través de una imagen embellecida.

De esa forma, al mismo tiempo que le idealizan, los creyentes de todas las religiones van instilando en la imagen que se hacen de su dios un temperamento poco ideal, inequívocamente humano. Se le acaba atribuyendo características y reacciones propias de nuestra forma de ser, no de una divinidad. Es lo que se denomina antropomorfismo: dioses con forma humana. Por ejemplo, por un lado se describe a Dios como infinitamente misericordioso pero, a la vez, capaz de

castigar con las penas de un infierno eterno por un sinfín de motivos diferentes. Una condena tan definitiva y despiadada sería propia más bien de un ser vengativo y cruel —rasgos ambos muy humanos—, no de alguien a quien, en la imagen idealizada que se tiene de él, se le describe como ejemplo de compasión, de bondad y de amor hacia todos los hombres.

Los creyentes de muchas religiones explican a sus hijos que Dios es infinitamente bueno pero, al mismo tiempo, les enseñan que castiga con el fuego eterno a todo aquel que no crea en su existencia. Esa vanidad, ese desear

que todo el mundo afirme su existencia y le venera, común a la mayoría de los dioses, es también muy propia de la naturaleza humana. Si existiese un dios, me gustaría que no fuese tan vanidoso y hambriento de devoción como somos los humanos. Nietzsche decía: «No puedo creer en un dios que quiere ser adorado constantemente».

Como explica muy acertadamente André Comte-Sponville en su libro *El alma del ateísmo*, en lo que se refiere a cómo nos imaginamos los seres humanos a los dioses es muy difícil escapar de la polarización entre lo desconocido (algunas religiones no pueden concebir

cómo es su dios y hablan de él como un ente indescifrable, incomprensible, inescrutable, impronunciable, incognoscible, inexplicable, inmaterial...) y lo antropomórfico (otras personas visualizan un dios demasiado comprensible y con demasiados rasgos humanos como para poder ser considerado divino).

Más cerca del primer extremo, el de los dioses inmateriales e indescifrables, podríamos poner como modelo al dios de la religión judía, al de la musulmana o al de la cristiana. Balzac escribió: «Creo en la incomprensibilidad de Dios». En los evangelios cristianos

puede leerse: «Dios es espíritu y en espíritu se le debe adorar». O tal como lo expresó algún místico fervoroso, cuyo nombre no ha pasado a la historia: «La naturaleza de Dios es un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no puede verse en ningún lugar».

Por el contrario, cualquiera de los dioses de la Antigüedad grecorromana o de las mitologías nórdicas sería un buen ejemplo de aquellos que presentan un carácter y unos atributos completamente humanos. A los dioses griegos, romanos y nórdicos les ocurría como a la mayoría de los hombres y mujeres de

éxito: eran vanidosos y deseaban airear sus hazañas. Sin duda, de haber existido, habrían escrito su autobiografía.

En palabras del genetista Albert Jacquard: «Las religiones están marcadas por numerosos rasgos de infantilismo y de antropomorfismo. En nuestra incapacidad de concebir a Dios, nos refugiamos en representaciones caricaturescas y le revestimos de atributos humanos, por ejemplo, imaginándolo como un padre».

Por otra parte, dado que le conceden rasgos humanos, los fieles de todos los credos terminan por comportarse con sus dios como lo harían con un ser humano

poderoso: como a los hombres nos gusta mucho recibir regalos, a Dios —a todos los dioses de la historia— se le hacen ofrendas de alimentos, velas, flores... y sacrificios de animales e, incluso, de humanos. También se le piden favores y, a cambio, se llevan a cabo actos que suponemos que serán de su agrado: oraciones en las que se le alaba, promesas de renunciaciones, juramentos de buenas acciones...

En la imagen idealizada que las personas religiosas tienen de sus dioses les suponen perfectos pero, al mismo tiempo, hemos visto que les asignan comportamientos feroces, resentidos,

iracundos, vanidosos... Todos ellos son rasgos demasiado humanos, demasiado alejados de la perfección, como para no hacernos reflexionar sobre el linaje de los dioses. Sería comprensible que los círculos crearan dioses circulares: no es insólito que dioses creados por los hombres tengan atributos humanos.

Es natural que los productos de unos seres terrenales tengan un carácter tan poco celestial.

2

¿Para qué imaginar dioses?

Para sentirnos menos tristes por la muerte y por las cosas feas que pasan en el mundo.

No te entendemos, papá.

A ver. Cuando una persona muere, todos los que la queríamos nos sentimos

muy tristes. Nos damos cuenta de que no vamos a poder verla nunca más. Pero si creemos que su espíritu no ha muerto, que su alma está viajando al cielo para estar con Dios, enseguida nos encontraremos un poco mejor.

Lo siguiente que nos imaginaremos es que nuestra alma, cuando nosotros muramos, también irá al cielo. Y que allí, no sólo podremos ver a esa persona muerta y a Dios, sino también a nuestros abuelos, a nuestros padres y a todos los que murieron antes que nosotros.

Creer en un dios es una forma sencilla,

aunque muchos pensamos que equivocada, de explicar el mundo (y nuestra presencia en él) atribuyendo a ese dios la creación de todo lo que existe, incluidos los humanos. Además, imaginar que hay un padre en el cielo que nos ama y que nos abrirá las puertas de su paraíso cuando muramos también sirve para tener menos miedo a la muerte.

A lo largo de la historia de la humanidad, la creencia en divinidades también ha cumplido, sobre todo, una importante función social al amalgamar y servir de vínculo de unión entre los miembros de una tribu, un país o una

civilización. Un credo religioso común favorece la cohesión entre los miembros y la diferenciación con respecto a los extraños.

Pero en este capítulo querría centrarme en otras posibles respuestas a la pregunta del título. ¿Para qué imaginar dioses? Pues, entre otras razones, para: aliviar miedos propios; consolar a otras personas; obtener poder sobre las cosas y explicar el mundo. Permítanme describir escuetamente cada una de esas cuatro funciones que, en mi opinión, la creencia en dioses cumple.

Crear en dioses alivia el miedo.

La nada después de la muerte me parece lo más probable. Como decía el filósofo galés Bertrand Russell: «Tan probable que, en la práctica, es para mí una certeza». Mi opinión es que cuando una persona muere, lo único que sobrevive de ella es el recuerdo que deja en todos los que la conocieron. También las cosas que hizo —sus obras

— que pueden seguir vivas para siempre. (Aunque para muchas personas esto último no es un gran alivio. Tal como lo expresó Woody Allen: «No quiero acceder a la inmortalidad por mi obra, quiero acceder a ella no muriendo».)

Otro modo en el que perduran algunas personas es a través de sus genes: sus hijos y el resto de su descendencia. Pero nada más, ya que la muerte destruye el cerebro y hace que se disipe la energía que contiene. El cerebro, ese lugar en el que nos sucede todo lo bueno y lo malo, junto con el resto del organismo, acaba

desapareciendo. Eso es lo que todos podemos ver, sin necesidad de imaginar nada. Moriré al mismo tiempo que muera mi cuerpo ya que, al fin y al cabo, no es que tengamos un cuerpo, sino que somos un cuerpo. Quizá dé terror cuando, en ocasiones, nos paramos a reflexionar sobre ello pero, como escribió Albert Camus: «La libertad del hombre consiste en saberlo. La clarividencia, que podría ser su tormento, es, en realidad, su victoria». La mejor forma de apaciguar nuestros miedos, tal como lo veo yo, no es creando entelequias, huyendo de ellos, sino afrontándolos.

Sin embargo, a muchas personas la clarividencia no les basta para tranquilizarse: la idea de que la muerte equivale a la aniquilación definitiva les resulta demasiado perturbadora. «El pánico tiene unos ojos muy grandes», dice un proverbio ruso. Por el contrario, creer en dioses tan poderosos como para hacer que sigamos vivos después de la muerte les funciona como atenuante del miedo. Evitar aquello que nos aterroriza es, a primera vista, la forma más sencilla de desprendernos de nuestros temores. Cuando se tiene pavor a una cosa, en este caso a la muerte, se hace lo posible por evitarla. Negamos la muerte

dando por hecho que seguiremos vivos en otra forma y en otros mundos. Es más fácil fantasear que mirar a la cara a la realidad.

Crear en dioses consuela, da esperanzas.

Hace unos años, asistí al funeral de una mujer joven. Durante el velatorio, escuché decir entre lágrimas a su madre: «¿Cómo Dios puede ser tan cruel como para que no me permita, al menos,

hablar con ella por teléfono de vez en cuando?» Me pareció terriblemente conmovedor. Seguramente cerca de aquella buena mujer hubo alguna persona piadosa que supo consolarla con las palabras adecuadas. Por ejemplo, pudo haberle dicho que, en realidad, mediante la oración sí que podía hablar con ella. Que rezar era una forma, no sólo de pedir a Dios por la paz del alma de su hija, sino de poder comunicarse con ella. Que entre el paraíso y la tierra no son necesarios teléfonos: existe la oración.

Uno de los efectos de la paternidad es que la muerte propia deja de

inquietar. Caemos en la cuenta de que Thomas Mann tenía razón cuando dijo que «la muerte de alguien es más un asunto de los que le sobreviven que de ese alguien». Ya no horroriza ser mortal, sino ser alguien que ama a mortales. Y cuando una persona a quien queremos muere, ¿qué es lo que más podríamos desear? Que siguiera viva, aunque fuera de otra forma —como espíritu— y en otro sitio —en el paraíso—. En otro sitio donde tengamos la esperanza de encontrarnos con ella cuando nosotros muramos. En otro sitio donde alguien —nuestro dios— cuide de ella. Una de las mejores cosas que le podemos desear a

una persona es, como dice una canción, «que allá en el otro mundo, en vez de infierno encuentres gloria». De nuevo, los dioses y sus paraísos como creencia surgida de nuestros deseos.

En una ocasión, Lutero se expresó con las siguientes palabras: «Dada nuestra triste condición de mortales, nuestro único consuelo es la esperanza en la otra vida. Aquí abajo, todo es incomprendible». Tengo la impresión de que muchas personas religiosas, de cualquiera de los credos, sienten la necesidad imperiosa de que exista un dios, sostienen por pura exigencia vital la idea de una divinidad pero, en mi

opinión, en el fondo no creen realmente en Dios.

Personalmente, como ateo, al haber tomado la decisión de no autoengañarme, la creencia en dioses no me ofrecería ningún consuelo ante la muerte de un ser querido. Me siento al respecto como debió de sentirse quien discurriera el siguiente proverbio chino: «Cuando el picor está dentro del zapato, rascarse por fuera ofrece poco alivio».

Crear en dioses da poder.

El universo y nuestro planeta hacen que nos sintamos abrumados. Es algo que todos hemos experimentado alguna vez mirando al cielo en una noche estrellada. En instantes como esos, o al escuchar el número de víctimas de cualquier catástrofe natural, nos percatamos de lo pequeños que somos y de lo desprotegidos que estamos ante las fuerzas de la naturaleza.

Pero si pensamos que alguien ahí arriba nos está viendo, se preocupa por nosotros y nos cuida, nos sentimos reconfortados por la idea. («La felicidad suprema nos la da la convicción de que

somos queridos», escribió Víctor Hugo.) Ya no somos tan insignificantes. Nos convertimos en príncipes en el reino del millón de estrellas; o, al menos, en unos súbditos especiales a los que su rey escucha y ama.

Y si, además, creemos que ese alguien nos va a hacer favores si se los pedimos y a cambio le prometemos cosas, eso nos hace poderosos. ¡Si mi madre se cura, te rezaré todos los días! ¡Si mis problemas se arreglan, te encenderé una vela! ¡Si llueve, sacrificaremos un buey en tu honor! ¡Si me salvo, peregrinaré hasta tu santuario!

Aunque sea de una forma indirecta, a

través de las divinidades, el ser humano, tan pequeño, adquiere poder sobre el mundo. Ya no estamos indefensos: hay un padre todopoderoso que nos puede ayudar. Es más cómodo creer en divinidades que contemplar la otra posibilidad (la que a mi modo de ver es cierta): que no existan unos padres llamados dioses, ni unos amigos llamados santos. Que lo que tengamos sean problemas de la vida que nosotros mismos, con la ayuda de otros humanos, hayamos de resolver; o hayamos de aprender a aceptar, en caso de no existir solución, como ocurre con la muerte.

Creer en dioses es una forma de explicar el mundo.

Sin complicaciones, sin preocuparse por descubrir y entender. Las personas que creen en un dios creador de todo lo que existe nos dirían que, al encontrarnos un reloj, jamás se nos ocurriría pensar que el reloj ha surgido de la nada. Es la célebre analogía en la que Leibniz identifica la Creación con un reloj. Nos dirían que, irremediablemente, alguien habría

tenido que diseñar y fabricar ese reloj y que nos preguntaríamos quién habría sido. Y también nos dirían que, si eso lo pensaríamos al ver un reloj, con mayor motivo hemos de hacerlo contemplando los seres vivos de nuestro planeta, siendo como son, cualquiera de ellos, mecanismos mucho más complejos que un reloj.

No se puede concebir la existencia de ese gran reloj que es el universo sin la existencia previa de un gran relojero que lo creara y le permita funcionar, nos dirían los teólogos. El reloj no puede construir al relojero, nos dicen las religiones, ha de ser al revés. Y durante

siglos ha parecido un argumento sólido. De hecho, el único argumento que aparentaba ser sólido para justificar la fe en un dios creador.

Pero la teoría de la evolución —de la que luego hablaremos— nos explica de forma elegante, contrastada, veraz, con todas las herramientas que nos facilitan las ciencias, cómo puede ocurrir que algo tan complejo como el ser humano aparezca sin necesidad de un creador.

Cuando empezamos a contemplar las religiones y a considerar el hecho de

creer en dioses como una necesidad emocional basada en el miedo a la muerte y en la impotencia que sentimos sobre la mayoría de las cosas que vemos suceder a nuestro alrededor, podemos entender, entonces, el modo tan sencillo en que los deseos y las supersticiones ocupan el lugar de los hechos.

Hace muchos siglos, era comprensible que los humanos buscaran descifrar el universo, nuestro planeta y sus criaturas con mitos, con historias contadas al calor del fuego y al calor de los otros miembros de la tribu. Sin embargo en nuestros días, gracias a tantas personas que quisieron buscar

explicaciones, que no se conformaron con leyendas —por hechizantes que fueran— podemos penetrar en los misterios de muchas cosas que no se podían comprender hace cuatro mil, dos mil, ni siquiera doscientos años.

Pero, a pesar de ello, a pesar de que la evolución de los conocimientos de la humanidad haya sido exponencial y de que la tecnología progrese a un ritmo que se puede medir en meses, emocionalmente distamos poco —o quizá nada— de aquellos humanos prehistóricos que miraban al cielo estrellado desde las entradas de sus cuevas.

A mi modo de ver, Desmond Morris no andaba desencaminado cuando escribió que «hay muchas personas que prefieren no contemplar su naturaleza animal». En 1967 Morris publicó un libro titulado *El mono desnudo*. En el prólogo que escribió para la reedición de 1994, el zoólogo inglés describe muchas de las reacciones desproporcionadas que la publicación de su libro había provocado veintisiete años antes. La principal objeción que se le había hecho era que hablaba de los humanos como si *únicamente* fuéramos una más de las especies animales. «Descubrí que al animal humano todavía

le resultaba extremadamente difícil aceptar su naturaleza biológica», apuntó Morris.

Es algo que sigue ocurriendo hoy en día. De ello hablaremos en un capítulo posterior, cuando analicemos la oposición entre el determinismo biológico y la creencia en el libre albedrío. Es posible que ésa sea otra de las funciones que desempeñen las creencias en dioses: reforzar nuestra buena opinión sobre nosotros mismos. El antropocentrismo, tan característico de muchas religiones, cumpliría, si estoy en lo cierto, una función biológica: la buena autoestima ayuda a sobrevivir.

Los dioses, esos mismos que nosotros hemos creado, quieren transmitirnos la idea, a través de sus enseñanzas, de que somos las criaturas más especiales de su creación.

3

*¿Por qué la gente sigue
creyendo en dioses?*

Porque los mayores siguen enseñando a los niños a creer en ellos.

¿Qué mayores? ... ¿Sus padres?

Sí, sus padres, pero también sus abuelos, sus tíos, sus profesores, los

sacerdotes... Desde que un niño nace, todas las personas mayores que están a su alrededor le cuentan a ese niño las mismas cosas. Y no le explican que esas cosas que le están contando pueden ser ciertas o pueden no serlo.

Le dicen que Dios está en el cielo. Le dicen que Dios también está dentro del corazón de cada uno de nosotros. Le dicen que, en realidad, Dios está en todas partes a la vez. Que Dios es capaz de verlo todo. Y si ese niño pregunta: «Y... ¿cómo lo sabes?», le responden algo parecido a: «Porque es así; todo el mundo lo sabe».

Solamente le cuentan a ese niño lo

que a ellos, cuando eran pequeños, también les contaron sus padres, sus profesores... No suelen explicarle que en cada parte del mundo adoran a un dios diferente. O que en muchos lugares creen que existen varios dioses y no sólo uno. O que hay muchas personas que no creen en ningún dios. Tampoco suelen decirle que, en realidad, no se sabe quién tiene razón.

«Entonces, si para ti resulta tan claro que los dioses son imaginarios, ¿cómo te explicas que tantos hombres sigan creyendo en ellos hoy en día, con todos

los conocimientos de que disponemos?», podría preguntarme un supuesto interlocutor, tras haber leído los capítulos anteriores.

Pues, por una parte, a pesar de que las ciencias nos proporcionan cada vez más explicaciones —explicaciones que hacen que las interpretaciones de los libros sagrados nos parezcan a muchas personas simples fábulas mitológicas— sobre el cómo de la vida, de nuestro universo y de los seres vivos de nuestro planeta, todavía no hay una respuesta para los porqués (¿por qué surgió la vida en la Tierra? ¿Por qué existe el universo?). Quizá sea, sencillamente,

porque no haya razones. Cuando nos hacemos preguntas del tipo «¿por qué existe todo lo que existe?» o «¿por qué estamos nosotros aquí?», al no haber contestaciones, los dioses siguen siendo para muchas personas una alternativa. Una alternativa que, aunque a algunos nos parezca ingenua, no deja de ser legítima. Una alternativa que muchos prefieren a otra de las opciones: la de que seamos, simplemente, el fruto de una serie de maravillosas eventualidades.

El ser humano es el único animal que cuenta con las suficientes facultades intelectuales como para cuestionarse el porqué de nosotros mismos y de todo lo

que nos rodea, para plantearse preguntas metafísicas. Pero todavía no tiene los recursos suficientes como para responderlas todas. Puede que nunca llegue a tenerlos.

Por otra parte, junto a las respuestas expuestas en el capítulo anterior (creer en dioses alivia el miedo, consuela ante la muerte de los seres queridos, da un poder indirecto sobre la naturaleza y explica el mundo), que siguen plenamente vigentes en nuestra época, creo que la respuesta clave a la pregunta que da título al capítulo está en la educación de los niños.

¿Por qué los seres humanos siguen

creyendo en dioses? Pues porque muchas personas acaban por creer de forma fervorosa y sincera lo que se les repite durante sus primeros años de vida, si se hace de un modo lo suficientemente insistente. A un niño pequeño se le puede inculcar casi cualquier cosa. Desgraciadamente, creo que el «casi» sobra: se le puede inculcar cualquier cosa. Se atribuye a Lenin la tristemente célebre máxima que dice: «Entregadnos a un niño durante ocho años y será un bolchevique para siempre». Los valores y creencias en los que se eduque a los niños determinarán su futuro. Se puede adoctrinar a un niño.

A un adulto, más difícilmente.

Muchas personas muy inteligentes y con una gran capacidad de razonamiento seguirán creyendo siendo adultos lo que su madre les explicaba cuando estaban en su regazo y lo que sus profesores grabaron en sus cabezas desde muy pequeños. (Por cierto, ya que hablamos de gente inteligente, no es verdad, como tantas veces he oído y leído, que Einstein creyera en algún dios. Dejo que sea él mismo quien lo aclare: «[...] es una mentira sistemáticamente repetida. No creo en un dios personal y nunca lo he negado. Al contrario, lo he expresado claramente. [...] Tampoco creo que el

individuo sobreviva a la muerte de su cuerpo. Son creencias originadas por el miedo de lo más ridículas. [...] Si hay algo en mí que pueda ser denominado “religioso”, es la admiración sin límites por la estructura del mundo hasta donde la ciencia nos ha revelado por el momento»).) El propio Talmud —el libro sagrado de la religión judía— explica muy bien la idea sobre la importancia que el ambiente familiar tiene en las creencias de los más jóvenes: «Un niño dirá en la calle lo que su padre y su madre dicen en casa». Y, muy probablemente, seguirá diciéndolo cuando sea adulto, añadiría yo.

Pienso que el tipo de enseñanza que reciben nuestros hijos no debería tener como objetivo principal que los niños fuesen muy instruidos, sino muy sabios. No habría de basarse tanto en cuánto saben, en cuántas cosas son capaces de almacenar en la memoria, sino en aprender a diferenciar entre lo que realmente saben y lo que no, es decir, aquello que únicamente son conjeturas. Desafortunadamente, las religiones no suelen permitir que los niños se formen sus propias opiniones sobre la existencia o no de Dios, facilitándoles el acceso a todas las formas de analizar la cuestión. Al contrario, tienden a evitar

que descubran que, además de sus creencias, existen otras que no son ni más ni menos descabelladas. Y, sin embargo, en eso debería consistir lo que llamamos educación, cultura: en aprender a respetar (sin que, por supuesto, respetar signifique justificar costumbres denigrantes para, por ejemplo, las mujeres con la excusa de que pertenecen a otras culturas); en aprender que existen otros pueblos, con otras tradiciones, con otras formas de vivir, con otras religiones tan válidas — o carentes de base— como las de nuestro rincón del mundo. En su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke

escribe: «Si se encerrase a un niño en un lugar donde no viera sino el blanco y el negro hasta hacerse mayor, no tendría más idea del rojo o del verde que la que tiene del sabor de la ostra o de la piña quien no las ha probado nunca».

Por desgracia, cada una de las religiones tiende a hacer que los niños aprendan sus dogmas específicos de memoria, palabra por palabra, negro sobre blanco, haciendo que parezcan cotorras enloquecidas, repitiendo ideas que sus cerebros aún no pueden comprender. Además, las creencias religiosas, demasiado a menudo y en demasiadas partes de nuestro planeta,

van acompañadas de unos dogmatismos integristas, de un obscurantismo y de un fanatismo que acaba calando en algunos de esos niños, los cuales, al cabo de pocos años, se habrán convertido en adultos intransigentes.

No estoy de acuerdo con que se enseñe religión —es decir, que se enseñen como ciertos los dogmas de una religión en concreto— a los niños en los colegios. Ahora bien, adquirir una cultura sobre los fenómenos religiosos me parece básico en la formación de un niño. Sin ellos no sería sencillo entender medianamente el mundo en el que vivimos. Considero que mis hijos

sufrirían de un hándicap social si no tuvieran una mínima comprensión de los dogmas, enseñanzas, costumbres y rituales religiosos.

Me parecería extraordinario que se les enseñara religión —todas las religiones— para que pudieran entender su importancia como fenómeno natural que se ha mantenido y ha evolucionado durante milenios, como parte integrante de todas las culturas y como parte crucial en la génesis de todas las civilizaciones de la historia.

Tristemente, eso no sucede. Todavía no se enseñan las religiones en los colegios con una perspectiva

antropológica o sociológica. La situación se encuentra, más bien, en el polo opuesto: aún suele ocurrir que la religión prevalente en cada país tenga el respaldo del gobierno para imprimir sus doctrinas en las mentes de los más pequeños de forma que sus dogmas se convierten casi en ideas innatas. En muchos lugares de nuestro planeta, líderes religiosos fanáticos y caudillos megalómanos todavía suelen ir juntos de la mano. Juntos inculcan a los niños unas creencias religiosas a las que se podrían aplicar, perfectamente, las siguientes palabras de Rousseau: «Por armarles con algunos instrumentos vanos, de los

cuales tal vez no harán uso, les quitáis la herramienta más universal del hombre, que es el discernimiento; [...] les acostumbráis a que siempre se dejen guiar, a que no sean otra cosa que unas máquinas en manos ajenas».

La humanidad ha creado dioses y luego se ha visto gobernada por ellos. Mejor dicho, se ha visto gobernada por aquellos seres humanos capaces de hacer creer a los demás que conocían íntimamente las opiniones de los dioses y que estaban muy enterados de sus deseos. Los dioses, siendo criaturas nacidas de los hombres, han acabado conquistando un gran poder sobre sus

creadores, paradójicamente. Y, ¿de qué medio se han servido para ello? De la inoculación de creencias en la generación siguiente mediante la repetición hasta el infinito. De la transmisión dogmática entre generaciones de los credos propios de cada doctrina. El hábito de creer en dioses se hereda. Y como escribió el ensayista y devoto anglicano Samuel Johnson (aunque seguramente no queriendo referirse a las creencias en divinidades), «por lo general, las cadenas de los hábitos son demasiado pequeñas como para que las podamos notar; pero llega un momento en que se

hacen demasiado grandes como para que las podamos romper».

Ahora bien, el mismo interlocutor imaginario que me interrogaba al inicio del capítulo podría también opinar que, al fin y al cabo, los niños acaban convirtiéndose en adultos capaces de razonar. Que si fuera tan evidente que los dioses no existen, los niños terminarían, más tarde o más temprano, por dejar de creer en ellos. Que, a medida que crecieran, del mismo modo que dejan de creer en otros productos de la imaginación humana, como los Reyes Magos, el hombre del saco o los superhéroes, dejarían de creer en

dioses.

Pues bien, yo le respondería que, por una parte, muchos niños, aun habiendo recibido enseñanzas religiosas, una vez convertidos en adultos dejan, efectivamente, de creer en dioses. Especialmente en aquellos países en los que la religión no lo impregna todo y los sistemas educativos no están empapados de dogmas incontestables. (Cada vez que nos mostremos demasiados críticos con los exaltados de cualquier credo, aunque tengamos motivos para ello, no estaría de más que recordásemos que, en proporción, muy pocas personas en el

mundo han tenido la suerte de crecer en estados realmente aconfesionales en los que se respeten los principios de laicismo.)

Por otra parte, le diría que el autoengaño es un arte en que los humanos somos unos avezados expertos. Aunque a muchos nos parezca que el presidente Lincoln estaba en lo cierto cuando decía que «se puede engañar a algunas personas todo el tiempo y a todo el mundo algunas veces, pero no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo», no es menos patente que a nadie engañamos con sutilezas tan finas como a nosotros mismos. A pesar de que

a muchos creyentes las dudas les abrumen —lo que ellos llamarían «crisis de fe»— prefieren elegir seguir creyendo. Es más fácil creer en fábulas que contemplar sin más la evidencia de lo que somos. Probablemente, se puede aplicar a muchas personas el célebre aforismo de La Rochefoucauld: «Hay dos cosas a las que no se puede mirar fijamente: el sol y la muerte».

Además, tal como magníficamente supo expresar Mark Twain: «En religión las creencias de la gente se obtienen sin cuestionar y de segunda mano de “autoridades” que no se hicieron a sí mismas las preguntas pertinentes sino

que, a su vez, recibieron sus creencias de segunda mano de otros “no cuestionadores”». Esas cadenas de creencias se han prolongado durante milenios, salvo para aquellas personas que sí decidieron cuestionar las ideas recibidas.

En definitiva, ¿por qué tantos adultos todavía creen en dioses hoy en día? Pues, aunque seguramente habrá muchas más contestaciones posibles —y ciertas— la respuesta que a mí se me presenta como más obvia es ésta: primero, porque esos adultos fueron antes niños a los que no se dio la oportunidad de ver el mundo con otros ojos. Y, segundo,

porque como escribió Carl Sagan en *El mundo y sus demonios*, «una de las lecciones más tristes de la historia es que, si se está sometido a un engaño demasiado tiempo, se tiende a rechazar cualquier prueba de que es un engaño. Encontrar la verdad deja de interesarnos. El engaño nos ha engullido. Simplemente se hace demasiado difícil reconocer, incluso ante nosotros mismos, que hemos caído tanto tiempo en el engaño. En cuanto se da poder a un charlatán sobre uno mismo, casi nunca se puede recuperar».

4

*¿Quiénes fueron los primeros
en creer en dioses?*

Yo creo que fueron los primeros humanos que empezaron a utilizar las palabras.

O sea... ¿Los hombres prehistóricos?

Sí, los hombres prehistóricos. Muchos científicos piensan que los primeros en fantasear con dioses fueron los primeros humanos.

Para esto hace falta un poco de imaginación, pero intentad pensar en una madre de épocas prehistóricas llorando, arrodillada. Una fiera ha atacado a su hijo y, cuando todos los de la tribu han llegado corriendo para ahuyentarla, ya era demasiado tarde. El niño está muerto. La mujer no quiere abandonar el cadáver. Los demás miembros de la tribu no saben qué hacer ni qué decir.

Pero otra mujer, en ese momento, observa el vuelo de un pájaro y se le ocurre contar que lo que están abrazando es sólo un cuerpo, que el hijo que hace un rato jugaba, lloraba y reía está ahora volando hacia otro lugar. Y la madre deja de llorar. Y todos miran hacia el cielo.

Llegada la noche, todos sueñan; y en sus sueños pueden ver otra vez a sus muertos, porque se sueña con lo que se desea. Pero ellos no entienden lo que es soñar y creen que realmente han visto a sus muertos. Y a esos muertos que han visto en sueños les llaman espíritus. O almas.

Seguramente, los dioses nacieron poco después de que lo hicieran las primeras palabras. Como se atreve a aventurar el filósofo Michel Onfray: «Dios nace de las rigideces cadavéricas de los miembros de la tribu».

Como cualquier otra especie del reino animal, los seres humanos estamos programados por la naturaleza para experimentar miedo ante determinadas situaciones, ya que nuestros miedos pueden salvarnos la vida. El ser humano tiene una predisposición natural a temer y a adorar todo aquello que le resulta misterioso, que no comprende.

Utilizando las palabras del escritor francés Michel Piquemal: «Es una actitud que proviene de los albores de la humanidad, de los tiempos en que ningún conocimiento científico podía explicar ni el origen ni el fin de las cosas. Todo era sagrado y objeto de temor: los manantiales, los volcanes, la lluvia, el sol, el viento, la luna, los rayos, los lagos, las tempestades...». Y pocas cosas pueden ser objeto de mayor temor que la muerte. Experimentar miedos ante ciertos peligros es bueno para nuestra supervivencia. Pero el miedo a la muerte en sí, dado lo inevitable del trance final, es un miedo que es mejor

modular para no añadir angustia innecesaria. Nuestros ancestros lo conseguían mediante su capacidad de fantasear.

Las hipótesis que plantean gran parte de las religiones —la existencia de uno o varios dioses y la inmortalidad del alma— se nos hacen hoy a muchos inverosímiles. Pero, desde los tiempos más remotos, el adornar esas hipótesis con palabras bien elegidas y agradables de oír ha servido para que hayan sido aceptadas como ciertas en lugar de como lo que parecen ser: productos de nuestra imaginación.

La historia nos enseña que en todas

las épocas, incluida la nuestra, y en todos los lugares, los hombres han fabulado para evitar ver la realidad. Todos preferimos los relatos dulces de escuchar, en los que nuestros deseos se convierten en realidades. En la mitología griega los dioses contaban con una bebida, a la que llamaban nepente, que mezclaban con el néctar. El nepente era capaz de curar todas las heridas y dolores y, además, también producía el olvido. Eran los dioses de los antiguos griegos —como gran parte de las divinidades de la humanidad—, dioses con deseos muy humanos: no padecer dolores ni tener malos recuerdos.

Aunque, desde luego, contaban con poderes divinos: disponían de una poción mágica que les evitaba el sufrimiento físico y que les confería una memoria selectiva.

Con el paso de las generaciones y de los milenios, los humanos irán desarrollando creencias en almas, en paraísos, en otros mundos mejores que nos esperan cuando muramos y en los distintos líderes de esos otros mundos: los dioses. Son líderes a los que tratarán de ganarse mediante ofrendas, regalos, sacrificios, oraciones, procesiones, penitencias... porque cuentan con unos poderes sobrenaturales que se

corresponden con cosas que nosotros anhelamos, como dejar de sufrir bebiendo un trago mágico que nos alivie las penas. Pero, por encima de todo, los dioses tienen la mayor de las capacidades: la de hacer que, tras la muerte, sigamos vivos en sus paraísos celestiales.

Los detalles de las distintas creencias; los diferentes simbolismos, rituales y prohibiciones de cada una; las características de sus respectivos dioses, variarán de unas épocas a otras y de unos lugares a otros, pero todas las doctrinas cumplirán un cometido fundamental: convertir deseos en

verdades absolutas.

Aunque, desde luego, no será ésa la única causa por la que nuestros ancestros desarrollarán creencias sobrenaturales. Los antropólogos son capaces de darnos más explicaciones que nos seducen y que nos enseñan que las religiones antiguas expresan otras necesidades humanas primordiales. Cuando los grupos de humanos estaban formados por pocos miembros, no existía la necesidad imperiosa de disponer de unos códigos éticos complejos. Bastaba con que se respetase la autoridad del líder del grupo, del equivalente humano al macho dominante

de otros mamíferos.

Sin embargo, conforme el tamaño de los grupúsculos iba aumentando, hasta convertirse en tribus, y más aún cuando se establecían en asentamientos grandes permanentes, se iban haciendo necesarios, al mismo tiempo, códigos morales articulados. Al aumentar la población crecían los conflictos internos y con ellos la obligación de contar con normas claramente establecidas que buscaran el interés, no de un individuo en particular, sino de todo el grupo.

Ahí entra en juego la relación entre dioses y moral. Si cualquiera puede robar o matar a otros miembros, la

supervivencia del conjunto y de la especie se pone en peligro. Si, además de a los castigos determinados por la tribu, los que infringen las normas han de enfrentarse a los castigos divinos, aumentarán las posibilidades de que los códigos de conducta, que son buenos para todos, sean respetados.

Posiblemente, sin las creencias religiosas y los códigos morales que las acompañan la humanidad nunca habría superado esos estados iniciales tribales y no habría llegado a formar civilizaciones.

En definitiva, parece que Voltaire tenía razón cuando escribió que «si Dios

no existiera, el hombre tendría que inventarlo».

5

¿Puedes probar que Dios no existe?

No. No se puede probar que algo no existe.

Entonces... ¿los dioses podrían existir?

En teoría sí. Pero yo creo que no

existen. Veréis lo que quiero decir... Las cosas que no existen son infinitas. Nosotros tres podríamos imaginar ahora mismo cientos de nuevos animales mitológicos diferentes. Por ejemplo, vamos a imaginar un animal con tronco y extremidades de ciervo, cabeza de oso, un cuerno en el centro de la espalda, cuatro alas y con todo el cuerpo recubierto de plumas. En teoría, aunque nos lo acabemos de inventar, es verdad que podría existir en algún lugar muy lejano o en los bosques de alguna isla virgen. O también es verdad que podría haber existido hace miles y miles de años.

Pero a mí me parece que no es así.

Aunque sea cierto que no se puede demostrar que los dioses no existen, tampoco se puede demostrar que existan. Si alguien declara saber que tal dios o tal otro existen, en realidad estará tomando su fe por conocimiento, es decir, confundiendo creer con saber.

Si hablamos en concreto sobre el cristianismo, muchos teólogos y pensadores de siglos anteriores han cavilado hasta exponer supuestas pruebas de la existencia de Dios. Gran cantidad de libros las enumeran y

explican. A título de ejemplo, una de las más célebres es la que se conoce como prueba ontológica, que fue desarrollada por san Anselmo, un monje benedictino, a inicios del siglo XII. Su pretendido *razonamiento* vendría a ser el siguiente: todos los hombres albergan en sus mentes la idea de un ser perfecto al que dan el nombre de Dios. Pero ¿cómo podría considerarse perfecto un ser que no existiese? Por lo tanto, para ser perfecto, Dios ha de existir.

Como ejercicio mental con las palabras es ciertamente ingenioso. Pero en cuanto a su valor como prueba, grandes filósofos de siglos posteriores,

algunos ateos (Hume, Russell), otros muchos no (Guillermo de Occam, santo Tomás de Aquino, Kant), han descartado el argumento ontológico y todas las demás hipotéticas demostraciones de que Dios existe. Todas ellas pretenden asignar la categoría de realidad objetiva a lo que únicamente son maniobras con los pensamientos.

En nuestros días, apreciando que ninguna de ellas puede considerarse realmente una prueba en sentido estricto, la mayoría de los pensadores cristianos prefieren servirse del discurso, mucho más socorrido, de que a Dios no hay que pretender acercarse con la razón, sino

con la fe. Creo que, aunque ellos no estarían de acuerdo, cuando los intelectuales religiosos enuncian la idea anterior están diciendo, en realidad, exactamente lo mismo que Feuerbach expresó con palabras bien diferentes: «El creyente se comporta como si poseyese la certeza de la existencia de Dios, tan fuerte es el poder de su imaginación».

Si hablamos con propiedad, únicamente podemos afirmar que algo es cierto si es susceptible de ser verificado; y sólo podemos negar que algo sea cierto si puede ser refutado. En nuestro caso, no se puede hacer ninguna

de las dos cosas. Por lo tanto, la hipótesis de que los dioses existen no puede ser ni comprobada ni desechada.

Ahora bien, en realidad es a quien afirma la existencia de algo a quien correspondería probarlo. Y en el caso de los diferentes dioses sería muy sencillo: sólo tendrían que dejarse ver y oír. Los creyentes de las tres grandes religiones monoteístas (cristianismo, judaísmo e islamismo), las que afirman que únicamente existe un dios, siempre nos dicen que su dios nos ama y que todos somos sus hijos. Pero incluso los padres humanos, con todos nuestros defectos y a pesar de no tener el don de

la ubicuidad —el don de poder estar en todas partes a la vez—, como les atribuyen a sus respectivos dioses las religiones, conseguimos pasar un rato al día con nuestros hijos, escucharles y hablarles. Y les hablamos directamente, no mediante palabras escritas por gente que ni siquiera nos conoce o a través de profetas muertos hace siglos. No es una cuestión de cantidad de amor, sino de existencia o inexistencia.

Bien mirado, creo que si cualquiera de los dioses existiera, sencillamente no haría falta pedir pruebas de su existencia.

Además de que la carga de la prueba

corresponde a quien afirma algo, y no al revés, el ensayista Christopher Hitchens opinaba, creo que acertadamente, que «lo que puede afirmarse sin pruebas, también ha de poder descartarse sin pruebas». Como no existe ninguna evidencia de que alguno de los dioses de la historia de la humanidad haya existido, podemos descartar la existencia de todos ellos sin necesidad de ninguna prueba.

Cada vez que alguien ha intentado convencerme de la existencia de su dios, yo siempre he pensado que, en realidad, sería muy fácil hacerlo. Nunca lo he llevado a la práctica, pero en cada

ocasión me he sentido tentado de decirle a ese alguien que lo único que tenía que hacer era presentarme a su dios. O, al menos, enseñarme una foto. Supongo que, de haberlo hecho, algunas personas se habrían sentido ofendidas por mi petición, pero desde luego no hubiese sido mi intención herir. Sencillamente, habría hecho lo mismo que hago ante cualquier presunción de existencia: querer conocer. Dada la imposibilidad de presentarnos a sus dioses (con motivo), las personas religiosas suelen decirnos que lo que sí nos pueden enseñar son las múltiples maravillas de nuestro mundo. Como explicaré en el

próximo capítulo, opino que la magnificencia y la asombrosa complejidad de nuestro planeta y del universo prueban la existencia de nuestro planeta y del universo, no la existencia de un creador misterioso.

A pesar de que no podamos demostrar su inexistencia, todo nos indica que los dioses no existen. Y no solamente el hecho de que se pasen la vida jugando al escondite con nosotros, los humanos, los que supuestamente somos sus hijos. También resulta sospechoso el hecho de que encajen tan bien en nuestros deseos. No creo en dioses pero... ¡me gustaría tanto estar

equivocado! Me encantaría que existieran. Les echo de menos desde que, en mi niñez, dejé de tener amigos imaginarios.

Otro indicio de su, en mi opinión, más que probable inexistencia, es su evidente semejanza con los hombres. Su antropomorfismo, del que ya hemos hablado. Los dioses son demasiado humanos, demasiado parecidos a nosotros. Sus rasgos son —como el título del célebre libro de Nietzsche— humanos, demasiado humanos.

A mí, personalmente, tampoco me invita a creer en ellos el ahínco con el cual algunas personas religiosas quieren

que nos convirtamos a sus creencias. Normalmente, un exceso de pasión indica la falta de convicción provocada por la carencia de unos cimientos sólidos. Sin embargo, el hombre es un animal crédulo. En ausencia de cosas con base sólida en que creer, creerá en otras sin ninguna base, como que todo le está saliendo mal por haber visto un gato negro o haber pasado debajo de una escalera; o que algo le fue bien por haber encendido una vela a un santo de su devoción. La mayoría de los humanos no somos cínicos por naturaleza. Necesitamos creer en algo, ya sea en nosotros mismos, en otros, en el futuro,

en dioses, en fuerzas sobrenaturales o en el poder de un fetiche. Pero, como decía Hume, «los múltiples ejemplos de milagros inventados, de profecías, de acontecimientos sobrenaturales... que en todas las épocas han sido, bien anulados por pruebas en contrario, bien puestos en evidencia ellos mismos por su carácter absurdo, demuestran suficientemente la fuerte propensión de la humanidad hacia lo extraordinario y deben arrojar una sospecha razonable en contra de todos los relatos de esa clase».

Aunque, para mí, la pista más clara de que los que no creemos en dioses

estamos seguramente en lo cierto es la existencia de la maldad, de la injusticia, de las enfermedades, de la crueldad, del sufrimiento, de las calamidades... O bien los dioses quieren acabar con todo eso pero no pueden, es decir, no son todopoderosos, o bien pueden pero no quieren, o sea que los dioses no son buenos. «En la medida en la que el sufrimiento de los niños está permitido, no existe amor verdadero en este mundo», opinaba la bailarina Isadora Duncan.

Un dios creador no puede ser ambas cosas a la vez, bueno y omnipotente. Y, sin embargo, la omnipotencia y la

bondad infinita son dos rasgos que los tres monoteísmos atribuyen a sus respectivos dioses. A lo largo de los siglos, todos los intentos de los creyentes por superar esa contradicción han quedado siempre en sutilezas verbales, en contorsiones metafísicas. Como alguien dijo alguna vez, lo único que hace que podamos perdonar a los dioses es que no existan. O expresado con las punzantes palabras del romano Lucrecio: «La vida es demasiado difícil, [...], los placeres demasiado vacuos o demasiado escasos, el dolor demasiado habitual o demasiado atroz, el azar demasiado injusto o demasiado ciego,

como para que se pueda creer que un mundo tan imperfecto sea de origen divino».

La presencia en el mundo de todos los males es un problema teórico solamente para los creyentes, por lo mal que encaja con su idea de un dios bondadoso. Ello les obliga a realizar juegos malabares con las palabras y con las ideas. Algunos prefieren culpar al diablo, sin darse cuenta de que eso supone que su dios no tiene poder sobre el demonio, es decir, de nuevo, que su dios no es todopoderoso. Otros teorizan sobre la libertad que su dios le concede a cada ser humano: el concepto del libre

albedrío, al que luego dedicaré un capítulo. Unos pocos acaban por dejar de considerar digno de su adoración a un dios que consiente el mal en el mundo.

Para los que no creemos en dioses, la existencia del mal es un problema en sí mismo, pero casa con nuestro esquema mental de cómo son las cosas. Cuando se acepta que los dioses son creaciones humanas, entonces las piezas del puzle empiezan a encontrar su sitio. Ya no resulta tan inexplicable que un dios, a pesar de su supuesta infinita bondad, haya consentido que, en su nombre, los que se creen pueblos

elegidos hayan dado lugar a tantas guerras religiosas, torturas, atentados suicidas (cometidos por hombres a los que, desde niños, sus líderes religiosos han inculcado, hasta hacérselo creer realmente, que matar a otros es una forma de ganarse el paraíso), llamamientos a destruir a los infieles — es decir, a los miembros de las religiones que no son la propia—, cruzadas, hogueras alimentadas con carne de herejes o de escritores de libros prohibidos y tantas y tantas otras atrocidades que, de existir, habrían hecho estremecerse al mismísimo demonio.

En resumidas cuentas, ni la existencia de los dioses ni su inexistencia son demostrables; como tampoco lo son la existencia o no de cualquier otro producto de la imaginación humana, como los elfos de los bosques o las ninfas. Pero eso no hace que me parezca igual de plausible una cosa que la otra, igual de verosímil la existencia de Dios que su inexistencia. Todos los indicios me muestran que los dioses son uno más de los frutos de la fantasía de los hombres; que su papel a lo largo de la historia de la humanidad ha sido el de servir como respuestas a las preguntas metafísicas

para todos aquellos que se conformaron con creer.

Otras muchas gentes, al contrario, prefirieron esforzarse por penetrar en los misterios de nuestro mundo y de nosotros mismos.

Para saber más sobre los capítulos de la Parte I.

1. AA.VV., *50 cartas a Dios*, Promoción Popular Cristiana,

Madrid, 2006.

2. ARMSTRONG, Karen, *Una historia de Dios: 4.000 años de búsqueda en el judaísmo, el cristianismo y el Islam*, Editorial Paidós, Barcelona, 2006.
3. BRAGUE, Rémi, *La ley de Dios: historia filosófica de una alianza*, Encuentro Ediciones, Madrid, 2011.
4. COMTE-SPONVILLE, André, *El alma del ateísmo: Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Editorial Paidós, Barcelona, 2006.
5. DAWKINS, Richard, *El espejismo de Dios*, Booket, Barcelona, 2009.

6. EMANUELE, Pietro, *Los cien táleros de Kant*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.
7. HITCHENS, Christopher, *Dios no existe*, Debolsillo, Barcelona, 2010.
8. JACQUARD, Albert, *Pequeña filosofía para no filósofos*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 1998.
9. MORRIS, Desmond, *El mono desnudo*, Debolsillo, Barcelona, 2003.
10. ONFRAY, Michel, *Tratado de ateología: Física de la metafísica*, Anagrama Editorial, Barcelona, 2008.

11. PANCORBO, Luis, *Los dioses increíbles*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2011.
12. PIQUEMAL, Michel, *Las filofábulas*, Editorial Oniro, Barcelona, 2009.
13. RUSSELL, Bertrand, *Lo mejor de Bertrand Russell*, Los libros de Sísifo, Edhasa, Barcelona, 2008.
14. SEYFERT, Oskar, *Diccionario de mitología griega y romana*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2000.

PARTE II

SOBRE EL MUNDO Y SUS CRIATURAS

6

*¿Quién creó el mundo,
entonces?*

Nadie, que nosotros sepamos.

*¿Así que el mundo está ahí y ya
está?*

Eso es. No tiene por qué haberlo
creado nadie. El mundo ha existido

siempre y existe ahora. También suponemos que seguirá existiendo. Aunque para eso tendríamos que cuidar bastante más nuestro planeta (pero de eso ya os ha hablado mamá muchas veces).

Como el universo es tan grande y complicado, muchas personas necesitan creer que ha sido diseñado por un dios con unos poderes infinitos; como si fuera un superhéroe, para que lo entendáis. Esas mismas personas también creen que ese dios nos creó a los humanos y cuida de nosotros y de todas las criaturas de la Tierra.

Durante casi toda la historia de la humanidad, las ciencias, que se hallaban en un estado poco avanzado, no podían dar respuestas cuando las personas se hacían preguntas sobre las cosas, sobre el universo, sobre nuestro mundo, sobre los animales, sobre nosotros mismos... Lo más sencillo era imaginar un dios, una especie de arquitecto celestial con unos poderes infinitos. De todo lo que les rodeaba, los humanos hacían una interpretación mitológica.

En nuestros días, las explicaciones racionales y las teorías de los científicos hacen que, para muchas personas, ya no sea necesaria la

creencia en un solo dios, padre de todas las cosas, o en varios dioses, cada uno responsable de una parte de la creación. El universo ha podido surgir siguiendo unas leyes naturales no dictadas por nadie.

Sin embargo, aún hoy, la mayoría de los habitantes de la Tierra todavía cree que hay algún dios que contempla el mundo desde una especie de mirador con vistas privilegiadas y que permite que suceda todo lo que sucede.

Los creyentes de muchas de las religiones suelen argumentar sobre el mundo y las criaturas que en él viven diciendo que, por un lado su belleza, y

por otro su complejidad son una prueba incontestable de que existe un dios todopoderoso que creó y gobierna todo lo que existe. Es la idea que expresó con hermosas palabras el novelista y teólogo británico C. S. Lewis: «Creo en Dios de la misma forma que creo en el sol: no sólo porque puedo verlo sino porque, gracias a él, puedo ver todo lo demás».

También aportan como demostración de su creencia en un dios diseñador la supuesta perfección de los organismos vivos que habitan nuestro planeta, especialmente del humano. «La Tierra entera, con sus mil voces, alaba a Dios», escribió el poeta romántico Samuel

Taylor Coleridge.

Yo no estoy de acuerdo con ninguno de esos tres argumentos: belleza, complejidad y perfección. Por una parte, la innegable belleza y la extraordinaria complejidad del mundo, de las que ahora hablaremos con más detalle, sólo prueban la existencia del propio mundo, no la existencia de nada más allá.

Y en cuanto a la perfección del ser humano, es bastante discutible. El genetista norteamericano de origen español Francisco Ayala, un hombre que, aun buscando siempre tender puentes entre religión y ciencia, ha pasado buena parte de su vida en

Estados Unidos defendiendo el darwinismo frente a los ultraconservadores creacionistas, explica textualmente: «Nada está bien hecho. Por ejemplo, nuestro ojo. [...] El nervio óptico tiene que cruzar la retina para llegar al cerebro. Por eso tenemos un punto ciego. Los calamares tienen un ojo parecido, pero sin ese defecto. [...] Nuestra mandíbula no es lo bastante grande para albergar todos los dientes. [...] El canal de natalidad provoca que el veinte por ciento de los embarazos terminen en aborto espontáneo [...] debido al mal diseño del sistema reproductivo. [...] Atribuirle a Dios las

imperfecciones de la evolución es una blasfemia. La ciencia lo libera de eso. [...] Si el cuerpo humano fuera obra de un ingeniero, ya estaría despedido».

Respecto a la belleza de lo que nos rodea, hablar únicamente de ella es quedarse con tan sólo una parte de la realidad. Es cierto que nuestro universo con sus espacios infinitos nos abruma por su esplendor. Cada minuto que pasemos contemplando de cerca un simple tormo de tierra seremos testigos de un sinfín de pequeños prodigios sublimes que ponen de manifiesto el afán de todo lo vivo por perseverar. Nuestro planeta —con sus mares, sus

montañas, sus bosques, sus animales luchando por salir adelante en el caldero alquímico que los contiene— es de una magnificencia que nos apabulla. Sin duda. Pero una cosa es *contemplar* y otra totalmente distinta es *ser*. Al ver un documental en televisión, nos quedamos extasiados ante un paisaje africano en el que, por ejemplo, un guepardo está dando caza a una gacela. La estampa es indudablemente hermosa para los que la estamos observando. Pero nos falta la opinión de la gacela.

La vida en sí no es ni bella ni fea. Depende de la que a cada cual le haya tocado vivir y de cómo se la tome cada

uno. Al fin y al cabo, lo que nos afecta no son, tanto como creemos, las cosas en sí mismas, sino las opiniones que nos formamos sobre las cosas. Si uno se toma la vida a mal, puede llegar a verla como la describía Erasmo de Rotterdam con palabras lacerantes: «Si alguien pudiese ser transportado al observatorio en el que los poetas colocan al dios Júpiter y mirase en torno suyo, ¿qué vería? Pues un sinnúmero de calamidades que afligen la existencia humana: [...] lo penoso de la crianza, la juventud llena de esfuerzos y trabajos, los dolores de la vejez y, por fin, la muerte inexorable. [...] También vería

la multitud de enfermedades que acechan nuestra vida, el cúmulo de accidentes que constantemente la amenazan y el rimerero de desgracias que pueden convertir en hiel los más dulces momentos. [...] Estoy contando lo inacabable. [...] No quiero averiguar quién fue el dios iracundo al que se debe que naciesen los hombres en este valle de lágrimas».

Parece que no había tenido un gran día el bueno de Erasmo cuando escribió todo lo anterior. Yo prefiero tomarme la vida con más alborozo pero, de todas formas, mi impresión es que un dios creador que fuese a la vez bondadoso y

omnipotente seguro que habría diseñado el mundo de otra forma, sin necesidad de que el modo de seguir vivos fuera devorándonos unos a otros, real y metafóricamente. O sin terremotos, por ejemplo, que acaben en pocos minutos con la vida de cientos de miles de personas. Si eres un arquitecto dotado de un poder infinito y con la capacidad, por lo tanto, de proyectar un planeta perfecto, ¿por qué no hacerlo de una única pieza, en lugar de formado por placas tectónicas que ocasionen temblores sísmicos constantes? Las demostraciones de fuerza de la naturaleza nos abruma. Son

apabullantes, grandiosas; pero yo no las llamaría hermosas.

Hace casi ochenta años, el autor estadounidense Clarence Day escribió una obra autobiográfica titulada *La vida con mi padre* en la que narra en tono de humor algunos episodios de la convivencia con su religioso y dominante padre. Lo saco a colación porque creo que el párrafo de ese libro que transcribo a continuación ilustra que esa sensación que trato de explicar —la de que la belleza y perfección del mundo no son tales— no sólo la experimentamos los ateos, sino también muchos creyentes: «Mi padre no llegaba

tan lejos como para acusar directamente a Dios de ineficiencia, pero cada vez que le rezaba su tono era enfadado y enérgico; se parecía mucho al que un huésped insatisfecho con el trato recibido emplearía para dirigirse al director de un hotel mal gestionado».

Siempre me ha parecido desconcertante que tanta gente pueda creer que lo mejor que ha podido crear en millones de años (o en tan sólo diez mil: a los efectos es lo mismo) un dios dotado de un poder infinito haya sido este mundo, con todos sus defectos, injusticias y padecimientos; con todos esos millones de seres vivos que cada

día enferman, sufren y mueren. El escritor francés Georges Duhamel decía que sentía «demasiado respeto hacia Dios como para hacerle responsable de un mundo tan absurdo». Supongo que el hecho de haber participado en la Primera Guerra Mundial como cirujano militar en el frente de batalla durante cuatro años tuvo mucha influencia en su opinión sobre los dioses.

Como mencioné en el capítulo anterior, la forma más sencilla de solucionar la incongruencia entre la supuesta omnipotencia de Dios y los resultados visibles es inventar dioses malos: los demonios, belcebúes,

lucíferos, luzbeles, diablos y demás entes malignos presentes en todas las mitologías.

Otra manera de exculpar a los dioses de los males es echarle la culpa al ser humano, teorizando sobre el libre albedrío. El libre albedrío es la facultad que se les supone a las personas de elegir libremente entre el bien y el mal. Como ya he dicho, en un capítulo posterior hablaremos sobre él, pero en cualquier caso, resulta difícil culpar a los hombres de la erupción de un volcán (a no ser que se interprete como un castigo divino, como han hecho en esas ocasiones a lo largo de los siglos los

chamanes y hechiceros y siguen haciendo hoy en día los fanáticos de cualquiera de las religiones). Y cada vez que en televisión vuelvo a ver esas imágenes de cadáveres amontonados a centenares, víctimas de cualquiera de las guerras o de los genocidios de la historia, me pregunto qué capacidad de elección tuvieron, de qué libre albedrío dispusieron esas personas. También me interrogo sobre quién podría encontrar en ello algo de la belleza del mundo con la que se defiende la existencia indudable de una divinidad creadora.

Decíamos al inicio de este capítulo que las personas que profesan la

creencia en un dios creador, la justifican también hablando de la complejidad del mundo. Con respecto a esto, alguna vez he oído decir que es tan difícil que sin un creador omnipotente surjan un planeta como el nuestro y todas sus criaturas, como que surja el *Quijote* si mezclamos al azar todas sus letras. O tan complicado como sacar diez mil caras seguidas al lanzar diez mil veces una moneda no trucada. Suena casi imposible, ¿verdad? Pero no lo es si pensamos, no en una persona lanzando una moneda, sino en miles de millones de personas lanzando cada una su moneda. Así, es posible que a alguna de

esas personas le salieran diez mil caras seguidas.

Pues bien, en el universo hay miles de millones de planetas. En el nuestro surgió la vida (diez mil caras) y es posible que en otros haya salido diez mil cruces, o cinco mil caras y cinco mil cruces alternas, o diez mil cantos... y que hayan brotado cosas también desconcertantes, apabullantes, hermosas o no, a las que se pueda llamar vida o no.

No lo sabemos. Tampoco sabemos cómo se inició la vida en la Tierra, ni el origen del universo, ni tantas y tantas otras cosas. Y puede que algunas de

ellas nunca las sepamos. Pero, en cualquier caso, serán las preguntas que se hagan personas libres de supersticiones, sus conocimientos científicos, sus hipótesis —algunas de las cuales, con el tiempo, se demostrarán ciertas, mientras que otras serán falsas—, su entusiasmo, su trabajo y su curiosidad, los que nos sigan aportando algunas respuestas. Los cuentos de hadas no lo harán: las creencias religiosas y la búsqueda del conocimiento nunca han sido grandes amigas. San Agustín ya consideraba la curiosidad como una enfermedad porque «[...] nos impulsa a tratar de descubrir

los secretos de la naturaleza, esos secretos [...] que no nos proporcionarán ninguna ventaja y que el hombre no debería desear aprender».

Yo, por mi parte, me niego a creer que Sófocles tuviera razón cuando escribió las siguientes palabras: «La existencia sólo es alegre si va acompañada de la ignorancia». Una de las muchas cosas que hacen que la vida valga tanto la pena es el placer de aprender.

Sin curiosidad no habría nuevos conocimientos. Si no fuera por ese tipo de personas, por los curiosos, por los desobedientes a las supersticiones, aún

seguiríamos creyendo (como de hecho y por desgracia aún siguen creyendo muchos seres humanos en el mundo) que enfermedades como la esquizofrenia o la demencia se deben a la posesión demoníaca. Aún inferiríamos que cualquier dolor sufrido por el poseído será también sufrido por los demonios, de forma que la mejor cura para el pobre infeliz es que padezca tanto como para que los demonios quieran abandonar su cuerpo.

Escribiendo estas reflexiones o mientras releo alguno de mis párrafos favoritos del gran Bertrand Russell, me doy cuenta, como él decía, «de lo

profundamente agradecido que me siento con todos aquellos que, en lugar de conformarse con creer lo que les contaban, con las supersticiones y las explicaciones mitológicas, pelearon — muchas veces en secreto— por saber».

Dejemos que los científicos expongan y debatan sus teorías sobre los orígenes del universo, de nuestro planeta y de la vida en nuestro planeta y consideremos también (como decía en el prólogo: ¿por qué no?) la hipótesis de que existe un dios o varios dioses (permítanme que repita la pregunta de nuevo: ¿por qué no?, ¿por qué no varios dioses?, ¿por qué ha de ser sólo uno?)

que diseñaron y crearon el mundo en el que vivimos.

Y que cada cual, en función de los argumentos expuestos, pueda decidir qué teoría —incluida la de un dios creador de todo— le parece más plausible o, simplemente, cierta. Sin olvidar la posibilidad de que el mundo no haya sido creado por nada ni nadie, sino que, sencillamente, el universo fue, es y será. Porque, tal como muchos han razonado a lo largo de la historia, si un dios creó el universo entonces, ¿quién creó a ese dios? ¿Y quién creó al que creó a ese dios? Si seguimos esa cadena, llegaremos a un punto en el que algo

tenía que existir. ¿Por qué razón no evitarnos los intermediarios imaginados y llamar a ese algo *universo*?

En el campo de la biología, fue la teoría de la evolución que ahora veremos, de Charles Darwin, la que eliminó la necesidad de un creador para explicar la existencia de las distintas especies, incluida la humana.

Del mismo modo, las nuevas teorías científicas sobre el origen del cosmos —la más extendida de las cuales es la del Big Bang, la gran explosión que lo originó todo— hacen redundante el papel de una superinteligencia que diseñara el universo. El peso de ese

diseño ya no recae sobre los hombros de los dioses, sino sobre los de las leyes de la naturaleza. «He mostrado la posibilidad de que el modo en que comenzó el universo esté determinado por las leyes de la ciencia. La física moderna no deja lugar para dioses en la creación del universo». Esa es la opinión de uno de los más eminentes científicos de la historia, Stephen Hawking. En su libro titulado *El gran diseño*, Hawking concluye: «No se puede probar que Dios no existe, pero la ciencia hace que los dioses ya no sean necesarios para explicar el mundo».

Es lo que ya intuyó muchos años

antes el Barón de Holbach: «Así como la ignorancia sobre la naturaleza fue la que dio nacimiento a los dioses, del mismo modo el conocimiento sobre la naturaleza está destinado a destruirlos». Aunque yo matizaría un tanto las palabras del filósofo materialista: es mi impresión que la creencia en dioses siempre pervivirá, por el consuelo metafísico que a algunas personas ofrece. Pero sí parece cierto que el creciente conocimiento sobre la naturaleza hará que cada vez menos humanos intenten explicarla mediante interpretaciones mitológicas.

7

¿Qué es la teoría de la evolución?

Es una manera de explicar cómo surgieron los animales y las plantas distinta a la idea de que fue un dios quien lo hizo.

No entendemos lo que quieres decir.

En la antigüedad, los hombres creían que un dios nos creó a nosotros, a las plantas y a los animales. Cada tribu le ponía un nombre diferente a ese dios. En muchos lugares, creían que no había un solo dios, sino varios. Imaginaban, por ejemplo, que un dios se encargaba de los ríos, otro del sol, otro de las montañas, otro de los mares, otro de los animales, etcétera.

Pero en épocas más recientes, personas que no creían en dioses buscaron otras explicaciones. El más famoso es un científico inglés que se

llamaba Charles Darwin. Él se hacía muchas preguntas. Por ejemplo, ¿por qué las jirafas tienen el cuello tan largo? Y encontró una explicación que a muchos nos parece cierta. En África, en la prehistoria, habría animales parecidos a las jirafas pero que no tenían el cuello tan largo. Vamos a llamarlos antílopes prehistóricos. Los demás herbívoros se comían las hojas más bajas de los árboles. Pero no había bastantes hojas para todos. Algunos de esos antílopes prehistóricos, que tenían cuellos un poco más largos que los demás, consiguieron sobrevivir comiendo las hojas a las que no llegaba ningún otro animal. Los hijos

y los nietos de esos antepasados heredaron los cuellos largos de sus abuelos y, así, con el paso de muchísimos años y generaciones, nació una especie nueva, la jirafa, que había *evolucionado* a partir de los antílopes. Por eso se llama teoría de la evolución.

Los humanos de otros milenios creían ciegamente que la Tierra era el centro del universo. Cuando se imaginaban el infierno, hasta podían oler el humo sulfuroso y contemplar cómo se retorcían los condenados entre las llamas. Al levantar la vista hacia el

cielo, fantaseaban con los detalles de un paraíso al que dos ángeles vestidos de blanco llevarían las almas de los buenos. Los dioses no tenían más hijos que los hombres y todo quedaba dispuesto de una manera cándida, aunque clara, ordenada y piramidal.

Pero eran otros milenios.

En los últimos siglos, se ha podido oír el ruido de tres grandes bofetadas al orgullo humano, que se creía el centro de todo. La bofetada astronómica de Copérnico: la Tierra ya no es el centro en torno al cual giran los demás cuerpos celestes. La bofetada psicológica de Freud: mucho de nuestro

comportamiento está gobernado por fuerzas que escapan al alcance de nuestra conciencia. Y la bofetada biológica de Darwin con su teoría de la evolución: no somos el centro de atención de un ser divino, sino una más de las criaturas de este planeta en el que unas han evolucionado a partir de otras.

Pero parece que los credos religiosos no han querido aceptar todas las implicaciones que para nuestra vanidad humana suponen esos y otros guantazos. Para ilustrar mi opinión, permítanme transcribir las siguientes palabras del papa Pablo VI: «El hombre, creado a imagen y semejanza de

Dios, no es sólo carne y sangre. El hombre es, también y sobre todo, inteligencia y libertad. Y gracias a esos poderes el hombre es, y debe seguir siendo, superior al resto de la Creación».

Superior al resto de la Creación... El antropocentrismo religioso, es decir, ese considerar al ser humano como el centro del universo, como si todo girara en torno a nosotros, y ese considerarnos superiores en todos los aspectos al resto de las criaturas, suele ser un obstáculo para el avance de los conocimientos científicos. No olvidemos, por ejemplo, lo que costó que las ideas atinadas de

Copérnico, Giordano Bruno (para él en particular el coste fue morir en la hoguera tras siete años de prisión) y Galileo se impusieran a la doctrina oficial cristiana de que la Tierra era el centro del universo y de que todos los cuerpos celestes giraban en torno a ella.

Estoy de acuerdo con el biólogo inglés Richard Dawkins cuando dice que «las religiones dificultan el avance de las ciencias porque enseñan a los niños a sentirse satisfechos con explicaciones supernaturales que no explican nada y les ciega a las maravillosas explicaciones naturales que la ciencia pone a nuestro alcance. Les enseña a

aceptar mediante dogmas la revelación y la fe, en lugar de enseñarles a buscar las pruebas de las teorías».

Las religiones monoteístas, haciendo gala de esa megalomanía a la que nos estamos refiriendo, ven a la especie humana como fruto del diseño de un ser superior, de un dios. Es la teoría que se denomina del creacionismo o, también, del diseño inteligente. Según esa teoría, que interpreta de forma literal lo que narra el Antiguo Testamento, la Tierra y todas sus criaturas, incluidos los primeros humanos, fueron creados por Dios en pocos días hace tan sólo unos diez mil años. Esa leyenda según la cual

Dios creo a Adán y Eva de la nada es compartida por los tres grandes libros sagrados de los monoteísmos: Corán, Biblia y Torah. En un país como Estados Unidos, el más avanzado tecnológicamente del mundo, ¡dos tercios de los adultos *creen* en el diseño inteligente! (y más del ochenta por ciento sigue creyendo en un tipo u otro de dios, de cielo y de infierno). Puede que en ello tenga algo que ver su historia: es un país que fue fundado por creyentes fundamentalistas que habían huido de Holanda, Gran Bretaña y Alemania.

Sin embargo, todas las ramas de las

ciencias nos muestran que los humanos no fuimos creados de la nada por ninguna superinteligencia, sino que somos el resultado contingente —es decir, que el resultado podría haber sido otro— de la evolución biológica. Los geólogos calculan que nuestro planeta tiene unos cuatro mil seiscientos millones de años. Y la biología nos explica que la ingente cantidad de especies vegetales y animales (incluida la humana) que lo habitan son resultado de los procesos evolutivos que han ido teniendo lugar en el transcurso de ese tiempo. Es la que se conoce como teoría de la evolución por selección natural o

darwinismo, una explicación contrastada de cómo la diversificación a partir de las primeras formas de vida ha llevado a la biodiversidad de la Tierra.

La teoría de la evolución explica de forma clara, veraz y comprobable, usando todas las herramientas que nos facilitan las ciencias (el estudio de fósiles, por ejemplo), cómo puede ocurrir que seres tan complejos como los que habitan nuestro planeta aparezcan sin necesidad de un creador.

A mediados del siglo XIX, cuando Charles Darwin publicó su libro *El origen de las especies*, prácticamente podría decirse que el creacionismo era

la única interpretación del mundo posible: cada especie del planeta era el resultado de un acto independiente de la voluntad divina y las especies eran inmutables. Sin embargo, algunas personas —incluidos Erasmus Darwin, el abuelo de Charles, Herbert Spencer y, sobre todo, el naturalista francés Lamarck— ya habían empezado a vislumbrar la posibilidad de descendencias con modificaciones. Ello implicaría que tipos distintos de plantas y animales podrían compartir antepasados comunes. Era una visión condenada por los teólogos ya que desplazaba a los dioses de su papel

protagonista.

La originalidad de Charles Darwin consistió en ofrecer una explicación alternativa plausible a la complejidad de los seres vivos. Éstos ya no son el resultado de un diseño divino previo, sino de una selección natural de aquellas características que les resultan útiles para su supervivencia. Su teoría cautivó por la simplicidad de sus ideas. Era capaz de explicar muchas cosas, como la distribución geográfica de las plantas y animales y la presencia de restos fósiles de criaturas que ya no existían.

Si no se entiende bien la teoría de la evolución, se puede interpretar que ésta

nos dice que cada especie existente es fruto del azar. Pues bien, se trata justamente de lo contrario: la casualidad no tiene nada que ver; las características de una especie responden al hecho de que han servido para que esa especie pudiera sobrevivir.

En palabras del propio Darwin: «Dado que de cada especie nacen más individuos de los que pueden sobrevivir y, en consecuencia, se produce una lucha por la vida, se sigue que cualquier ser, si varía —aunque sea de forma muy ligera— en cualquier modo que le resulte provechoso ante las cambiantes condiciones del entorno, tendrá más

posibilidades de sobrevivir y, así, será seleccionado de forma natural. Gracias al principio de la transmisión hereditaria, cualquiera de esas ligeras variaciones tenderá a transmitirse a la siguiente generación».

En nuestros días, sabemos mil veces más de lo que sabía Darwin. Sin embargo, su genialidad consiste en que lo que él intuyó sigue siendo clave. Fue capaz de explicar el diseño sin diseñador; el reloj sin relojero. Fue capaz de entrever el orden natural que, con los desarrollos de científicos posteriores a él, explica tantas cosas sobre el mundo y sus criaturas. La

biología molecular, que aún no existía en tiempos de Darwin, valida la teoría de la evolución.

La ciencia moderna nos describe cómo las especies, con el transcurso de las generaciones, se van transformando, van sufriendo pequeños cambios en sus características anatómicas o de comportamiento. Esos pequeños cambios desembocan en la formación de nuevas especies. «Multiplicaos, variad, que se mantenga con vida el que mejor sepa adaptarse al entorno cambiante y muera el más débil», parece que nos esté diciendo la naturaleza a todos los seres vivos.

A pesar de que creacionismo y darwinismo son teorías completamente contrapuestas, en algunos casos —como es el de la Iglesia católica— las enseñanzas oficiales de las religiones han evolucionado también, como las especies, en un amago de integrar ambas cosmovisiones. Hoy en día, el catolicismo enseña que evolución y creacionismo son compatibles ya que el proceso evolutivo fue planificado, diseñado y dirigido por Dios con el propósito de llegar al ser humano, el cual sigue siendo considerado como una creación especial de la divinidad. Pero, al mismo tiempo, aún se sigue

sosteniendo que todo lo que existe ha sido creado de la nada por Dios, que éste fue movido por su infinita bondad y que todo existe para su glorificación. También se afirma que Dios protege (un concepto de *protección* muy amplio, el de los teólogos) y guía todo lo que creó. La postura oficial del catolicismo es que acepta la libertad de los científicos para estudiar las implicaciones de la evolución... ¡siempre que ello no conduzca a una violación de los dogmas de la Iglesia! No parece una restricción insignificante. Por ejemplo, la Iglesia rechaza el poligenismo. El poligenismo es la teoría que defiende la existencia

simultánea, en los albores de la humanidad, de varios grupos de humanos en distintos puntos geográficos. Como contradice la fábula de Adán y Eva como primeros hombres creados por Dios de la nada, la Iglesia prefiere seguir imponiendo como uno de sus dogmas la tesis opuesta: el monogenismo.

En mi opinión, al contrario de lo que algunos sostienen, la teoría de la evolución no es en absoluto compatible con muchos de los dogmas de la Iglesia católica. El de la resurrección de los cuerpos tras el juicio final, sin ir más lejos. Según todos los indicios y

evidencias, las especies evolucionan hasta convertirse en otras de una forma extremadamente gradual. Ya que, según las doctrinas católicas, sólo resucitarán los seres humanos y no los animales (al no poder ser estos últimos considerados moralmente responsables, ni para bien ni para mal), muchos, como el escritor venezolano Gabriel Andrade, nos preguntamos: «¿A partir de qué espécimen en la evolución de la humanidad se producirá la resurrección de los cuerpos?» No hay un punto generacional preciso en el que el *Homo erectus* pueda ser ya llamado *Homo sapiens*. Resulta grotesco y casi cómico

imaginarse a un *Homo sapiens* primitivo sintiéndose aliviado por haber sido admitido en el club de los que resucitan pero, al mismo tiempo, infinitamente triste porque su padre y su madre, que no han tenido la suerte de ser considerados como humanos, no resucitarán nunca, los pobres, a pesar de que durante su vida terrenal fueron bondadosos y compasivos y nunca hicieron daño a nadie. Y todo lo anterior siempre dando por supuesto que cuerpos convertidos en polvo hace milenios pueden resucitar. En fin.

En cualquier caso, parece que los católicos, al menos, pueden seguir

creyendo en su dios sin que eso implique tener que transigir completamente con el creacionismo (aunque algunos de sus miembros se rebelen ante la postura oficial: el cardenal arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, en un artículo publicado en el *New York Times* al poco de ser elegido Benedicto XVI, apoyaba sin titubeos el diseño inteligente postulado por los creacionistas).

Pero los intentos por integrar ambas visiones del mundo —creacionismo y selección natural— no son universales, ni siquiera dentro de la religión cristiana. Pentecostales, testigos de

Jehová, mormones —entre otros— siguen rechazando el estudio de la geología y de la biología evolutiva. Hay muchas otras ramas del cristianismo que siguen creyendo en la literalidad del Génesis y, por lo tanto, en el creacionismo estricto, manteniendo con vida polémicas sobre si la creación de todo lo que existe tuvo lugar en seis días —como defendía, entre otros, Clemente de Alejandría en torno al año 200 de nuestra era— o si fue llevada a cabo en un único instante, como postuló san Agustín en el siglo IV. A pesar de que en el transcurso de tantos siglos los seres humanos hemos aprendido bastantes

cosas sobre el mundo en el que vivimos y sobre nosotros mismos, muchas religiones —o sectas dentro de las religiones— aún se basan en las conjeturas de hombres que vivieron hace casi dos mil años. Citando de nuevo a Francisco Ayala: «Leer el Génesis como un texto científico es una barbaridad. [...] parece que nunca han leído el segundo capítulo, que contradice al primero al sostener que Dios los creó macho y hembra al mismo tiempo, en lugar de crear a la mujer a partir de la costilla del hombre. La interpretación literal de la Biblia se autodestruye».

Según mi forma de ver las cosas, la

hipótesis de que las especies evolucionan mediante selección natural sustituye con éxito a la creencia ancestral de que todo tiene su origen en un misterioso diseñador divino que se esconde de nosotros. Los dioses ya no parecen necesarios para explicar la existencia de las criaturas de nuestro planeta.

Respondiendo a la pregunta que da título a este capítulo, se podría decir que la teoría de la evolución es una interpretación científica del mundo: la avalan los hechos y la respaldan personas que han decidido que el análisis y la experimentación son la

mejor manera de desentrañar los secretos de la vida y de quitarle el velo a sus seductores misterios.

Ahora bien, precisamente por el hecho de ser científica, y a diferencia de las teorías dogmáticas, la teoría de la evolución queda abierta a ser reinterpretada, corregida, modificada o totalmente desechada —aunque esto último se antoja difícil, dada la cantidad de pruebas en las que se sostiene— por nuevos hechos que se descubran en el futuro. Cualquier persona que la defienda con el ánimo de no querer caer en nuevos dogmatismos, sabe que hay algo que podría hacerle cambiar de

opinión sobre la veracidad de algunos de sus postulados o de todos: pruebas en contra. Los credos religiosos, por su parte, no necesitan evidencias a favor del creacionismo, ni siquiera indicios razonables sobre su veracidad, ya que las bases en las que se sustentan no son las pruebas, sino la fe ciega y la tradición.

Para saber más sobre los capítulos de la Parte II.

- AA.VV., *Darwin: el viaje del Beagle*, Geoplaneta, Barcelona, 2009.
- AYALA, Francisco, *Darwin y el diseño inteligente: creacionismo, cristianismo y evolución*. Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- BRENIFIER, Oscar y RUILIER, Jérôme, *¿Qué es la vida?*, Edebe Editorial, Barcelona, 2006.
- BROWNE, Janet, *Charles Darwin. El poder del entorno*, Prensas de la Universidad de Valencia, Valencia, 2009.
- CÁCERES, Emilio, *Creacionismo y diseño inteligente frente a*

evolución: un debate inexistente, Editorial Hélice, Madrid, 2011.

- CARMENA, Ernesto, *El creacionismo ¡vaya timo!*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2010.
- COLLINS, Francis S., *¿Cómo habla Dios?*, Ediciones Temas de Hoy, Barcelona, 2007.
- DARWIN, Charles, *El origen de las especies por medio de la selección natural*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.
- DAWKINS, Richard, *Evolución: el mayor espectáculo sobre la Tierra*, Espasa Calpe, Barcelona, 2009.
- HAWKING, Stephen, *El gran*

diseño, Editorial Crítica,
Barcelona, 2010.

- SAMPEDRO, Javier, *Deconstruyendo a Darwin: los enigmas de la evolución a la luz de la nueva genética*, Editorial Crítica, Barcelona, 2007.
- SCHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, Ediciones Akal, Madrid, 2005.

PARTE III

SOBRE LAS ALMAS Y SUS VIAJES

8

¿Qué es el alma?

Pues es algo que muchos creen que está dentro de todas las personas y que sigue viva después de nuestra muerte.

Y, ¿tú crees en el alma, papá?

No, yo no. Ni yo, ni mucha otra gente. Pero la mayoría de las personas

en el mundo, además de creer en dioses, también creen en la existencia de las almas. Para esas personas, cuando nuestro cuerpo muera habrá una parte de nosotros, el alma, que no morirá.

Si eso es cierto, me podríais preguntar: ¿qué les sucede, entonces, a esas almas que no mueren? Pues bien, en algunos lugares de nuestro planeta creen que el alma se reencarna, es decir que pasa a vivir dentro del cuerpo de otra persona o animal. Y en otros rincones de la tierra, la gente cree que las almas viajan a un lugar llamado paraíso, donde viven para siempre contemplando a su dios.

En los capítulos precedentes, hemos estado hablando sobre el primero de los dos grandes pilares en los que se apoyan casi todas las religiones: la existencia de dioses que crearon nuestro mundo y todo lo que existe. En los capítulos que siguen, los que forman la tercera parte del libro, vamos a adentrarnos en el segundo de esos pilares: la existencia del alma humana y su hipotética supervivencia tras la muerte.

Tal como la explican la mayoría de las creencias, el alma es aquella parte de cada persona que, supuestamente, sobrevive a la muerte siendo capaz de

liberarse del cuerpo. Según la forma de entender al ser humano propia de casi todas las religiones, alma y cuerpo serían cosas esencialmente diferentes que los dioses unen durante nuestra estancia en este mundo y que volverán a separarse tras nuestra muerte. Algunos credos, como el animismo, atribuyen alma a todos los seres vivientes, incluso a los objetos inanimados. Los hindúes creen que, por ejemplo, hasta el agua tiene alma.

En el polo opuesto, se encontrarían los pensadores materialistas, como La Mettrie, para los cuales el alma «no es sino una palabra vacía de la que no se

tiene idea y de la que una buena inteligencia no deber servirse sino para nombrar la parte de nosotros que piensa». Para él, como para los demás mecanicistas, el hombre «no es sino un animal, un ensamblaje de resortes, y [...] por consiguiente el alma sólo es la parte material sensible del cerebro que se puede entender como el resorte principal de toda la máquina y que tiene influencia sobre todos los otros».

Las diversas creencias religiosas se distinguen entre sí por las diferentes *explicaciones* que dan para esclarecer lo que ocurre con el alma humana tras la muerte. Para un gran número, el alma

viaja hasta alguna de las formas de paraíso, temporal o permanente, con las que los hombres fantasean. Para unas pocas, el alma queda como dormida a la espera de algún tipo de resurrección. Para otras, el alma se reencarna en otros cuerpos. Pitágoras y sus discípulos ya fabulaban con la transmigración de las almas. Para el hinduismo, la vida no es sino un paso obligado hacia un renacer bajo otra forma.

Si el comportamiento de la persona durante su vida terrenal no ha sido el que cada código moral prescribe, el alma recibirá su condena. Para los cristianos, las almas de los malos se

quemarán en el fuego eterno. El judaísmo también habla a sus fieles sobre un gran castigo final: el filósofo y rabino cordobés Maimónides lo expresaba diciendo que «el alma del malvado será destruida y de ella no quedará ni rastro».

Los credos religiosos también se distinguen entre sí por las diversas hipótesis que establecen sobre el origen del alma. Para unos, el alma es creada directamente por su dios, bien en el momento de la concepción, bien más tarde. Para otros, la existencia del alma es previa a la fecundación. Para algunos, el alma surge por generación natural a

través de los padres, sin que intervenga ninguna deidad. Muchos sostienen que el alma es eterna, es decir que no solamente el alma nunca muere sino que tampoco nace.

Un enigma sin solución el del origen del alma, a mi modo de ver. Quizá por el hecho de que, como los materialistas piensan, *alma* no es sino un término útil que puede servir en mayor o menor medida como sinónimo de otros conceptos tales como *personalidad*, *carácter*, *mente* o *cerebro*.

Quizá san Anselmo —quien desarrolló el argumento ontológico, del que hemos hablado antes, para intentar

demostrar la existencia de Dios— intuía en su fuero interno que el origen del alma era un misterio irresoluble. Parece ser que, poco antes de morir, en compañía del resto de monjes del monasterio de Roma en el que había pasado los últimos años, uno de ellos le hizo ver que el Señor pronto le iba a llamar a su lado. A lo que san Anselmo contestó con serenidad y un punto de humana vanidad: «Si ése es su deseo, le obedeceré alegremente, pero agradecería que me diera la oportunidad de seguir en este mundo el tiempo suficiente para resolver la cuestión del origen del alma, a la que llevo tantos

años dando vueltas en mi cabeza. Porque me parece que nadie más resolverá ese enigma cuando yo me haya ido».

Sin embargo, a pesar de la enorme variedad de conjeturas que se han planteado sobre la naturaleza de las almas, todas las creencias tienen algo en común: definen el alma explicando lo que no es, es decir, materia. Para todas las religiones el alma es algo así como la parte inmaterial del ser humano, su esencia indestructible.

Otro rasgo que comparten todas las doctrinas en cuanto a su forma de entender el alma es que todas aspiran a

tener, no valor de simple hipótesis, sino de conocimiento. Es ésta una característica propia de los dogmatismos: el afirmar la verdad o la existencia de una cosa sin que ello se pueda verificar, sin que podamos experimentarlo. Para la mayoría de los líderes religiosos, la ciencia no tiene nada que decir sobre el alma.

Pero, sin duda, el rasgo más compartido entre todos los credos, el atributo del alma que es común a prácticamente todas las religiones del mundo y de la historia, es el hecho de que el alma sobreviva a la existencia terrenal. Para todos, el alma es

imperecedera.

La fe en la inmortalidad del alma es, en mi opinión, el gran pilar que sigue sustentando a todas las religiones. Dentro del catolicismo, que tomo como ejemplo de lo que quiero expresar por ser la rama del cristianismo que más conozco y la que cuenta con más fieles en el mundo, no todos los católicos siguen creyendo en muchos de los dogmas de la Iglesia, como el de la transubstanciación, del que luego hablaremos, o el de la infalibilidad papal o el de la existencia de los ángeles. Sin embargo, sí que todos siguen creyendo en una u otra forma de

supervivencia tras la muerte, en esa idea de que una energía, un algo —un no-sé-qué, dirían algunos—, el alma, en definitiva, sobrevive a la aniquilación de nuestro cuerpo.

Tal como yo lo entiendo, declararse ateo supone hacer tabla rasa. Es decir, no sólo desechar por cándidos o incoherentes muchos de los dogmas a los que un gran número de personas religiosas tampoco se adhieren ya, sino atreverse a cuestionar y a analizar también la inmortalidad del alma y a aceptar que, tras mi muerte, nada sobrevivirá a la desaparición de mi cuerpo. Seré lo que era antes de mi

nacimiento: nada. Y no hay varios tipos de nada, tal como supo expresar el romano Quinto Ennio: «¿Quieres saber dónde yacerás, una vez muerto? En el lugar en el que yacen los que no han nacido».

Además, razonado sin apasionamiento —si tal cosa es posible— en realidad la muerte propia no es mala. Puede sernos penoso el proceso de morir, pero no la muerte en sí. No tiene lógica considerar la no existencia de uno mismo como mala, porque el hecho de que algo nos parezca malo —o bueno— presupone que previamente ha de haber existencia y consciencia. Y la

muerte consiste, precisamente, en la eliminación de ambas: de la existencia y, con ella, de la consciencia. No tiene mucho sentido preocuparse en exceso por un estado que uno nunca va a experimentar.

Creo que el escritor André Maurois se mostró muy lúcido en su forma de analizar este asunto cuando escribió que: «Bien las religiones tienen razón en lo de que el alma es inmortal y, entonces, no moriremos; bien el alma perecerá a la vez que la carne, con lo cual no sabremos que estaremos muertos. Por lo tanto, vive como si fueras eterno, porque realmente lo eres».

Personalmente, me gustaría que, como a Montaigne, la muerte «me encontrase ocupado plantando mis coles, despreocupado por igual de ella y de mi huerto imperfecto». O como a Hume, de buen humor y sin ansiedad. O como a Lucrecio, razonando con que el pensamiento de la muerte no debe aterrorizarnos, de la misma manera que tampoco lo hace la idea de que antes de vivir no éramos nada.

De esa forma, esa tabla rasa del ateísmo, a la que antes me refería, nos confiere lo que Michel Onfray define como un «derecho de inventario», es decir, la libertad de seguir unos pasos

más en ese proceso de descartar creencias ancestrales que no tienen evidencias en las que sustentarse. Al fin y al cabo, ya se ha comprobado que el cristianismo, al igual que el resto de las religiones, debido a su método que no requiere de pruebas sino de fe, estaba equivocado respecto a muchas otras cosas como, por ejemplo, la posición de nuestro planeta respecto al sistema solar. ¿No es posible que también lo esté respecto a la inmortalidad del alma? ¿No es posible, incluso, que lo que los teólogos llamaron *alma* no sea sino una de las funciones del cerebro? Tal como supo expresar Thomas Edison:

«Mi mente es incapaz de concebir una cosa como el alma. Puede ser que esté yo equivocado y que el ser humano tenga realmente alma, pero yo, sencillamente, no lo creo».

La creencia en la inmortalidad — aunque sea en otro lugar (el cielo) y de otra forma (en espíritu) o en otro cuerpo (por reencarnación)— ha existido siempre y, sin duda, sobrevivirá al paso de los siglos porque crea ilusiones, porque es agradable de creer. Los seres humanos tenemos una tendencia universal, vigente en cualquier época y en cualquier rincón del mundo, a dejar que nuestras certidumbres se tiñan con

el color de nuestros deseos.

«El corazón tiene razones que la razón no entiende», es la soberbia forma en la que vino a expresar lo mismo el obispo y teólogo Jacques Bénigne Bossuet, cuyos sermones se hicieron célebres en la Francia del siglo XVII.

En definitiva, queremos creer lo que nos resulta agradable y no queremos aceptar lo que nos aterroriza. No queremos desaparecer en la nada. Queremos seguir vivos. Y ése es el papel que juegan en nuestras vidas los paraísos celestiales, de los cuales vamos a hablar a continuación.

9

¿Existe el cielo?

Sería bonito que hubiera un cielo,
¿verdad?

Sí, para seguir vivos allí después de morir.

Exactamente. Pero creo que nadie sobrevive a la muerte de su cuerpo. Lo

siento. Sin embargo, a las mismas personas que creen en dioses también les gusta creer que, si nos portamos bien con todo el mundo, si no hacemos daño a nadie, tendremos un gran premio final: nuestra alma vivirá para siempre en un paraíso.

Esas personas también opinan que hacer creer a los niños en el cielo es una forma de hacer que se porten bien. Pero yo no estoy de acuerdo. Primero, porque no me parece bien hacer creer a los niños cosas que no son ciertas, aunque la intención sea buena.

Segundo, porque, por desgracia, también hay gente en el mundo cuya

intención no es buena y que engañan a sus niños haciéndoles creer que irán al cielo si, de mayores, matan a muchas personas de otras religiones.

En nuestro mundo —él único que conocemos, el único que hemos podido experimentar, el único del que podemos hablar sin recurrir a fabulaciones— contemplamos a menudo injusticias. Hay personas buenas que sufren mucho y personas malas que hacen sufrir a otras. Puestos a fantasear con una vida futura que nos calme el miedo a la muerte, soñamos con que, en ella, se equilibre la

balanza de la justicia. Que haya un lugar glorioso en el que los malos (sus almas) no puedan entrar. Pero no hay ningún argumento razonable en favor de su existencia.

En algún punto de los evangelios cristianos se dice: «No ha visto el ojo, ni oído el oído, ni sentido el corazón jamás lo que Dios guarda para los que le aman». El significado de las palabras anteriores, según mi interpretación libre, es que, como producto de la imaginación humana que es, cada uno puede concebir el paraíso como más le plazca.

La existencia del cielo, para mí, como ateo, al no sentirme obligado a

creer en ella por los dogmas de ninguna religión, es sólo una conjetura, una hipótesis que puedo analizar como cualquier otra. Así pues, ¿qué indicios tenemos de que sea cierta? Ninguno. Tal como me acabo de expresar, me doy cuenta de que mi opinión suena demasiado imperiosa, tajante, dogmática. Y sin embargo, es precisamente el dogmatismo el vicio contra el que me rebelo.

Por eso, me gustaría, para explicar con claridad lo que quiero decir, plantear cualquier otra hipótesis distinta a la de la existencia del cielo. Por ejemplo, la de que los países que

actualmente forman la Unión Europea contarán con quinientos setenta millones de habitantes en el año 2040; o la de que los niños expuestos reiteradamente a escenas violentas presentarán mayor agresividad; o la de que el factor que más predispone a padecer un cáncer de mama es el genético. Supongamos que, para cada uno de esos supuestos, hay unas personas que han expuesto unos datos, unas pruebas y una argumentación que les llevan a sus respectivas conclusiones. Supongamos, por otro lado, que hay otras personas que sostienen supuestos contrarios: que la población de la Unión Europea en 2040

será, no de quinientos setenta, sino de seiscientos cincuenta millones; que el presenciar escenas violentas y el nivel de agresividad en la niñez no están relacionados; y que los factores más importantes en la aparición del cáncer de mama no son los genéticos, sino los hábitos alimenticios. Y supongamos que estos últimos grupos de personas, para defender sus puntos de vista, presentan algunos de los siguientes argumentos: «Así le fue revelado a nuestro profeta»; o «todo el mundo sabe que es así»; o «tengo una convicción interna tan grande de que es así, que nada ni nadie podrá convencerme nunca de lo contrario»; o

«mi fe en ello es absoluta e incuestionable»; o «es lo que mis padres me enseñaron y lo que a ellos, a su vez, les fue enseñado por sus padres»; o «si alguien no lo ve así es porque el maligno se ha apoderado de él»; o «me ha sido revelado en sueños».

Resultaría inconcebible que alguien creyera a los defensores del segundo grupo de hipótesis —a pesar de que son teorías perfectamente plausibles— basándose en esos razonamientos y en esos indicios (o, mejor dicho, en esa falta de indicios). Y, sin embargo, son esos argumentos los que hacen que la mayor parte de los humanos creen en el

supuesto de que el alma es inmortal y de que viaja a algún tipo de paraíso, o a otro cuerpo, cuando morimos.

El jueves once de marzo de 2004 fue un día que no olvidaremos ninguno de los que lo vivimos de cerca. Varios terroristas suicidas, radicales islamistas, consiguieron hacer explotar diez bombas en cuatro trenes de Madrid, acabando con la vida de ciento noventa y una personas. Hubo casi dos mil heridos. ¿Cómo puede haber personas que cometan semejantes barbaridades?, nos preguntábamos todos. Pues, entre otras cosas, porque creen que, de esa forma, entrarán y vivirán para siempre en un

paraíso, era la respuesta que a mí me parecía más obvia. Y «¿cómo alguien puede llegar a creer eso?», se interrogaba a sí misma en voz alta una mujer que se encontraba junto a mí. Pues, porque se lo han hecho creer. Porque se lo han hecho escuchar, leer, salmodiar, recitar, cantar y repetir la suficiente cantidad de miles de veces. ¿Cómo puede un testigo de Jehová negar una transfusión a un ser querido, provocando así su muerte, porque sus creencias religiosas se lo impongan basándose en unos versículos del Génesis que hablan sobre la sangre? ¿Cómo puede un mormón creer

fervientemente que los indios del continente americano tienen la piel rojiza a consecuencia de un castigo divino? ¿Cómo puede alguien dar por cierto que su alma va migrando, de un cuerpo a otro, tras la muerte? ¿Cómo puede alguien creer que, en algún lugar del cielo, hay un padre afectuoso de barba blanca —o un dios espíritu puro, creador de todo lo creado y no creado por nada, a los efectos es lo mismo— que mira con parsimonia todo lo que nos sucede por aquí abajo? ¿Cómo puede alguien creer que le ha desaparecido el dolor de muelas por haber encendido una vela al santo de su devoción? De

nuevo, la que a mí se me antoja como respuesta a todas esas cuestiones es: porque se lo han hecho repetir, de niños, el suficiente número de veces.

La gran mayoría de las personas que creen en dioses no hacen ese tipo de salvajadas; los responsables de aquellas atrocidades fueron unos fanáticos, unos asesinos, nos dirán algunos. Y estaremos de acuerdo. No hay que culpar a las creencias religiosas de los disparates que cometen unos pocos. En ese punto, quizá yo ya dejaría de estar de acuerdo porque, sí, es cierto: no eran todos, eran sólo unos exaltados. Pero unos exaltados que creían, al fin y al cabo, en uno de

los muchos dislates que se admiten sin ningún indicio razonable y que todas las religiones graban en los cerebros de los niños desde que empiezan a tener uso de razón: el de que, cuando morimos, y siempre que hayamos cumplido los preceptos de los que saben lo que los dioses quieren, nuestra alma irá al paraíso. La creencia de que hay vida más allá de la muerte es la que alimenta la mentalidad de mártir de los terroristas.

Es verdad: no es muy común en nuestros días (aunque ¿estamos seguros de que no es tan común?), al menos en ciertas partes del mundo, que, en la

práctica, unas personas maten a otras por sus creencias religiosas. Pero lo que sí es más habitual es que uno de los preceptos de cualquiera de las religiones sea el proselitismo, el empeño en ganar adeptos para la causa, el luchar —y el término luchar puede ser entendido por muchos literalmente— contra los que creen en otros dioses, para imponerles el que a ellos les han estampado en su mente como verdadero.

La mayoría de las personas cree en la gloria celestial porque les han enseñado a hacerlo desde que nacieron y porque a todos nos gustaría que existiera: ¿por qué dejar de creer en

algo tan reconfortante, si se está tan bien junto al fuego, al calor de las historias que nos cuentan nuestros abuelos?

Pues bien, mi respuesta a esa pregunta es que pienso que es mejor intentar comprender que conformarse con historias imaginadas, por agradables que éstas sean. Prefiero saber que con lo que puedo contar es con esta vida. Yo elijo disfrutar de ella viviendo mis emociones y mis deseos, y los de la gente a la que quiero, sin que los dogmas de hace milenios me limiten ese disfrute. Elijo contemplar con la boca abierta de admiración las muchas cosas con las que este mundo puede

embelesarnos. Me interesa mucho más nuestro planeta, con todas sus criaturas —incluidos nosotros— que leer y releer mil veces cualquiera de los libros sagrados con sus distintas versiones de paraísos. En palabras de Carl Sagan: «La vida es tan sólo un vistazo momentáneo a las maravillas de este asombroso universo. Es una lástima que tantas personas estén desaprovechando su vida soñando con fantasías celestiales».

Yo elijo considerar como cosas más importantes, no la tradición, ni el respeto incuestionable a los dogmas heredados, sino el respeto a los demás

—incluyendo, sobre todas las cosas, el respeto a sus vidas—, el conocimiento científico, el amor al prójimo, la compasión por los que sufren, la amabilidad y, sobre todo, la alegría.

Son principios que comparto con muchas de las personas que creen en el paraíso —así como el afán de vivir, la búsqueda de la felicidad, el deseo de procrear y proteger a mi familia y tantas y tantas otras cosas— pero sin compartir su fe en las promesas inverosímiles de otras vidas tras la muerte. Creo que, aunque no haya ningún cielo, ni mi cuerpo vaya nunca a resucitar, no será malo mi final si ha sido buena mi vida.

Como poéticamente expresa el estribillo de un himno que escuché no hace mucho en una ceremonia religiosa (en un funeral): «Al atardecer de la vida, me examinarán del amor».

Esos son algunos de los valores que me gustaría transmitir a mis hijos, respetando siempre, como explicaré más adelante en los capítulos dedicados a las religiones, su derecho de elección informada.

Volviendo al tema del capítulo, pienso que, en nuestros días, muchas personas no creen en gran parte —o en ninguno— de los dogmas de las distintas religiones. Sin embargo, continúan

creyendo a su manera en alguna forma de divinidad. Tampoco pueden evitar seguir creyendo en alguna forma de paraíso, aunque entiendan que, seguramente, no será tal como se lo hayan contado cuando eran niños.

Su intelecto les hace comprender que todas esas imágenes que les quedaron grabadas en su infancia —la barba canosa del dios padre, la luz blanca del sol tamizada por las nubes, los ángeles con sus alas— eran sólo eso: ilustraciones, estampas, símbolos que servían para transmitir con facilidad el concepto de cielo a unos niños. Pero, al mismo tiempo, siguen confiando en la

existencia de algún tipo de paraíso.

Da la impresión de que los dioses, con sus reinos prometidos, todavía cumplen, para muchos, el mismo papel que desempeña el cero a la izquierda de la coma en un número decimal: no suman nada, pero tienen que estar ahí para que el total tenga sentido. Y, sin embargo, si hablamos sobre paraísos, creo que, por mucho que siguiéramos argumentando, no se podría añadir mucho más que lo que ya supo expresar perfectamente el escepticismo del gran Hume: «¿Con qué argumentos se puede probar un lugar, un estado de la existencia, que nadie ha visto nunca?»

La respuesta no nos depara sorpresas; es de nuevo la misma: no hay argumentos que valgan, sólo fe. Porque la fe —credulidad ciega, la llamaríamos algunos— no necesita pruebas. Pero el gran problema de la fe, no es sólo que no dé respuestas reales, sino que, además, presiona para que dejemos de hacernos preguntas.

10

¿Existe el infierno?

No. El infierno, igual que el cielo, sólo está en nuestra imaginación.

Y a ti... ¿qué te decían cuando eras pequeño?

«Sí, claro que existe. Es el lugar al que van las personas malas cuando

mueren», me explicaban cuando yo era niño. La pregunta que hacía después, poniendo en un compromiso a los adultos era: «¿Y dónde está?» «No se sabe», es la respuesta que recuerdo que más me dieron. Creo que acabé por imaginar el infierno también en algún punto del espacio, pero lo bastante lejos del paraíso como para que no pudiera haber confusiones, como para que ningún bueno acabara en el infierno (ni ningún malo en el cielo) por error.

Mi opinión es que creer en el infierno como lugar donde se castiga a los malos,

o en la gloria como premio para los buenos, o en el alma, o en dioses, o en todas esas cosas a la vez, indica una preferencia, bien consciente, bien inconsciente, por lo ilusorio.

En su día no lo hice, pero creo que, cuando mis hijos me preguntaron si existía el infierno, también podría haberles respondido esto: «Sí, claro que existe. Hay muchas personas que sufren situaciones infernales, injusticias, mala fortuna, a veces durante toda su vida, por desgracia. Claro que existe y, además, sabemos dónde está: aquí abajo».

A principios del siglo XIV, el poeta

florentino Dante Alighieri escribió *La divina comedia*, una de las obras más importantes de la historia de la literatura. La primera de las tres partes de la obra describe el viaje al infierno del protagonista. ¿De dónde sacó Dante las vívidas imágenes del infierno, las torturas insufribles que nos describe? De este mundo. No hace falta poseer una gran fantasía. La vida en la tierra proporciona, desgraciadamente, suficientes ingredientes como para concebir un infierno aterrador. El propio Dante lo afirma: «Encontré el original para mi infierno en el mundo en que vivimos».

Una persona que haya perdido a alguien muy querido pensará, con razón, que no puede haber nada más espantoso, ni en este mundo, ni en los inventados. ¿Qué atrocidades pueden resultarle ya atemorizadoras? ¿Cuál de las amenazas que predicán las distintas creencias hará que tiemble de miedo? ¿El rechinar de dientes? ¿El fuego eterno?

«El infierno es el lugar al que van los que cometen pecados y que mueren sin haberse confesado», me explicaban también mis mayores cuando yo era niño. Aún recuerdo el miedo atroz que sentía ante la simple idea de morir en pecado mortal sin haber podido antes

contarle a un sacerdote cosas como que, a veces, me levantaba de la cama e iba a hurtadillas a ver a través de la puerta entreabierta programas para mayores de la tele sin que mis padres se dieran cuenta. Sí, ya sé que para la Iglesia católica eso no es pecado mortal, pero un niño pequeño no necesariamente puede comprender con claridad conceptos tan vagos como pecado mortal y venial. Sin embargo, aun no entendiendo bien lo que era pecado, el miedo a sentir eternamente el dolor que provoca el fuego quemando la carne sí que quedó grabado en el cerebro de aquel niño. Afortunadamente, en muchos

casos, como ocurrió en el mío, las creencias en cielos y en infiernos propias de muchos credos suelen acabar cediendo bajo el peso de sus propias ilusiones.

¿Qué es el pecado, entonces? Pues, a pesar de las diferencias entre lo que las distintas religiones consideran o no como tal, para todas ellas pecado es cualquier acción —o incluso pensamiento— que infringe una de sus reglas de comportamiento o uno de sus preceptos morales.

¿Por qué crear castigos imaginarios siendo que, en el mundo real, nos encontramos tantos males? Pues porque

hacer largas listas de pecados con sus correspondientes penas es una buena forma de eliminar resistencias contra la autoridad suprema. Entre los actores sociales dominantes de una tribu o un país siempre han estado los líderes religiosos. Los que proclaman tener conexión directa con los dioses predicán a los demás haciéndoles creer que saben de buena tinta lo que los dioses consideran pecado. Suelen ser personas, tan obsesionadas con lo que no se corresponde con su concepto de virtud, que hacen que muchas cosas importantes de la vida pasen desapercibidas para ellos mismos y, lo que es peor, para los

demás.

Los puritanos, los extremistas de todas las religiones, consiguen que sus fieles consideren como pecaminosas buena parte de las cosas —la música, una simple canción, el baile, el arte, cualquier libro que no sea el suyo, contemplar un rostro hermoso, sentir la brisa libremente en la cara, un beso, las relaciones sexuales libremente consentidas, la risa, los conocimientos que nos proporcionan las ciencias— que hacen que la vida merezca tanto la pena. Llaman inmorales a los que no comparten su moral. Logran que gente buena, simples víctimas de las creencias

irracionales que les han grabado a fuego, se sientan culpables. Consiguen que los pobres hijos de esa buena gente acaben sufriendo por haber realizado actos o haber tenido pensamientos que, sencillamente, se corresponden con nuestra naturaleza humana. No me gustaría que los exaltados de cualquier fe, esos que no consiguen nunca desarrugar el entrecejo pero se creen dueños de verdades absolutas, instilaran en mis hijos sus dogmas inflexibles y sus austeras morales. Citando una vez más a Montaigne: «No quiero que se encarcele a esos niños, no quiero que se les abandone a la cólera y al humor

melancólico de un maestro enfurecido».

Si cuando un niño se porta mal, sus padres le castigaran en lugar de, por ejemplo, sin poder jugar un día, encerrándolo un mes entero a pan y agua en un cuarto oscuro, ¿pensaríamos que son unos buenos padres? Pues bien, el padre que los credos religiosos nos anuncian como amor infinito en estado puro es, al mismo tiempo, un padre que castiga a sus hijos encerrándolos en el infierno, no un mes, sino para toda la eternidad. Algo no encaja.

Es preferible tomárselo con humor, como hizo el romántico alemán Heinrich Heine cuando dijo: «Dios me perdonará,

es su oficio».

A las historias para no dormir que me contaban siendo niño, prefiero con creces lo que Marco Aurelio, el emperador filósofo, se decía a sí mismo cuando se daba cuenta de que había obrado mal: «No te desanimes, no te consternes, no sientas asco de ti mismo si, a veces, no consigues actuar sobre cada cosa conforme a los principios más convenientes». Ser siempre absolutamente irreprochable es, en la práctica, imposible. Los seres humanos somos imperfectos y, como tales, cometemos errores. Si hemos de juzgarnos a nosotros mismos, que sea

con un espíritu de mejora para próximas ocasiones, no para violentarnos, ni para castigarnos. De lo contrario, podría llegar a ocurrirnos como al escritor Frédéric Miterrand quien, en su libro autobiográfico titulado *La mala vida*, escribió estos dolorosos pensamientos: «Nunca sabré por qué me odiaba tanto. [...] Ni por qué me ha hecho falta encontrarme a las puertas de la vejez, cuando ya es demasiado tarde, para darme cuenta de que odiarme era un error».

No querría que las religiones y sus prohibiciones distrajeran la atención de mis hijos de la única vida de la que

disponen. Me gustaría que lo que buscaran no fuera una ficticia vida eterna, sino la vivacidad eterna, la alegría, en este mundo, el único con el que podemos contar. Pero, en cualquier caso, son sus vidas, así que les corresponderá a ellos, una vez adultos, decidir si quieren creer o no en paraísos y en avernos.

Para enfrentarme a ese miedo ancestral a la disolución en la nada, yo prefiero ver las cosas como Flaubert, el cual decía de sí mismo: «Valor no tengo, pero actúo como si lo tuviera, porque en el fondo viene a ser lo mismo».

Antes que aceptar como cierto

cualquiera de los personajes y lugares mitológicos con los que los humanos hemos fantaseado, yo elijo esforzarme por aplicar a mi vida las siguientes palabras del filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein: «Si entendemos por eternidad no una duración infinita sino la intemporalidad, entonces el que vive en el presente ya tiene la vida eterna».

Me gustaría acabar este capítulo con otro toque de humor. El publicista Paul Arden, en su libro titulado *Dios explicado en un trayecto de taxi*, hace lo que él denomina una reflexión de domingo, que me parece muy apropiada para la ocasión después de haber

hablado, como hemos hecho, sobre pecados: «Para los hinduistas las vacas son sagradas; los anglicanos suelen comer *roast beef* los domingos. El pecado de unos es el asado de otros».

Para saber más sobre los capítulos de la Parte III.

- AA.VV., *Salvación, infierno, olvido: escatología en el mundo antiguo*, Publicaciones de la

Universidad de Sevilla, Sevilla, 2010.

- ALIGHIERI, Dante, *La divina comedia*, Edimat Libros, Madrid, 1998.
- ANDRADE, Gabriel, *La inmortalidad ¡vaya timo!*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2011.
- ARDEN, Paul, *Dios explicado en un trayecto de taxi*, Editorial Océano, Barcelona, 2011.
- COULIANO, Ioan, *Más allá de este mundo: paraísos, purgatorios e infiernos, un viaje a través de las culturas religiosas*, Editorial Paidós, Barcelona, 1993.

- FERRÁNDIZ, Alejandra et al., *Lecturas de Historia de la Psicología*, Ediciones de la UNED, Madrid, 2001.
- LA METTRIE, Julien Offroy de, *Hombre máquina*, Alhambra Editorial, Madrid, 1989.
- LOCKE, John, *Compendio del ensayo sobre el entendimiento humano*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- MINOIS, Georges, *Historia de los infiernos*, Editorial Paidós, Barcelona, 2005.
- ODIFREDDI, Piergiorgio, *Por qué no podemos ser cristianos y menos*

aún católicos, RBA Libros,
Barcelona, 2010.

- PUENTE, Gonzalo, *El mito del alma: ciencia y religión*, Siglo XXI España Editores, Madrid, 2007.
- SMITH, Huston, *La percepción divina*, Editorial Kairós, Barcelona, 2001.

PARTE IV

SOBRE REZOS Y MILAGROS

11

¿Qué es rezar?

Rezar es hablar a los dioses.

Pero si los dioses no existen, rezar no sirve de nada...

Eso no es cierto del todo. Voy a ver si soy capaz de explicároslo. Cuando rezan, lo que las personas quieren es

comunicarse con sus dioses. A veces, lo hacen para pedirles ayuda. A veces, para darles las gracias porque se ha cumplido algún deseo que les pidieron. Aunque en realidad no haya nadie escuchando, la persona que reza cree de corazón que alguien le está prestando atención. Y eso hará que se sienta bien.

Muchos creen que los dioses conceden los deseos que se les piden.

Otras personas opinan que los dioses no hacen caso de esas peticiones y que su única misión fue crear el mundo y hacer que el universo y los planetas sigan moviéndose.

Y otros, como yo, pensamos que

nadie creó el mundo y que tampoco hay nadie escuchando a los que rezan. Pero, aun así, rezar es bueno para ellos. Si una persona cree que cuando reza su dios escucha sus problemas, esa persona se encontrará más tranquila. Así que rezar sí que le estará ayudando, sí que le estará sirviendo de algo.

Muchas de las civilizaciones de todas las épocas han rezado dirigiendo su mirada y su voz al cielo, ese lugar, color azul enigmático, donde se suponía que vivían los dioses y se encontraba el paraíso. Existe un proverbio malayo que

dice: «El rostro de los dioses está oculto entre las nubes». Nuestros ancestros vivían bajo un inmenso lienzo estrellado habitado por dioses. No hace tanto tiempo, Abraham Lincoln escribió: «Puedo concebir que un hombre que mire siempre hacia el suelo sea ateo; pero no podría entender que, si un día levantara la cabeza hacia el cielo, siguiera siéndolo». El firmamento nos fascina. Seducía a nuestros antepasados y nos seduce a nosotros.

Yo, personalmente, más que como los antiguos malayos o como el presidente Lincoln, veo las cosas como las veía el filósofo Arthur

Schopenhauer: «En un espacio infinito, un número incontable de estrellas luminosas en torno a cada una de las cuales gravitan varios planetas, uno de ellos —el nuestro— caliente en su interior y en cuya corteza enfriada y endurecida una capa de moho ha generado seres vivos, algunos de ellos cognoscentes. Ésa es la realidad. Ése es el mundo».

Y con esa forma de interpretar la realidad no es mi intención —tampoco podría, aunque quisiera— quitarle ni una pizca de su magia, de su magnetismo, de su belleza apabullante a nuestro mundo. Simplemente pienso que

tanto lo infinitamente grande —el cosmos— como lo extraordinariamente pequeño —una célula— son en sí mismos lo bastante hermosos y atractivos por todo lo que no conocemos sobre ellos. No veo ninguna necesidad de imaginar que haya espíritus, entes mágicos, demiurgos o dioses tras sus diseños.

Sin embargo, las religiones tratan de convencernos de que cuando rezamos hay alguien escuchándonos —ya sea en el cielo o en un templo o en cualquier otro lugar (o en todas partes)—, y de que al que cumpla con los preceptos de ese alguien le espera un paraíso. Una

gran recompensa. Ese premio se encontrará siempre en algún lugar lejano de donde estamos (qué más lejano que el cielo, para nuestros ancestros). Tenemos una propensión natural a que nos guste más una cosa cuanto de más lejos venga. Esa lejanía —tan grande como la distancia que va de la realidad a los sueños— impide en ocasiones a algunas personas apreciar las muchas cosas buenas que tenemos en este mundo, justo delante de nosotros.

Pero el hecho de rezar, en sí mismo, tiene mucho de positivo. Los templos de todas las creencias —iglesias, mezquitas, sinagogas, pagodas,

santuarios— son lugares en los que se induce a orar y a meditar. Todos ellos invitan al recogimiento y a la introspección. Suelen ser sitios magníficos donde reflexionar y descansar de los ajetreos cotidianos, incluso si no se es una persona religiosa.

El diario oficial de la sociedad estadounidense de neurociencia publicó, en abril de 2011, un estudio llevado a cabo por investigadores de la Facultad de Medicina de la Universidad Wake Forest de Carolina del Norte que demostraba lo que los humanos ya sabemos intuitivamente desde hace milenios: que el rezo y la meditación

alivian el dolor. Mediante imágenes por resonancia magnética se comprobó cómo la meditación reducía en un 40% de media la intensidad del dolor de los participantes y en casi un 60% la percepción del dolor como algo desagradable por parte de sus cerebros. Dicho de otro modo: la oración y la meditación modulan la sensación de dolor.

Aunque algunos hayamos determinado que nuestra única escritura sagrada sea la propia vida, escuchar en un templo las palabras, en ocasiones sabias, que contienen los textos sagrados de las religiones, a muchas personas es

seguro que les reconforta y da fuerzas. Como dice la divulgadora científica dominicana Glenys Álvarez: «Es posible que la fe no mueva montañas pero te hará creer que sí».

Además, cuando una persona se dirige a su dios, ya no recitando plegarias aprendidas, sino explicándole sus problemas, estará convirtiendo sus preocupaciones en pensamientos ordenados mediante palabras. Es probable que eso haga que los comprenda mejor y encuentre con mayor facilidad soluciones para ellos. Seguramente a muchas personas, aun siendo adultas, les ayudará tener amigos

imaginarios.

Para los que no creemos en divinidades, rezar no deja de ser una forma de hablar con uno mismo en la que, bien no se obtienen respuestas, bien se obtienen las respuestas que se desea escuchar. Y si las respuestas resultan audibles, nos estaremos moviendo entonces en el terreno de las alucinaciones.

Ahora bien, en cualquier caso, creo que dejarse llevar por los silencios de un templo, o por los sonidos de un órgano, o por el murmullo monótono de las letanías de los ancianos, son también experiencias que cualquier niño debería

experimentar en alguna ocasión.

12

¿Qué son los milagros?

Son cosas buenas que pasan porque un dios lo ha querido así.

Pero ¿no decías que los dioses no existen?

Perdonad. Quiero decir que hay personas que creen eso. Mirad, cuando

necesitamos algo o queremos hablar con alguien, los seres humanos vamos a ver a un amigo. Las personas religiosas, además, pueden hablar con su dios o sus dioses y pedirles deseos. También se los pueden pedir a los santos.

Pueden ser cosas muy graves, como que un ser querido se cure de una enfermedad. O cosas mucho menos importantes como aprobar un examen, que nuestro equipo favorito meta un gol, o encontrar un objeto que hemos perdido. A los dioses cada uno puede pedirles lo que quiera.

Si el deseo pedido se cumple, la persona que lo pidió enseguida cree que

ha sido gracias a su dios, es decir, que ha sido un milagro. Y si no se cumple, se resigna. ¡Qué remedio!

Los milagros son hechos cuyo acaecimiento se atribuye a la intervención de un dios, de un líder religioso —vivo o fallecido— de algún santo o, incluso, de alguna reliquia.

El repertorio de peticiones a los dioses es tan amplio como todo aquello que los humanos podemos anhelar. Si la situación deseada acaba ocurriendo, los creyentes de todos los credos atribuyen el suceso a la intervención divina y dan

las gracias mediante la oración, las ofrendas y las alabanzas al que consideran su benefactor. Y en caso de que el llamado milagro no se produzca, siempre quedan las explicaciones comodines que, en realidad, no explican nada, del tipo: «Los designios del Señor son inescrutables», «Si Dios lo ha querido así, será para bien», «Dios trabaja de maneras misteriosas».

Los ateos no podemos evitar ver el asunto más bien como lo hace el personaje del doctor House, de la serie televisiva a la que da nombre: «¿Por qué los pacientes dan las gracias a Dios por haberse recuperado de una enfermedad?»

Al fin y al cabo, según sus creencias, también fue Dios quien, previamente, se la hizo sufrir».

Cuando, en la primavera de 2011, se produjeron una serie de terremotos que afectaron gravemente a la ciudad española de Lorca, un político regional, tras confirmar a la prensa que había nueve víctimas mortales, pasó a dar fervientemente las gracias a Dios porque la mayoría de los cientos de heridos se estaban recuperando favorablemente. Algo no me cuadraba en su forma de razonar. Yo lo llamaría inconsistencia o falta de coherencia. Un psicólogo me habría explicado que lo que me estaba

ocurriendo se conoce como disonancia cognitiva: dos fragmentos de información que, psicológicamente, no encajan. Seguramente, si yo hubiera intentado argumentar con el gobernante en cuestión sobre las razones por las que, antes de interceder por la mejora de los heridos, su dios había ocasionado tamaño desastre, el buen hombre habría acabado por decirme algo parecido a «el Señor sabrá por qué ha querido llevarse al cielo a los que han muerto» o «no se debe responsabilizar a Dios de las desgracias del mundo». Si a mi diálogo imaginado se hubiese unido otro político, en este caso del siglo XVIII, el

estadounidense Thomas Paine, es posible que hubiese tratado de consolarme con una de sus máximas: «Querer argumentar con una persona que ha renunciado a la lógica es tan inútil como darle medicina a un muerto».

En otra ocasión, recuerdo estar leyendo en un periódico diversos artículos sobre el tsunami del océano Índico que arrasó con todo en el año 2004. Volví una hoja y, al primer golpe de vista, me chocó extraordinariamente el cruel contraste que había entre las dos páginas. En la de la izquierda aparecían fotografías terribles y recuentos por países de los millares de víctimas del

tsunami. La página de la derecha —ya de la sección de deportes— quedaba dominada por un titular, con un tipo de letra gigantesco, en el que un famoso futbolista brasileño, sintiéndose agradecido por haberse recuperado de una lesión más rápidamente de lo esperado, manifestaba: «Dios es justo». Son incongruencias extraordinarias de las que parece que los creyentes no se percaten pero que, en muchas ocasiones, resultan sangrantes. Si me permiten la broma fácil, podríamos decir que *claman al cielo*.

Los milagros entendidos como sucesos que, provocados por los dioses,

desafían las leyes de la naturaleza, han sido siempre fuente de controversia. David Hume argumentaba que «ningún testimonio ha de ser suficiente para establecer un milagro, a menos que la declaración sea de tal naturaleza que su falsedad sea más milagrosa que el hecho en sí». Dicho de otro modo, siempre es más sensato suponer que el testimonio es falso a resultas de una alucinación, un espejismo, un mito tomado por realidad o, sencillamente, un engaño. Tal como yo los entiendo, los milagros no son sino interpretaciones de la realidad con un sesgo hacia lo religioso.

Cuenta el escritor Anatole France

que, visitando en Lourdes la gruta en la que había colgadas gran cantidad de muletas, un compañero de viaje se las señaló con el dedo y le dijo: «Una sola pierna de madera diría más que todas esas muletas». El autor francés le respondió que, aunque viera crecer una pierna de un muñón, tampoco lo interpretaría como un milagro. Y añadió: «Lo que yo pensaría es que, hasta la fecha, no se sabía que los tejidos de algunas piernas humanas pueden volver a crecer, como les ocurre a los rabos de los lagartos».

Hablando de crecer, me viene a la memoria la leyenda de santa Águeda, a

la que, milagrosamente, le crecieron los cabellos con sorprendente rapidez para tapar la desnudez en la que la habían dejado sus torturadores. Estoy de acuerdo con Voltaire, que vino a decir algo parecido a esto: «Con algunas de las cándidas puerilidades que las religiones nos cuentan sobre los mártires, no nos queda otro remedio que sonreír». Aunque a mí, de haber estado en el lugar de la pobre mujer, no me habría hecho mucha gracia que a mi padre celestial todopoderoso lo único que le preocupase fuese mi desnudez, en lugar de interesarse por librarme de mi suplicio. No sé, fulminando

milagrosamente a mis verdugos con un rayo, por ejemplo.

Se define el milagro como una derogación esporádica, como una interrupción perceptible de las leyes naturales. Pero habiendo como hay tantas leyes de la naturaleza que son aún desconocidas para nosotros, que no somos capaces de percibir o de entender, ¿cómo podríamos hablar de milagros?

La credulidad forma parte de nuestra forma de ser. Algunas personas son crédulas por naturaleza. Exigen afirmaciones, pero no necesariamente pruebas: las pruebas les confunden y les

resultan embarazosas. No quieren saber por qué ni de qué manera, les basta con el sí o el no. Reflexionar demasiado les paraliza. Es más fácil creer que pensar, y puede que ésa sea una de las razones que explique por qué aún el porcentaje de personas religiosas es tan abrumadoramente superior al de personas que no lo somos. Además, la mente humana acaba reteniendo y aceptando como cierta, aunque esté lejos de serlo, casi cualquier afirmación que se le repita las suficientes veces, especialmente si estas repeticiones tienen lugar en una mente joven.

Por lo que sabemos a día de hoy, las

grutas, las reliquias, las imágenes de santos, las peticiones fervorosas, etcétera, únicamente han producido un efecto terapéutico —derivado de la sugestión que provocan en los creyentes — sobre enfermos con enfermedades curables o susceptibles de remisión inmediata.

En 1263, un sacerdote llamado Pedro de Praga que celebraba la Eucaristía en la ciudad italiana de Bolsena partió la hostia y ésta apareció como manchada de sangre en su interior. En los años posteriores, fueron innumerables los sucesos que se consideraron como milagrosos y que se

relacionaron con la hostia «ensangrentada». La noticia del suceso se propagó rápidamente por toda la cristiandad e hizo que aún hoy, casi ochocientos años después, la pequeña ciudad cercana a Roma sea internacionalmente conocida. Pero hace ya muchas décadas que se descubrió un hongo microscópico que, mezclado con la harina, adquiere aspecto de sangre coagulada. Los científicos que realizaron el hallazgo en el siglo XIX intuyeron la relación que podía existir entre el hongo y la hostia del que se conocía como milagro de Bolsena, y lo bautizaron como *micrococcus*

prodigiosus.

Me parece que siempre habrá un hongo, una explicación, una relación causa-efecto que la ciencia aún no haya descubierto o ni siquiera llegue nunca a descubrir. Por eso, como el propio Anatole France al que he mencionado antes, no entiendo el concepto en sí de milagro: «O algo es cierto o no lo es; si es cierto, existe en la naturaleza y, por lo tanto, es natural».

No creo en milagros. Creo que todo lo que ocurre en la naturaleza responde a leyes naturales pero que, sencillamente, hay una infinidad de esas leyes que nos son desconocidas. Nada

puede ser como es sin unas razones para que sea así y no de otra forma; si bien es cierto que, en muchas ocasiones, esas razones permanecen ocultas a nuestra comprensión. En realidad, de muchas de las cosas de las que se dice que parecen milagrosas, lo único que podríamos decir, hablando con propiedad, es que desconocemos su causa.

Pensemos en todos aquellos seres humanos de otros milenios cuando contemplaban eclipses. O cuando, observando un fuego fatuo, inmediatamente interpretaban que se trataba del alma saliendo del cuerpo. Ellos no podían saber que la

inflamación del fósforo y otras sustancias que se desprenden de cualquier animal en estado de descomposición puede formar pequeñas llamas. Sus conocimientos del mundo en el que vivían no les ofrecían ninguna explicación para esos y otros fenómenos. La intervención divina y las explicaciones mitológicas de cualquier tipo eran los únicos argumentos posibles. En nuestros días, ya no.

Durante siglos, los hombres creyeron que el vino obtenido de las vides cultivadas en las laderas del Vesubio era de gran calidad debido a que Baco —el dios romano del vino—

vivía dentro del volcán. Hoy en día, esas tierras siguen contándose entre las más fértiles de Italia pero ya nadie — que yo sepa— sigue pensando que sea gracias a la intervención de Baco. En nuestra época es bien conocido que, debido a su composición química, las tierras formadas a partir de lava enfriada, con el tiempo, se convierten en magníficos campos de cultivo. La relación causal ha reemplazado a la explicación mitológica.

Las reflexiones anteriores me llevan a pensar que ciertas creencias que hoy se toman por verdaderas acabarán por convertirse en las mitologías del

mañana, aunque sea un mañana muy lejano. Como escribió el filósofo James Feibleman: «Un mito es una religión en la que ya nadie cree».

Fuera del ámbito de lo religioso, hay también muchos misterios aparentes. Son sucesos que entran dentro de lo que se denomina como paranormal. Afortunadamente, hay muchas personas que recelan y aplican su escepticismo para buscar las relaciones causa-efecto subyacentes a cualquiera de esos supuestos enigmas. Muchas de las afirmaciones que se hacen sobre ese tipo de acontecimientos, tras un análisis científico riguroso, se revelan falsas.

Esa misma búsqueda de la verdad habría de poder ser aplicable a cualquier suceso considerado como milagroso.

Después de haber hablado sobre milagros, me parece apropiado acabar este capítulo con una cita extraída de la obra *La desheredada*, de Benito Pérez Galdós: «Si sentís anhelo de llegar a una difícil y escabrosa altura, no os fiéis de las alas postizas. [...] creedme, lo mejor será que toméis una escalera».

Para saber más sobre los

capítulos de la Parte IV.

1. AA.VV., *Ciencia y pseudociencias, realidades y mitos*, Editorial Equipo Sirius, Madrid, 2008.
2. ARES, Félix, *La sábana santa ¡vaya timo!*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2006.
3. EÇA DE QUEIROZ, José María, *Diccionario de milagros*, Rey Lear Editores, Madrid, 2011.
4. FRANCE, Anatole, *El jardín de Epicuro*, Ediciones Júcar, Madrid, 1989.

5. GARDNER, Martin, *¿Tenían ombligo Adán y Eva? La falsedad de la pseudociencia al descubierto*, Editorial Debate, Madrid, 2001.
6. GIUSSANI, Luigi, *Aprendiendo a rezar*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1984.
7. JIMÉNEZ, Enrique, *Cuentos para rezar con los labios... y el corazón*, Ediciones Palabra, Madrid, 2007.
8. KUHLMAN, Kathryn, *Yo creo en los milagros*, Editorial Clie, Barcelona, 1987.
9. LEWIS, C.S., *Dios en el banquillo*,

Rialp Ediciones, Madrid, 2010.

10. POLIDORO, Massimo, *Los grandes misterios de la historia*, Editorial Robin Book, Barcelona, 2003.
11. RUEDA, José María, *Oraciones para rezar quien no sabe*, Editorial CCS, Madrid, 2005.
12. SAGAN, Carl, *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, Editorial Planeta, Barcelona, 1997.
13. TOLSTOI, Lev, *El reino de Dios está en vosotros*, Editorial Kairós, Barcelona, 2010.

PARTE V

SOBRE RELIGIONES

13

¿Qué son las religiones?

¡Uf! Ésta es difícil... Una religión es como una historia que explica el mundo, Y cada religión tiene costumbres y creencias distintas a las demás.

Y las religiones hablan de dioses ¿no?

Sí, pero no solamente de dioses. Cada religión explica que su dios o sus dioses son los que dirigen el universo y lo crearon. Pero, además, cada religión explica muchas cosas a las personas que pertenecen a ella. Por ejemplo, les dicen qué palabras utilizar para rezar. Y en qué lugares y cómo tienen que hacerlo.

También les dicen qué pueden hacer (porque está bien) y qué no pueden hacer (porque está mal). Por ejemplo, las religiones enseñan que está mal mentir, robar o matar a otras personas.

Una religión es un sistema de creencias en fuerzas sobrenaturales que rigen el mundo y el universo. Para casi todas las religiones de la historia esas fuerzas son dioses. Las religiones suelen contener, además de unas determinadas doctrinas sobre el origen de nuestro mundo y de unos rituales específicos, un código moral para orientar la conducta de sus fieles.

Las religiones actuales son el resultado de la evolución, a lo largo de miles de años, de las creencias sobrenaturales de nuestros más lejanos ancestros. Y es presumible que las religiones futuras evolucionarán a partir

de las actuales. En nuestros días, son instituciones sociales poderosísimas, pero sus principales características se encontraban ya en las religiones de hace mil, dos mil y tres mil años.

Es posible que la palabra «religión» provenga del latín *religio*, que significa «creencia». Otros lingüistas opinan que «religión» proviene del verbo latino *religare*, que significa «unir». Una religión hace que se establezcan vínculos de unión entre personas a través de las creencias propias de esa religión, así como vínculos verticales con la divinidad.

En cualquier caso, lo que muchos

opinamos es que las religiones son fenómenos naturales, tan naturales como cualquier otro fenómeno que esté presente en la naturaleza, tan naturales como cualquier otra organización humana que cumpla la función de amalgamar, de cohesionar una tribu, un país, un imperio, una civilización. A lo largo de la historia, las religiones han desempeñado, por tanto, una función biológica de ayuda a la supervivencia del grupo. Las religiones tienen un claro fundamento: compartir una religión común facilita la cohesión entre los individuos miembros y la diferenciación con respecto a los extraños. Además,

todas han ido cambiando y evolucionando con el paso de los siglos, ya que los seres humanos han ido rediseñando sus respectivas religiones, tanto consciente como inconscientemente.

Y por eso, como cualquier otro hecho natural, creo que las religiones deberían ser estudiadas por los niños: su importancia; sus variantes; su historia; sus simbolismos; sus respectivas creencias, textos y prohibiciones; todo ello presentado de la forma más objetiva posible. De esa manera, cuando llegaran a la edad adulta, los niños podrían elegir entre tener o no creencias

religiosas —y en caso de querer tenerlas, poder elegir cuáles— habiendo sido respetado un principio que a mi modo de ver es básico: el de la elección informada. El respeto de ese principio haría que los niños pudieran elegir sabiendo que en el mundo hay muchos más credos que los que tienen sus padres y que, incluso, hay personas (personas que no tienen ni cuernos, ni rabo, ni despiden fuego por la boca) que piensan —equivocadamente o no— que los dioses no existen.

(La asimilación que suele hacerse de los ateos con lo demoníaco me ha traído a la memoria una anécdota. Recuerdo

que en una ocasión una señora mayor, tras enterarse de mi ateísmo, exclamó: «¡Pero si parecías buena persona!» Tras unos segundos de reflexión, añadió: «Rezaré por ti, hijo mío».)

Quiero que mis hijos sean capaces de tomar sus propias decisiones, de hacer sus propias elecciones. Lo que yo deseo inculcarles no es el ateísmo, sino el librepensamiento. Si las familias y los colegios educáramos a nuestros hijos aislados de las ideas religiosas no estaríamos dándoles la posibilidad de elegir. Y para que puedan hacerlo en materia de religión, no es necesario que se conviertan en expertos en tal libro

sagrado o en tal otro, no es preciso que sepan recitar de memoria salmos y versículos (creo que no es sólo que no les haga falta, sino que no sería bueno para ellos). Pero sí considero necesario que tengan una comprensión básica y en abanico de cuantos más credos religiosos mejor.

Como hoy en día no se respeta ese principio de elección informada, vemos con qué facilidad los seguidores de una religión tratan como absurdas y sin sentido las creencias, costumbres y prohibiciones de las demás religiones, sin darse cuenta de que las suyas parecen igualmente descabelladas e

irracionales a los fieles de otros credos.

A los cristianos, por ejemplo, puede parecerles estrambótico que un hombre crea que si muere matando a otros seres humanos su alma irá a un paraíso donde le esperan setenta y dos vírgenes (siempre me he preguntado si la religión musulmana también considera esa situación como paradisiaca para las setenta y dos mujeres). O puede parecerles ingenua la confianza que tenían los guerreros germánicos en que si morían en combate les esperarían en su paraíso las doce hijas de Odín para escanciarles cerveza e hidromiel. O pueden creer que es grotesco que un

oriental esté convencido de que su alma fue antes la de una rana. O que los humanos de tiempos pasados se imaginasen a su dios contento si le ofrecían una cabra en sacrificio. Y sin embargo, no les parece inconcebible que alguien pueda ascender a los cielos por levitación hasta sentarse a la derecha de su dios. Y la única razón por la que no se lo parece es que les ha sido enseñado como cierto y repetido un sinnúmero de ocasiones cuando eran niños.

Todos somos conscientes —y si nuestros hijos son aún demasiado pequeños para saberlo, desgraciadamente acabarán

aprendiéndolo— de las consecuencias terribles: guerras, matanzas indiscriminadas, persecuciones... que ha supuesto en el transcurso de la historia, y sigue suponiendo en nuestra época, el tratar como absurdas las creencias religiosas de los demás sin pararse a pensar en que las propias no son, ni más, ni menos delirantes. En la historia de nuestro planeta, son las causas más disparatadas las que más mártires han causado.

Las religiones son un fenómeno natural importantísimo en la evolución y la historia de la humanidad y, como tal, deberían estudiarse en los colegios, con

la misma intensidad y perspectiva que cualquier otro fenómeno humano de semejante trascendencia. Todas las religiones.

Ésa es mi opinión, que va en consonancia con lo que propone, entre otros, el filósofo estadounidense Daniel Dennett. Sin embargo, la simple mención de esa idea —la de mostrar a los niños en igualdad de condiciones los credos de todas las religiones y no sólo los de sus familias— provoca terror y despierta animadversión entre muchas personas religiosas. Como el propio Dennett dice: «Estoy convencido de que a algunas personas les parecerá que el

mismo demonio habla por mi boca. Es una forma muy antigua de supervivencia de las religiones: ante argumentos surgidos de la razón se dice: ¡no escuchéis, es el mal que quiere confundiros!».

La transigencia entre los devotos de las distintas religiones nunca ha sido la norma histórica, sino la excepción. «Que los niños puedan estudiar como iguales todas las religiones... ¡Menuda utopía!», pensarán muchos; no sin parte de razón.

Lo intentó, quizá no con fines educativos, sino por un impulso personal, Pico della Mirandola. Su historia personal cautiva. Vivió sólo

treinta años. A pesar de ello, llegó a ser un gran filósofo del Renacimiento italiano. Dada su convicción de que cualquier enfoque podía tener su parte de verdad, reunió novecientas tesis metafísicas de todas las fuentes que él había estudiado. Ya que era capaz de leer, además de en griego y latín, en hebreo, árabe y arameo, con toda seguridad tales fuentes serían muy diversas: Platón, Aristóteles, pitagóricos, filósofos medievales islámicos, cabalísticos judíos, escolásticos cristianos, etcétera. Con un espíritu sincrético poco usual hasta ese momento en la historia de las religiones,

quiso debatir abiertamente sus tesis en Roma. Fue excomulgado por el papa Inocencio VIII por hereje. Es lo que casi siempre ha ocurrido cuando alguien ha querido salirse del camino marcado por los dogmas: acusación de herejía, excomunión y, si uno se descuidaba, a la hoguera. Pero no me estoy refiriendo en particular al cristianismo. Por desgracia, aún en nuestros días, hay credos y sectas que siguen utilizando la pena de muerte como castigo para todo el que busca tender puentes con otras religiones si eso supone quebrar las doctrinas establecidas.

Otro ejemplo histórico: los primeros

colonos que se asentaron en Nueva Inglaterra. Acudieron al continente americano buscando la libertad religiosa que se les negaba en Europa. Sin embargo, para ellos, libertad religiosa acabó significando libertad únicamente para su forma de entender la religión: en 1693, los famosos procesos de Salem concluyeron en el ahorcamiento de catorce mujeres y cinco hombres acusados de brujería; otras cinco personas más murieron en prisión. Ésa ha sido, desafortunadamente, una forma muy común de entender la libertad religiosa a lo largo de la historia.

En nuestros días, en muchos rincones

de la Tierra, todavía se obliga a aprender de memoria, palabra por palabra, a niños y mayores, los relatos, fábulas, oraciones, aventuras, parábolas y enseñanzas contenidos en un único libro (libro que varía, según la región del mundo de la que procedan nuestros antepasados), al precio de despreciar los demás. La mayor parte de esos libros fueron escritos hace muchísimos siglos. Muchos de ellos cuentan historias mitológicas que pueden ser rastreadas hasta la Edad del Bronce y, sin embargo, niños y mayores aún tienen que repetirlos en forma de letanías sin fin, como si sólo sus páginas

contuvieran sabiduría y fueran los únicos códigos morales posibles.

No es ése el tipo de educación religiosa que quiero para mis hijos. Ni mucho menos. Por el contrario, me gustaría poder explicarles que, a pesar de las diferencias entre unas y otras, hay algo que todas las religiones, presentes y pasadas, tienen en común: todas prometen a los hombres lo que estos desean. «Con respecto a todas las demás cosas, es posible procurarse seguridad. Pero, a causa de la muerte, todos los hombres vivimos en una ciudad sin murallas», enseñaba el griego Epicuro. Ése es uno de los roles que representan

las religiones para los humanos:
construirles una muralla.

Aunque las murallas de cartón no
protejan de nada.

14

¿Qué nos dicen las religiones?

Pues cada religión explica muchas cosas sobre el hombre y sobre el dios o dioses en los que creen.

Vale, pero dinos alguna...

Pues, por ejemplo, todas las

religiones nos dan consejos sobre cómo hemos de vivir para llevar una vida buena. Eso está bien.

Las religiones han sido creadas por los humanos; así que, como casi todas las cosas creadas por nosotros, en las religiones se mezclan cosas buenas con cosas que no lo son. Entre las cosas buenas están que nos piden que nos portemos con los demás como nos gustaría que los demás se portasen con nosotros. También nos enseñan a respetar a nuestros mayores y a cuidar de los enfermos.

Respecto a lo malo, creo que lo peor de algunas religiones es que no enseñan

a los niños a ser buenos porque sí, sino por miedo al infierno.

Además, yo creo que todas las buenas cosas que las religiones explican pueden enseñarse sin que haya que creer en dioses.

El ser humano vive y ha de morir. Y no sabe el porqué, si es que lo hay. Ahí encuentran su sitio las religiones: en esa esperanza humana de que una presencia venga a reconfortarles, como los dos vagabundos de la obra de Samuel Beckett *Esperando a Godot*, que aguardan indefinidamente en vano la

llegada de un tercer personaje, Godot, que finalmente no aparece. Aunque el precio a pagar por ese consuelo metafísico que nos brindan las religiones es, para mí, demasiado alto: la ciega aceptación de sus dogmas.

Sin embargo, es cierto que las religiones también nos enseñan muchos principios morales, muchas normas de comportamiento y de convivencia que la mayoría de las personas no religiosas compartimos plenamente. Pero, además de estimar que son principios que se pueden enseñar a través de la familia y mediante instituciones laicas, discrepo profundamente en la manera dogmática

en la que los adultos acercan las religiones a los niños. Quiero explicar con algún ejemplo lo que yo entiendo por dogmatismo y las razones por las que rechazo plenamente para mis hijos esa imposición de verdades innegables tan común en todas las religiones.

Como he comentado en el prólogo, estudié en un colegio religioso, católico. Una de las doctrinas que el catolicismo enseña a los niños es la conocida como transubstanciación. Según ese dogma, al pronunciar el sacerdote las palabras rituales durante la consagración, el pan y el vino de la Eucaristía se convierten milagrosamente en el cuerpo y la sangre

de Cristo. Se transforma la sustancia, aunque la apariencia, sabor y textura del pan y del vino sigan siendo las mismas que antes de la ceremonia. Podría pensarse que se trata solamente de un símbolo, y si eso fuera lo que el catolicismo pretendiera enseñar a mis hijos —que el ritual de la Eucaristía es tan sólo un gesto en recuerdo de Jesús— no vería nada malo en ello. Sería una ceremonia fácil de comprender y podría ser considerada, incluso, conmovedora (si bien Hume no estaría de acuerdo conmigo, pues en su opinión «es vacío de significado el que los admiradores se coman a sus divinidades tras haberlas

creado»).

Pero la cuestión es que no se trata solamente de un símbolo: lo que la propia Iglesia explica a sus fieles es que no es un simple gesto alegórico, sino que realmente el pan y el vino pasan a convertirse en sustancia del mismo Jesús. Y, si se quiere ser católico, es algo en lo que hay que creer sin que se pueda poner en duda. En eso consiste un dogma.

Cada vez que, ya como adulto, me he encontrado semirrecostado en una camilla, donando sangre, nunca he podido dejar de pensar en lo fácil que sería conseguir que en los hospitales

nunca faltara plasma. Seguro que muchas bodegas donarían generosamente a las parroquias sus excedentes de vino para una causa tan humanitaria.

En el capítulo anterior, exponía mi opinión sobre el hecho de que a los fieles de cada religión suelen parecerles disparatados los dogmas peculiares del resto de creencias, sin percatarse de que los suyos son igualmente considerados extravagantes por los devotos de otros credos. Para ilustrarlo, me parecen muy adecuadas las palabras con las que se expresaba, a principios del siglo XIX, el clérigo anglicano Charles Caleb Colton: «Dejemos que cualquiera de esos que

renuncian al cristianismo escriban en un libro las absurdidades en las que creen en su lugar y se darán cuenta de que hace falta más fe para rechazar el cristianismo que para abrazarlo».

Melilla, la ciudad española situada en el norte de África, suele ponerse como ejemplo de respeto y de convivencia entre religiones, ya que en ella cohabitan comunidades numéricamente importantes de cuatro grandes religiones: cristianismo, islamismo, judaísmo e hinduismo. Recuerdo haber mantenido una animada charla con un anciano musulmán melillense. Mientras bebíamos a la

sombra té a la menta, me comentaba que los cristianos le merecían un gran respeto, pero que no sentía lo mismo hacia la religión de los hindúes. «¡Qué respeto me pueden inspirar unas gentes que creen en un dios con trompa!», me decía el buen señor, en referencia a Ganesha, una de las deidades principales del hinduismo, a quien se reconoce con facilidad por su cabeza de elefante.

Su parecer sobre los ateos tampoco era muy elevado, si bien en este caso lo que sentía no era tanto desprecio como incomprensión: hay gente para la cual el no creer en un dios nunca ha sido una

opción y a estas personas les resulta inconcebible que alguien no tenga algún tipo de creencia religiosa, aunque sea del tipo que ellas llamarían extravagante. Se condena lo que no se comprende.

El novelista estadounidense Robert Pirsig escribió: «Si algunos de los dogmas que nos inculcan las religiones nos los intentara hacer creer una sola persona, le llamaríamos loco». Sin embargo, son ese tipo de cosas las que los credos religiosos quieren que creamos sin posibilidad de discusión, de forma completamente dogmática.

Una enseñanza es dogmática cuando,

de manera arbitraria, se presenta cerrada a cualquier crítica o réplica. Cuando se apoya en certezas infundadas. Cuando se enseña blindada de forma que no se la pueda confrontar a sus imperfecciones o a sus limitaciones. Cuando se presenta como algo de lo que no se puede dudar por el riesgo de acabar dudando de todo el sistema de creencias.

Y eso es lo que yo no quiero para mis hijos, porque considero que el dogmatismo anquilosa la capacidad de razonar. El carácter dogmático de los credos religiosos mete al conocimiento científicamente adquirido en el mismo

saco que la fe ciega. Y, sin embargo, la duda es una herramienta de la que habríamos de poder servirnos para descubrir la verdad siempre que quisiéramos. Al no poder poner en duda ciertos preceptos, la capacidad de argumentar se paraliza.

Otra de las cosas que las religiones nos dicen y quieren imponernos es que ha de creerse en un dios para que nuestras vidas tengan sentido. Yo no opino lo mismo: considero que esa idea es errónea. A mí no me resulta en absoluto necesario creer en ningún dios para darle significado a mi existencia. Por eso, pienso que no hace falta que las

personas a las que más quiero, mis hijos, tengan que creer en dioses para encontrar propósitos en sus vidas y tengan que adoptar un credo religioso, es decir, deban tener padres imaginarios impuestos por otros. Sinceramente no lo creo.

Pero no me gustaría acabar este capítulo —que trata sobre lo que nos dicen las religiones— sin haber mencionado antes que suscribo plenamente muchos de los preceptos morales que las religiones transmiten. (Es una lástima, de todas formas, que muchos de esos preceptos o mandamientos —como el de no matar—

según lo que los mismos libros sagrados de algunos credos invitan a pensar, sean aplicables únicamente a los fieles de la propia creencia y no al resto de la humanidad.)

Como la mayor parte de las creaciones de la humanidad, las religiones son una mezcla heterogénea de cosas buenas y malas, de enseñanzas loables y de otras que no lo son tanto. Muchos de los credos religiosos suelen inspirar valores intrínsecamente positivos, como la templanza, la justicia o la prudencia. También inculcan en sus fieles el respeto a unos preceptos básicos para la convivencia entre

humanos: no matar, no robar, respetar a los padres, practicar la caridad, compadecerse de los que sufren y tantos otros. Es indudable que hay personas en el mundo que disfrutan de una vida mejor gracias a que otras personas ponen en práctica sus creencias religiosas. Ahora bien, como repetiré en el capítulo 21 (¿Se puede ser bueno, sin creer en dioses?), considero que son preceptos y principios que pueden enseñarse a pecho descubierto, sin el abrigo de las religiones.

A todas las cosas grandes que la creencia en dioses ha conseguido, pienso que se les podrían aplicar las

palabras del poeta Paul Valéry: «El hombre es absurdo por lo que busca, pero grande por lo que encuentra».

15

¿Qué nos dan las religiones?

Una mezcla de cosas buenas y malas.

¿Por ejemplo?

Hay mucha gente que opina que lo que nos han dado las religiones han sido, sobre todo, cosas malas, porque desde el principio de la historia las

personas, los pueblos, las ciudades y los países se han peleado los unos con los otros por motivos religiosos.

Aunque eso es cierto, también es verdad que muchas personas, para obedecer los mandamientos de su religión, buscan el bien de los demás y ayudan en todo lo que pueden a la gente con problemas; por ejemplo yendo a los países más pobres a cuidar de los enfermos o a llevarles comida. Y eso convierte nuestro mundo en un mundo un poco mejor para esa gente que tiene menos suerte que nosotros.

Las religiones, para lo bueno y para lo malo, constituyen la base sobre la que muchas personas construyen sus vidas.

Los fenómenos religiosos, tan presentes siempre en todo, habrán afectado, habrán determinado de una u otra forma, la vida de cada ser humano de la historia. Y lo habrán hecho de muchas formas diversas.

A cada persona, la religión respectiva de la época y del lugar del mundo en el que naciera le habrá aportado y le habrá privado de una serie de cosas que habrán hecho que, si

analizásemos —todo lo objetivamente que fuese posible— su balance personal, éste podría resultar extremadamente positivo, más o menos neutro o negativo por completo. En este último extremo se encontrarían, incuestionablemente, todas aquellas personas que han muerto como resultado directo de una guerra religiosa o de la acción individual de un fanático cualquiera, ya sea de la religión propia o de otra.

En el polo opuesto se encontrarían todos aquellos que, habiendo sido muy dichosos durante toda su vida gracias a su religión, además han sabido

transformar esa forma de vida en una ayuda constante hacia los demás. En el rostro de muchas personas que han pasado su vida en las misiones, todos podemos ver reflejada la alegría. También en el de los niños a los que han ayudado a llevar una vida más digna, ya sea enseñándoles a leer, ayudándoles a construir sus hogares, acogiéndoles en su orfandad, proporcionándoles vacunas o de cualquier otra forma. Incluso en aquellos a los que han acompañado en sus agonías podemos intuir una mueca menos quejumbrosa gracias a su presencia.

Es posible que, mientras leían el

párrafo anterior, a muchos de ustedes les haya venido a la memoria la imagen de alguno de esos misioneros, hombres y mujeres, por el renombre que llegaron a alcanzar o porque les hayan conocido personalmente. Y, sin embargo, ni siquiera ellos, con todo lo bueno que hicieron socorriendo a los demás, llegarían a estar completamente en el extremo de esa recta imaginaria que hemos trazado sobre las aportaciones positivas y negativas de las religiones. ¿Por qué? Pues porque, obligados a seguir las directrices de sus líderes, o bien por convencimiento propio, muchos de ellos estaban en contra, por ejemplo,

del uso de los preservativos y de los métodos anticonceptivos, y su proselitismo para la expansión de esas ideas seguramente contribuyó a la infelicidad de muchos. Incluso a la de esos mismos a los que, en otros aspectos, auxiliaban tanto y de forma abnegada.

Ya decíamos en el capítulo anterior que, al igual que la mayor parte de las construcciones humanas, las religiones encierran en sí mismas una amalgama de aspectos buenos y malos. Parece inevitable. Ha habido a lo largo de la historia personas religiosas cuyas enseñanzas han sido sabias y sus

esfuerzos para con los demás encomiables. Pero también ha habido creyentes fervorosos que han originado situaciones terribles para los que las han tenido que sufrir.

Conforme nos vayamos moviendo hacia el punto central, hacia lugares más alejados de los dos polos de esa recta imaginaria, nos encontraremos con circunstancias menos extremas pero igualmente reveladoras de cómo las religiones afectan, para bien o para mal, a la vida de las gentes.

Se me ocurre un ejemplo, que puede parecer anecdótico, pero que a mi modo de ver es muy ilustrativo de lo que

quiero decir. Mi madre, de niña, era zurda cerrada, según me contaba ella misma. Mi hijo menor también lo es. Lo que les diferencia es que mi hijo puede escribir, recortar y comer con su mano izquierda. Mi madre no podía hacerlo a su misma edad porque no le dejaban; por eso he dicho que «de niña era zurda». (Ahora es diestra para ciertas cosas, pero hay otras para las que aún recurre a su mano hábil por naturaleza.) A la pobre, le golpearon con fuerza en su mano izquierda tantas veces cada vez que intentaba utilizarla para cualquier actividad cotidiana, como para que acabara desistiendo. En especial un tío

suyo, al que recuerda con pavor. ¿Por qué le impedían utilizar su mano izquierda? Pues una de las razones podría haber sido de tipo práctico. Aún hoy en día sé de padres que prefieren que sus hijos sean diestros porque muchos objetos de uso cotidiano, como las tijeras, son difíciles de utilizar por los zurdos. Pero en el caso de aquella niña que fue mi madre —como en el de otros muchos niños de tiempos pasados— parece ser que el motivo que impulsaba a querer convertirla en diestra era que, desde siempre, y en más de una religión, se ha asociado el lado izquierdo con lo maligno; mientras que

el lado de la bondad siempre ha sido el derecho. Es a la derecha de Dios donde se sentó Jesús cuando ascendió a los cielos, nos cuentan los evangelios. También nos dicen que, en el trance de la crucifixión, el malhechor bueno, aquel al que Cristo prometió que ese mismo día estaría con él en el paraíso, estaba situado a su derecha; mientras que el ladrón malo, el que le reprendía y se burlaba de él por no poder salvarse siendo un dios, estaba crucificado a su izquierda.

Es mi impresión que, al ser el porcentaje de diestros de mano tan abrumadoramente superior al de zurdos,

las religiones, fenómenos humanos, han adoptado ese miedo natural a lo extraño, a lo que se sale de lo habitual, identificando el lado izquierdo con lo peligroso y lo pecaminoso de forma que, desde tiempos ancestrales, izquierdo equivale a siniestro.

Afortunadamente, al menos en ciertos países, los zurdos, además de poder desenvolverse con su mano natural sin que les violenten por ello, cuentan con objetos especiales para ellos, como tijeras, sacacorchos, abrelatas o sacapuntas que les hacen la vida más sencilla.

«¿Qué nos dan las religiones?» es el

título de este capítulo. Sentados junto a la barra de una cafetería, hablando sobre los progresos de este libro, un amigo de infancia me hizo una observación que originó la escritura de esta parte. Argumentaba él que, posiblemente, habrá muchas personas creyentes de cualquiera de las religiones que, de forma más o menos explícita, estarán de acuerdo con mis puntos de vista sobre lo absurdo del creacionismo, o sobre la indemostrabilidad de la existencia de los dioses, o sobre la falta de argumentos que sostengan la creencia en almas, o sobre cualquier otro punto. Pero que, aun así, esas personas

seguirán creyendo en una u otra forma de divinidad y en una u otra forma de alma, de esencia, sencillamente porque esas creencias les aportan algo. Por ejemplo, estabilidad emocional (aunque ambos opinábamos que se trata de una estabilidad ficticia porque, en caso de perder la fe, esas personas pueden pasar a ser muy inestables).

No pude menos que reflexionar y convenir que estaba de acuerdo con él. Había pronunciado una palabra que, a mi modo de ver, es clave a la hora de interpretar los fenómenos religiosos: «aportar». Lo que ese *algo* que las religiones aportan pueda ser, intuyo, que

variará de una persona a otra — serenidad, paz interior, mitigación de miedos ancestrales, una forma sencilla de interpretar el mundo—, pero lo que sí es cierto es que parece que si una persona mantiene vivas unas creencias tan cándidas y tan aparentemente alejadas de la razón es porque esas creencias contribuyen a su bienestar. «La creencia religiosa es un sentimiento individual con el que uno se encuentra bien si le aporta algo», creo que fueron sus palabras.

Mi amigo también añadió que, con toda seguridad, el hecho de no creer en dioses también nos aportaba cosas a los

agnósticos, a los ateos e, incluso, a los que, cómo él, se reservan su opinión y se abstienen de votar en las elecciones celestiales. Decía que, por ejemplo en mi caso, mi ateísmo servía para satisfacerme emocionalmente, pero que, a muchas otras personas el ateísmo no les llenaría en ese aspecto. Que hay mucha gente que, a pesar de intuir en el fondo lo irracional de los postulados religiosos, necesitan sus creencias para ser emocionalmente estables.

Sus palabras me hicieron interrogarme sobre qué me aportaba a mí mi no creencia en dioses. Es posible que el afirmar con rotundidad mi

perspectiva sobre el asunto me haga sentir racional y congruente. Es plausible también que el creerme coherente, a su vez, me haga sentir mejor conmigo mismo. Y puede ser que ello les ocurra a otros «ateos practicantes». No lo sé a ciencia cierta, pero intuí que había mucha sabiduría en sus palabras.

Aunque, desde luego, más allá de lo que, ya no el ateísmo, sino nuestro rechazo del dogmatismo nos aporte, no puedo evitar seguir pensando que una de las cosas que las religiones deberían aportarnos a todos es, precisamente, congruencia en sus postulados. Como expresó el astrofísico Carl Sagan:

«Afirmaciones extraordinarias requerirían pruebas igualmente extraordinarias».

El matemático Laplace vino a decir lo mismo doscientos años antes: «El peso de la prueba para una afirmación extraordinaria ha de ser proporcional a lo extraordinario de su carácter». Y no cabe duda de que la mayor parte de los postulados que afirman y dan por sentado las religiones son algo más que extraordinarios: son inauditos.

La palabra «congruencia» me ha traído a la memoria un comentario irónico que citaré a continuación, ya que lo considero muy ilustrativo de lo que

estamos hablando. El comentario en cuestión lo hizo el músico estadounidense Doug McLeod: «Siempre he pensado que una torre de una iglesia con un pararrayos muestra una gran falta de confianza».

Pero no es sólo en sus postulados en lo que las religiones habrían de aportarnos congruencia: también deberían mostrar coherencia entre sus actos y sus palabras. Casi todas las religiones hablan de la virtud de la pobreza. Y sin embargo, muchas organizaciones religiosas son ricas y actúan como lo hacen los ricos ostentosos: mostrando sus enormes

riquezas sin mucho asomo de sentir que estén haciendo algo moralmente reprobable. Thomas Merton, escritor y monje de la Orden Cisterciense de la Trapa, lo expresó mucho mejor de lo que yo podría seguir haciendo; de modo que le cedo la palabra: «Es demasiado fácil decirle al pobre que acepte su pobreza como voluntad de Dios cuando el que se lo está diciendo tiene ropa que le da calor, mucha comida, asistencia sanitaria, un techo sobre su cabeza y ninguna preocupación sobre cómo pagar ese techo. Si quieres que el pobre te crea, intenta compartir con él algo de su pobreza y mira a ver si tú mismo eres

capaz de aceptarla como voluntad de Dios».

16

¿Cuántas religiones hay?

Grandes... unas veinte, más o menos, en todo el mundo.

¿Y cuáles son las más importantes, papá?

Pues las tres religiones con más cantidad de creyentes son, ordenadas de

mayor a menor, el cristianismo, el islamismo y el hinduismo. Pero dentro de cada una de ellas hay distintos grupos más pequeños. Y cada uno de esos grupos más pequeños cree cosas un poco diferentes de los otros grupos.

Algunas religiones, como el hinduismo, creen que existen muchos dioses diferentes. Y hay otras que creen que sólo hay un dios y que fue ese dios el que lo creó todo. La más antigua de éstas es el judaísmo. Y del judaísmo nacieron otras dos, el cristianismo y el islamismo, que son las que más seguidores tienen en nuestros días por todo el planeta.

Las religiones más destacadas, ordenadas por el número de creyentes que se les estima, son: cristianismo, islamismo, hinduismo, religiones sincréticas chinas, budismo, sijismo, judaísmo, bahaísmo y taoísmo.

En la actualidad, y de acuerdo con los datos del año 2009 de la *World Christian Encyclopedia*, existen diecinueve grandes religiones en el mundo que, a su vez, se subdividen en unos doscientos setenta grupos y miles de grupúsculos más. Hay obras enteras de numerosos volúmenes sobre historia de las religiones que buscan responder a

la pregunta del título. En este capítulo únicamente he tratado de bosquejar unas respuestas rápidas que puedan transmitirse con facilidad a niños.

Históricamente, las tres grandes religiones monoteístas (es decir, las que creen en un único dios) son el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, de las cuales las dos últimas derivan de la primera.

El judaísmo se originó en Oriente Medio hace unos tres mil quinientos años, siendo su creencia de base que el pueblo judío es el elegido por su dios, con el cual mantienen una alianza: Dios pidió a Abraham que respetaran ciertas

normas —las leyes de Dios— y, en contrapartida, Dios se ocuparía de ellos, les protegería y les daría la tierra de Israel. Su libro santo se llama Torah.

El cristianismo es, con gran diferencia, la religión con mayor número de adeptos en el mundo: más de dos mil cien millones de personas, se calcula. Los cristianos creen que Jesucristo, nacido hace dos mil años, es el hijo de Dios y el Mesías que prometía el Antiguo Testamento (una serie de libros tradicionales de los judíos). Comparten con el islamismo y el judaísmo su creencia en un paraíso al que viajan las almas tras la muerte. Su libro sagrado es

la Biblia, que incluye, además del Antiguo, el Nuevo Testamento. Este último abarca los cuatro evangelios que narran la historia de Jesús.

El islamismo es, tras el cristianismo, la segunda religión con más fieles: se calcula que cuenta en todo el mundo con unos mil millones. La palabra «islam» significa «sometimiento a la voluntad de Dios». A sus seguidores se les conoce por musulmanes. Según ellos, Dios envió a una serie de profetas para enseñar a la humanidad cómo vivir siguiendo su voluntad: Moisés, Abraham y Jesús. Mahoma fue el último de ellos y fue a él a quien el islam le fue revelado

hace mil cuatrocientos años en la península de Arabia. Su libro sagrado se llama Corán.

El hinduismo es la religión de la mayoría de los habitantes de la India. Cuenta con unos novecientos millones de seguidores en todo el mundo, lo que la convierte en la tercera religión del planeta por número de adeptos. A diferencia de los monoteísmos, el hinduismo no cree en un único dios creador del mundo, ni en un solo fundador, ni en un libro sagrado exclusivo, aunque sí tiene varios textos principales que se conocen como Vedas. Sus raíces se remontan miles de años y

una de sus creencias básicas es que el alma pasa por un ciclo de vidas y que la reencarnación en uno u otro ser depende de si la vida anterior fue vivida conforme a sus preceptos o no.

El budismo tampoco contempla entre sus enseñanzas ningún tipo de dios creador, ni de paraíso, ni de infierno. Los budistas sí creen en la reencarnación de las almas. Sostienen que las almas pasan por varios cuerpos antes de llegar al nirvana. Por ejemplo, para ellos su fundador, Gautama, pasó por más de quinientas encarnaciones antes de llegar a convertirse en Buda: fue cuervo, mono, elefante, esclavo, rey,

entre otros.

El budismo comparte con otros credos de la humanidad su búsqueda de la sabiduría y de la moralidad. No puedo sino identificarme plenamente con las siguientes palabras, que se atribuyen a Buda: «No creáis nada, ¡oh monjes!, únicamente porque se os haya dicho que es así, o porque sea tradicional, o porque vosotros mismos lo hayáis imaginado. Tampoco creáis lo que os diga vuestro profesor meramente por el respeto que le debéis, sino que, se tratare de lo que se tratare, creed aquello que, tras el debido examen y análisis, os pareciere bueno y cierto.

Agarraos a este tipo de doctrinas, creed en ellas y tomadlas como guías».

Muchas de las religiones existentes en el mundo son del tipo «pueblos elegidos por su dios», y ofrecen a sus fieles —si cumplen sus preceptos— ser salvados de la ira que su dios vengativo tiene reservada para los demás pueblos. Sin ánimo de ofender a nadie, podría decirse que parecen clubes privados espirituales, con sus cortes de porteros que deciden quién entra y quién no en sus respectivos paraísos.

Salvo raras excepciones —habitualmente localizadas en Oriente— los sistemas religiosos no han entrado a

explorar de forma analítica las preguntas metafísicas fundamentales sino que, en lugar de ello, han utilizado a los dioses como comodines que todo lo explican y todo lo responden.

El taoísmo —una de esas excepciones a las que aludía— tiene como principios básicos la simplicidad, la espontaneidad, la compasión y la acción con la menor interferencia posible sobre las leyes naturales. La imagen que mejor le representa es la del agua fluyendo. Considera a los seres humanos como animales miembros del reino animal, ni superiores ni inferiores. Para los taoístas, la creencia de que el

hombre es algo separado de la naturaleza es profundamente errónea.

La mayor parte de las religiones tradicionales, por el contrario, suelen tener la perspectiva de que el hombre ha sido colocado por los dioses en la cumbre de la pirámide de la vida. Su visión suele centrarse en el ser humano, no haciendo más caso del imprescindible al resto de la naturaleza.

Sus estructuras, por lo común, son autoritarias, rígidas y jerarquizadas. Eso hace que estén perdiendo parte de su atractivo para muchas personas. Algunos dirían que no han sabido adaptarse a los tiempos. Sin embargo, sí que nacen

diariamente variantes de los credos ya existentes y también sectas y religiones sincréticas nuevas.

Las grandes religiones de siempre están dejando escapar adeptos que se sienten atraídos hacia credos más minoritarios. Los seres humanos siguen buscando comunicarse con sus dioses (la necesidad del confort metafísico que ofrecen las religiones no ha disminuido); sencillamente, han surgido —sobre todo en Estados Unidos y en algunos países latinoamericanos— empresarios espirituales que han sabido versionar las creencias de siempre y adecuarlas un poco a nuestro siglo.

Para saber más sobre los capítulos de la Parte V.

1. ARMSTRONG, Karen, *En defensa de Dios: el sentido de la religión*, Editorial Paidós, Barcelona, 2009.
2. CÁCERES, Aldo Marcelo, *La fe baha'i, ¿una nueva religión mundial?*, Editorial Gráficas Delos, Madrid, 1998.
3. EHRLICH, Carl, *Entender el*

- judaísmo*, Libros Blume, Buenos Aires, 2011.
4. FLOOD, Gavin, *El hinduismo*, Ediciones Akal, Barcelona, 2008.
 5. HANH, Thich Nhat, *La mente y el cuerpo del Buda*, Editorial Oniro, Barcelona, 2010.
 6. MERTON, Thomas, *La experiencia interior: el encuentro del cristianismo con el budismo*, Editorial Oniro, Barcelona, 2010.
 7. MERTON, Thomas, *Humanismo cristiano. Cuestiones disputadas*, Editorial Kairós, Barcelona, 2001.
 8. MORALES, José, *El Islam*, Rialp Ediciones, Madrid, 2009.

9. PÁNIKER, Agustín, *Los sikhs: Historia, identidad y religión*, Editorial Kairós, Barcelona, 2007.
10. PUENTE, Gonzalo, *La religión ¡vaya timo!*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2010.
11. SMITH, Huston, *El alma del cristianismo*, Editorial Kairós, Barcelona, 2007.
12. SMITH, Huston, *Las religiones del mundo: hinduismo, budismo, taoísmo, confucianismo, judaísmo, cristianismo, islamismo y religiones tribales*, Editorial Kairós, Barcelona, 2000.
13. WILBER, Ken, *Un dios sociable*.

Hacia una nueva comprensión de la religión, Editorial Kairós, Barcelona, 2008.

PARTE VI

SOBRE AGNÓSTICOS Y ATEOS

17

¿Qué es ser agnóstico?

Los agnósticos dicen que no se puede saber si los dioses existen o no.

*Y tú crees que tienen razón,
¿verdad?*

Sí. Me parece que lo que dicen es cierto. Como no podemos ver a los

dioses, nadie puede estar seguro de que existan de verdad; nadie puede probar que existen.

Pero, por otro lado, los que creemos que los dioses son un invento de los hombres, tampoco podemos probarlo. ¿Os acordáis hace unos capítulos, cuando nos inventamos un animal mitológico? Nadie puede probar que nuestro animal no exista de verdad. Pues lo mismo pasa con los dioses: nadie puede probar que no existen.

Se dice que una persona es agnóstica cuando no defiende, ni la existencia de

los dioses, ni la postura contraria. Un agnóstico es alguien que, dado que es imposible probar la existencia de los dioses, no cree en ellos. Los agnósticos no creen que exista realmente un dios único que haya creado todo lo que podemos ver, ni que existan varios dioses, cada uno con sus propios poderes y encargado de unas determinadas parcelas de nuestro mundo. Pero, dado que, como hemos visto antes, no se puede probar una inexistencia, un agnóstico tampoco declara abiertamente que los dioses no existan.

Fue el biólogo inglés Thomas

Huxley quien, en la segunda mitad del siglo XIX, acuñó el término «agnosticismo». Deriva del griego *gnosis* al que añadió el prefijo «a», que en griego equivale a «no». Literalmente, agnosticismo quiere decir «no saber». Para Huxley, el agnosticismo no era tanto una creencia como un método de trabajo que consistía en «por un lado, seguir el discernimiento de uno tan lejos como le lleve y, por otro, no tomar como ciertas conclusiones que, ni están demostradas, ni son demostrables». Cuando quiso definir cuál era su punto de vista en materia de dioses, inventó la palabra agnóstico como opuesta a la

corriente doctrinal de los primeros siglos de cristianismo conocida como gnosticismo, ya que, según sus palabras, «los gnósticos decían saber mucho sobre cosas de las que, en realidad, no se puede saber nada».

Entre 1860 y 1870, cuando Huxley definía su postura, la Iglesia anglicana se encontraba luchando contra los descubrimientos científicos y teorías, especialmente la evolutiva de Darwin, que parecían chocar frontalmente contra la lectura literal del Génesis y de otras doctrinas, tanto cristianas, como del judaísmo. En ese contexto intelectual es en el que nace la reacción agnóstica de

Huxley contra los dogmas. Su actitud ante la vida en general queda bien ilustrada en una de sus máximas: «Siéntate ante los hechos como un niño pequeño y prepárate para dejar de lado cualquier idea preconcebida [...] porque, si no, nunca aprenderás nada».

Aunque la palabra agnosticismo sea joven, lo que define existe desde hace mucho tiempo. Protágoras, que vivió hace más de dos mil cuatrocientos años, ya reflexionaba con gran lucidez: «Sobre los dioses, no puedo decir nada, ni que existan, ni que no existan. Demasiadas cosas impiden saberlo».

También David Hume, hace

trescientos años, consideraba que la posibilidad de cometer errores, es decir, la gran falibilidad de los seres humanos, hace que no podamos tener certezas absolutas en nada salvo en afirmaciones triviales que son ciertas por definición, como, por ejemplo, que todos los solteros están sin casar o que todos los cuadrados tienen cuatro lados.

Ya en épocas más recientes, si nos atenemos a sus palabras, el gran Jorge Luis Borges también podría ser considerado agnóstico: «No podría definirme como ateo, porque hacerlo se correspondería con una certidumbre que no poseo».

En mi opinión, en materia de dioses, de inmortalidad y de otros mundos tras la muerte, si nos quedamos con el sentido literal del término, todos somos agnósticos: nadie puede saber con certeza. Unos se declararán teístas apoyándose en su fe y otros ateos basándose en la falta de pruebas pero, si hablamos con propiedad, agnóstico es lo único que se puede ser cuando de dioses se trata.

Y cuando de otras muchas cosas se trata, en realidad. Richard Dawkins, en su libro *El espejismo de Dios*, ha hecho célebre la analogía de la tetera que Bertrand Russell utilizaba para explicar

que, literalmente hablando, hemos de ser agnósticos en referencia a muchas cosas. Alguien podría afirmar que cree que hay una tetera orbitando en torno a Marte. ¿Podemos demostrar que no es cierto que haya una tetera dando vueltas al planeta rojo? No. Así que, si hemos de ser precisos, habremos de declararnos agnósticos en lo que respecta a la existencia o no de teteras orbitantes. Pero eso no quiere decir que no podamos implicarnos, que no podamos abandonar el punto medio de la balanza para inclinarnos, por sentido común, hacia uno de los dos lados.

Por muchas razones —entre otras

porque en la mayor parte de los casos podemos rastrear sus huellas hasta encontrar a sus inventores— parece evidente que las teteras orbitantes, al igual que Santa Claus, las sirenas de los mares, los silfos de los aires, los gremlins, las walkirias de la mitología germánica... son fruto de la imaginación de los seres humanos, aunque no podamos demostrar que no existan y, hablando con propiedad, hayamos de declararnos agnósticos sobre su existencia o no. Ahora bien, también creo que esa casi imposibilidad a la que nos enfrentamos de tener certidumbre en tantas cosas no implica que hayamos de

renunciar a pensar, a argumentar, a sopesar cuál es la opción más factible de entre todas las posibles.

En lo que a dioses respecta, opino que, por un lado, correspondería probar su existencia a quienes la afirman, no al contrario. Por otra parte, el hecho de que estrictamente hablando todos seamos agnósticos, no quita para que las probabilidades, aparentemente, no sean las mismas para las dos opciones —que los dioses existan o que no—, del mismo modo que no parece igual de plausible que haya una tetera siguiendo una órbita en el espacio como que no la haya.

Por eso, yo me considero ateo. Y aunque los agnósticos y ateos estemos en franca minoría frente a teístas y deístas, es mi impresión que, en cuestión de dioses, el humilde razonamiento de unos pocos individuos vale más que la doctrina de millones heredada sin cuestionar.

18

¿Qué es ser ateo?

Los ateos somos las personas que pensamos que los dioses no existen.

Pero, ¿cómo podéis estar seguros?

No lo estamos. Por eso, si os acordáis, antes hablábamos de que los agnósticos tienen razón: como ellos

dicen, no se puede saber con seguridad si los dioses existen o no.

Pero, aunque me doy cuenta de que los agnósticos tienen razón, yo soy ateo. Mirad, voy a intentar explicároslo. A los dos os gusta mucho Batman. No podéis probar que existe ni que no existe, porque, aunque sabemos que lo han inventado los hombres, también es cierto que, en teoría, Batman podría existir de verdad. Es decir, que tendríamos que ser agnósticos de Batman.

Pero los tres pensamos que Batman no existe.

Una persona es atea cuando no cree en la existencia de dioses sino como productos de la imaginación de los seres humanos.

Lo que un ateo piensa es que, si los seres humanos no existiéramos, entonces tampoco existirían los dioses, porque éstos son fruto de una de las capacidades de nuestro cerebro: la de imaginar cosas que realmente no existen. Si no hubiera criaturas tampoco habría dioses, diría un ateo.

En el lenguaje de la calle, del día a día, parece que el término «ateo» ha

quedado reservado para cualquier persona que niegue de forma categórica la existencia de los dioses, mientras que «agnóstico» suele usarse con la voluntad de definir una postura más neutral. Si hablamos de rotundidad atea, Isaac Asimov parece el ejemplo más claro. En una ocasión, cuando se le preguntó si se consideraba agnóstico o ateo, respondió: «Soy ateo y punto. No tengo pruebas para demostrar que Dios no existe, pero sospecho tanto que es así, que no quiero perder el tiempo».

Se podría pensar que un ateo es, simplemente, un incrédulo, es decir, una persona que necesita ver y tocar algo

para creer en ese algo; una persona que no cree en dioses porque no puede verlos. No es eso, o al menos no es sólo eso: tampoco se puede ni ver ni tocar la energía atómica y, sin embargo, todos conocemos su existencia. A pesar de que mi capacidad intelectual llega a duras penas a entender el concepto de energía atómica o el de energía nuclear, yo creo en ellas y no dudaría en huir despavorido con mi familia si supiera que las radiaciones por fugas en una central se acercan a nosotros.

Ser ateo tampoco implica ser nihilista. De ningún modo. Se trata de dos conceptos que muchos confunden y,

sin embargo, son cosas bien diferentes. El nihilismo vendría a afirmar que, si Dios no existe, todo está permitido. El nihilismo acabaría llevando, sin duda, al libertinaje y a la decadencia. El ateísmo bien entendido —es decir, entendido como un humanismo—, muy al contrario, defiende la ética como forma ineludible de convivencia entre humanos, como un bien necesario.

Un gran número de creyentes se figura que, si no se cree en dioses, es de todo punto imposible vivir sin sentirse desesperado. Por desconocimiento, concluyen que el ateísmo, irremediablemente, lleva a la angustia

vital. Así pensaba Unamuno, o Kierkegaard, quien en su *Tratado de la desesperación* escribió: «[...] conociendo bien al hombre, no existe uno exento de desesperación, en cuyo fondo no habite una inquietud, una perturbación, una desarmonía, un temor a algo desconocido, [...] un miedo inexplicable. [...] nadie ha vivido nunca fuera de la cristiandad sin estar desesperado; ni dentro de la cristiandad, si no es un verdadero cristiano». En otra de sus obras, el *Diario de un seductor*, se expresaba así: «Cuando algún viajero perdido pregunta por el camino que ha de tomar, es muy reprochable indicarle

un rumbo falso [...] pero carece de importancia si se compara con el daño que se hace a quien se le impulsa a perderse por las rutas de su alma. Al viajero perdido le queda, por lo menos, el consuelo del paisaje [...] y la esperanza de que a cada recodo encuentre el buen camino; pero quien se desorienta en su yo íntimo queda recluido en un espacio muy angosto y [...] va recorriendo de continuo un laberinto del que se da cuenta que no podrá salir».

Son palabras de una belleza sublime pero el genial filósofo danés se equivocaba en sus intuiciones respecto a

los ateos. Sus escritos muestran claramente la impronta de su padre, un pastor del que heredó su melancolía religiosa. El pobre Kierkegaard pasó toda su vida angustiado, también durante su niñez: «Casi no oí hablar, como los demás pequeños, del niño Jesús y de la felicidad del cielo. En cambio, se me mostraba a cada momento la imagen del crucificado [...]. Niño aún, era yo ya viejo como un hombre maduro».

Creo que, por lo general, los ateos, por el hecho de serlo, no vamos buscando desesperadamente el árbol en el que ahorcarnos. De ello hablaremos de nuevo en el capítulo 22. La

intensidad de la desesperación no aumenta con la conciencia, con el conocimiento, como Kierkegaard creía y muchos devotos creyentes se imaginan, sino todo lo contrario.

También existen aún muchos lugares en el mundo en los que las perspectivas religiosas lo impregnan todo de tal manera que a sus habitantes les parece imposible que, en otras partes, se pueda vivir sin creer en ningún dios. Mucha gente aún ve a los ateos como la encarnación en la tierra del mal. Mucha gente de cualquier país: no es necesario que viajemos mentalmente hacia lugares remotos en el tiempo o en el espacio.

(No deja de ser curiosa esa asociación inconsciente que se hace de la maldad y del ateísmo dada la diferencia enorme entre la cantidad de personas que han sido asesinadas en nombre de las religiones y las que lo han sido en nombre del ateísmo.)

Al respecto, me resulta extraordinariamente significativa la opinión que sobre los ateos expresó, sin vacilar, George Bush padre: «No estoy seguro de que los ateos deban ser considerados como patriotas, ni siquiera como ciudadanos. Éste es un país bajo Dios». Hizo tal declaración en una rueda de prensa formal que tuvo lugar en

Chicago, en agosto de 1987, a resultas de la pregunta de un periodista. Es terriblemente revelador que semejantes palabras las pronunciara en plena campaña por la presidencia de los Estados Unidos. No tenía miedo a perder votos. Todo lo contrario: seguramente lo tajante de su opinión respecto a los ateos le hizo afianzar muchos votos entre el electorado republicano estadounidense que, en su gran mayoría, es profundamente fervoroso y devoto de cientos de subgrupos religiosos, desde los más tradicionales hasta los más variopintos. En cualquier contexto patriótico que se

precie acabará apareciendo la conocida frase *God Bless America* (Dios bendiga a Estados Unidos). Al final de cada discurso político, por ejemplo. En todo acto público, en realidad.

Recuerdo haber leído en una ocasión un artículo sobre el profundo malestar que sentía un veterano policía estadounidense —ateo— cada vez que sonaba la canción a la que esa frase da título o, simplemente, cada vez que alguien declamaba fervorosamente las tres palabras (lo cual suele ocurrir bastante a menudo). Había sobrevivido a los atentados de las torres gemelas pero había perdido en ellos a varios

amigos y colegas de profesión. Recuerdo que el buen hombre venía a decir algo parecido a que se sentiría ridículo en los distintos homenajes y conmemoraciones respondiendo algo del estilo: «Sí, yo también quiero lo mejor para mi país» en vez de repetir la frase estándar, pero que, por un lado, como ateo, las palabras no salían con normalidad de su boca y que al mismo tiempo tampoco quería contribuir a una extensión mayor aún de las supersticiones ni a alentar el fanatismo religioso, un fanatismo que, aunque los extremistas fueran de otra religión, había provocado precisamente los atentados

del once de septiembre en Nueva York. En definitiva, se sentía bastante aislado en un contexto, el norteamericano, en el que los agnósticos y ateos están en franca minoría. Tenía que morderse la lengua para no decir en voz alta que la creencia en dioses era lo que había empujado a aquellos extremistas a derribar las torres. Además, durante ese día de septiembre, parece que ninguno de los dioses bendijo mucho a Estados Unidos; o, al menos, da la impresión de que todos ellos se olvidaron de incluir en su bendición a la ciudad de Nueva York y a los pasajeros de los vuelos secuestrados.

En muchos casos, las personas religiosas no ven a los ateos como demonios personificados, como le ocurría al ex presidente norteamericano, sino que piensan que si alguien se declara ateo es porque ese alguien está enfadado con su dios debido a algún acontecimiento traumático de su vida. En la conocida película *Forrest Gump*, el teniente Dan Taylor pierde las dos piernas en la guerra de Vietnam. Tras varios años a la deriva, recupera el equilibrio emocional y las ganas de vivir, lo que Forrest, el protagonista, interpreta como que «el teniente ya ha hecho las paces con Dios». Al fin y al

cabo, se perdona más fácilmente a un enemigo que a un padre.

El ateísmo no es nuevo; ni mucho menos. Ya Voltaire, sin llegar a ser ateo (era deísta: con Dios pero contra las religiones, podría ser su divisa), cuando opinaba sobre religión hablaba de la sinrazón de algunas creencias y costumbres, cuya única justificación era que se habían creído o practicado siempre. Otros muchos pensadores ilustres de la historia, como Hobbes o Hume, aun teniendo inclinaciones agnósticas o ateas, no podían expresarlas con claridad por su dependencia económica de los estados y

universidades que les proporcionaban empleo.

Ésa es, por ejemplo, la razón por la que Spinoza rechazó varios puestos como profesor universitario y prefirió seguir viviendo tranquilamente como pulidor de lentes. Y siguiendo con Spinoza, no tiene desperdicio el texto en el que, en 1656, se anunció su excomunión de la religión judía y su expulsión para siempre de las sinagogas: «Maldito sea de noche y maldito sea de día: maldito sea cuando esté tumbado y maldito sea cuando se levante; maldito sea cuando entre y maldito sea cuando salga. El Señor no le

perdonará; la ira y la furia del Señor prenderán y serán dirigidas contra este hombre [...]. Ordenamos que nadie se comunique con él, ni verbalmente ni por escrito; que nadie le muestre ningún favor, ni permanezca bajo el mismo techo que él; que nadie lea nada escrito por él». Sus grandes delitos: haber descuidado la observancia de los ritos propios de la religión de los que le rodeaban y, sobre todo, haber pensado por sí mismo.

Muchos siglos antes de que hubieran nacido todos los pensadores mencionados, en la antigua Grecia, Epicuro ya afirmaba no preocuparse

mucho por los dioses, dado que los dioses tampoco parecían preocuparse mucho por los hombres. Actitud honesta y razonamiento irrefutable, según yo veo las cosas. Pero todo es opinable: Clemente de Alejandría llamaba con abominación a Epicuro «el príncipe de los ateos». Y en siglos posteriores los teólogos del cristianismo hicieron todo lo posible para borrar los rastros de la filosofía epicúrea.

Además de por el hecho de ser tan antiguo como la propia creencia en dioses, creo que el concepto en sí de ateísmo no debería resultar tan sorprendente a las personas religiosas.

Explico el porqué: los históricamente tres grandes monoteísmos suelen mirar con displicencia a las creencias, tanto actuales como de tiempos pasados, que adoran a varios dioses a la vez. Sin embargo, tal como expone Richard Dawkins, en realidad lo único que ha hecho el ateísmo es «ir un paso más allá que los monoteísmos al restar un último dios y dejar el recuento en cero dioses». Los propios teístas son ateos con respecto a cualquier otro dios que no sea el suyo propio. Lo que un ateo piensa de Yahveh, por ejemplo, es lo mismo que un judío pensará de Thor, Zeus, Poseidón, Minerva, Quetzalcóatl,

Taranis, Horus, Brahma, Khrishná o Ishtar.

Si una persona que cree en un dios determinado reflexiona con un espíritu abierto y se plantea penetrar en los motivos por los que no cree en ninguno de los otros miles de dioses —pasados y presentes— de la humanidad, estará empezando a comprender a los ateos. «La seguridad con la que me doy cuenta de que la religión de otro hombre es un disparate me enseña a sospechar que la mía también lo es», decía Mark Twain.

Muchas cosas en la vida son de tal complejidad que resultan difíciles, cuando no imposibles, de entender. Pero

ésta no me parece una de ellas. Da la impresión de que todo se resume en una cuestión de geografía: si uno nace en un país en el que la religión musulmana es la dominante, la probabilidad es casi del cien por cien de que acabe creyendo en el dios de los mahometanos; si uno nace en una familia hinduista, es presumible que ese uno acabe por ser también hinduista. Si una persona nace en África, es prácticamente seguro que acabará creyendo en uno u otro dios; si una persona nace en Suecia, será atea con una probabilidad cercana al setenta por ciento.

Si hablamos de países en los que

también existe libertad de expresión real, pero que están algo menos desarrollados que Suecia, da la sensación de que declararse ateo resulta, para muchos, un paso demasiado difícil de dar. Intelectualmente, aprecian que la creencia en uno o varios dioses parece quimérica. Pero, por otra parte, acostumbrados como están a su compañía desde niños, experimentan sin ellos un vacío, una falta de confort, que hace que no se atrevan a eliminar esa brecha entre lo que sus mentes intuyen y lo que sus corazones piden. Sin embargo, una vez abierta, tengo la impresión de que esa brecha se hace

cada vez más grande.

Una vez metido en harina, una vez analizados todos los argumentos sobre la existencia o no de dioses y de otros mundos, parece que no haya neutralidad posible. Bien uno se queda en el lado de la razón, dándose cuenta de que el agnosticismo teórico y el ateísmo en la práctica son las únicas vías coherentes; bien decide quedarse al otro lado de la brecha, abandonándose en los brazos de la esperanza en una vida futura, optando por la fe, apostándolo todo a favor de su dios, como argumentaba el filósofo y matemático Blaise Pascal, del que luego volveremos a hablar. Tantísimo a ganar

(«Un tiempo infinito de vida infinitamente feliz», era como él lo expresaba) y tan poco a perder, sería tonto no creer en Dios.

Yo he elegido el primer lado. Llámenme tonto. Para mí la fe es, tal como la definió el escritor Henri Louis Mencken: «Esa creencia irracional en la eventualidad de lo improbable». En cualquier caso, como hace Comte-Sponville, opto por considerarme un ateo no dogmático: «No pretendo saber que Dios no existe; simplemente, creo que no existe». Prefiero no olvidar que ninguna inexistencia es demostrable.

Por una parte, como explicaré luego

en un capítulo posterior, estoy convencido de que se puede ser una persona equilibrada —tanto moral como emocionalmente— sin necesidad de creer en dioses, aunque no sea eso lo que opinen muchas personas religiosas, que sostienen sinceramente que la creencia en un dios (en el suyo, por supuesto; no en cualquier otro) es necesaria para que un niño llegue a ser un buen adulto y no acabe defendiendo la anarquía y el libertinaje.

Por otra parte, la postura del ateísmo se me antoja tanto más fuerte en cuanto que no parece basarse —al contrario que las religiones— en los deseos de

los seres humanos. Más bien es al revés: creo que a todos los ateos nos gustaría estar equivocados. ¿Por qué íbamos a rechazar a un padre amante que nos recibe en un paraíso en el que se equilibra la balanza de la justicia y en el que podemos vivir eternamente, junto a todos aquellos a los que hemos llorado en sus funerales, si no pensáramos sinceramente que todo eso no es sino una ilusión, una fábula, un mito?

La inexistencia de los dioses me parece la hipótesis, de largo, más verosímil: si los dioses se esconden tanto, puede ser, sencillamente, porque no existen. El ateísmo es una

cosmovisión que ensalza la vida tanto como pueda hacerlo cualquier religión, que se inclina reverencialmente ante los misterios del mundo, pero sin añadirle toques de autoengaño, a sabiendas de que ninguna rama de la ciencia podrá responder nunca a la pregunta de si existen los dioses. Quizá las respuestas a las grandes preguntas metafísicas de siempre —¿de dónde venimos?, ¿qué somos?— nos serán siempre desconocidas, pero ¿por qué las respuestas habrían de ser dioses? Es más, ¿por qué tendría que haber siquiera respuestas?

Las religiones tienden a llenar

cualquiera de los muchos vacíos que hay en el conocimiento humano con sus dioses: si no sabemos cómo se inició la vida, la respuesta es Dios; como aún desconocemos algunos aspectos del proceso evolutivo, eso prueba la existencia de un creador; si no se entiende cómo se ha producido la recuperación de un enfermo terminal, el milagro queda demostrado. Como observó el psicólogo Abraham Maslow: «Cuando la única herramienta que posees es un martillo, todo te parecen clavos».

Lo curioso es que, detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir al

conocimiento —después de mucho esfuerzo y de vencer la resistencia retrógrada de los amigos de los mitos— las religiones sigan encontrando la presencia de sus dioses. Una vez más: la necesidad emocional de creer cierra los ojos ante cualquier evidencia.

19

¿Es el ateísmo otra religión?

No. Ateísmo quiere decir, precisamente, no creer en dioses.

Pero tú también quieres que creamos en algo, ¿no? Quieres que creamos que los dioses no existen.

Lo que yo quiero es que nadie os

obligue a creer en nada. En nada, en nada. Tampoco en que los dioses no existen. Si, ahora mismo, o cuando seáis mayores, vosotros queréis creer en algún dios porque así sois más felices, sois libres de hacerlo. ¡Claro que sí!

Lo que yo quiero explicaros con este libro no es que no hay dioses. Lo que yo quiero que entendáis es que nadie tiene derecho a pedirnos que uséis vuestra inteligencia para algunas cosas sí y para otras no. Tenéis derecho a utilizar vuestro cerebro para pensar sobre cualquier asunto. También para pensar sobre si los dioses existen o no existen.

No. El ateísmo no es en absoluto otra religión. El ateísmo es lo opuesto a las religiones porque no busca imponer creencias, sino que trata de saber. El ateísmo no es un tipo de religión más a añadir a los cientos que existen por muchos motivos, pero, sobre todo, porque los ateos somos escépticos. ¿Qué significa ser escéptico? Significa no aceptar como verdadera ninguna idea que se nos quiera implantar en la cabeza sin argumentos, sin pruebas. Y, precisamente, lo que las religiones piden a sus fieles es que creen en sus respectivos dioses, que confíen ciegamente en su existencia, basándose

en la fe, no en ninguna prueba.

Lo que los ateos pensamos es que, si los dioses realmente existieran, ni siquiera haría falta pedir pruebas de su existencia: sólo habría que verlos y escucharles impartiendo en persona sus enseñanzas.

Opino que los ateos debemos procurar no caer en los dogmatismos que suelen caracterizar a las creencias religiosas. No hay ninguna necesidad de transfigurarse en predicadores ateos. Ni creo que a la mayoría nos mueva el ánimo de convertir a nadie. Por un lado, no se puede convencer mediante razonamientos a una persona mística

porque, como dijo Carl Sagan, «sus creencias no están basadas en evidencias, sino en su propia necesidad de creer». Por otra parte, si sus creencias religiosas ayudan a tantos a llevar una vida dichosa y a hacer mejor la vida de otros, como seguramente es el caso, bienvenidas sean. Al fin y al cabo, uno de los principales requisitos para la felicidad es que uno esté contento de ser lo que es, de creer lo que cree. Estoy convencido de que hay muchas personas felices entre las que aspiran a ganarse la paz eterna recitando a diario versículos de su libro sacrosanto.

Ahora bien, como explicaré con más

detalle en el próximo capítulo, también opino que el respeto y la tolerancia hacia las religiones no han de suponer, de ningún modo, que no se pueda reflexionar en voz alta ni pronunciarse sobre la existencia o no de dioses, si de esa forma uno piensa que va a ayudar a sus hijos a vivir una vida mejor.

En ese próximo capítulo hablaremos sobre esa convención social, tan extendida, que dice tácitamente que cuestionar un credo es una falta de respeto hacia sus fieles. En bastantes ocasiones he oído a personas que convierten la obligada cortesía en un miramiento excesivo, lo cual les hace

expresarse en un modo similar a éste: «La evolución, o un dios creador, nos dotó con tal cualidad o tal otra». Esa persona, al hablar de ese modo, se está mostrando muy tolerante (políticamente correcta, diríamos en nuestros días). No toma partido, para que nadie se sienta ofendido. Pero es una neutralidad que, en mi opinión, es perniciosa y dañina. Las pruebas a favor de la evolución se encuentran por doquier. Las pruebas de la existencia de uno o varios dioses: ninguna. Es una cuestión de fe, dirían los creyentes, no hacen falta evidencias. Creo que a una persona con convicciones religiosas debería darle

algún problema más explicarse a sí misma cómo su supuesto creador, que le dotó con una inteligencia, le pide que deje de emplearla cuando se trata de adorarle y de creer en él sin más.

He dicho en el párrafo anterior que considero dañina esa neutralidad porque se me antoja que muchas de esas personas, a pesar de hablar de ese modo, no creen en dioses. Y sin embargo, con su imparcialidad en público, están contribuyendo a que las interpretaciones mitológicas sigan reemplazando a las explicaciones reales. Nadie se expresaría en serio diciendo «el Ratoncito Pérez o mi

esposa —no estoy seguro, pero tuvo que ser alguno de los dos— dejó ayer un billete bajo la almohada de mi hijo y se llevó su diente».

Los padres y abuelos de todos los rincones del mundo enseñan a sus hijos y nietos cosas que en mi opinión —y lo que es más curioso, en muchos casos también en su opinión— no son ciertas. Cosas como que un dios, además de en el cielo, está dentro del corazón de cada uno de nosotros. O como que es seguro que existe tal dios o tal otro sólo porque así se cuenta en tal libro sagrado de la antigüedad o porque así lo dijo tal profeta.

Yo no entiendo el ateísmo como otra religión. De ninguna manera. El ateísmo es, por el contrario, una forma de humanismo. De hecho, dada la mala imagen que en la percepción popular tiene el vocablo ateo, hay muchas personas ateas que prefieren definirse a sí mismas como librepensadoras y como humanistas.

¿Por qué el ateísmo es un humanismo? Porque es un modo de acercarse a lo que nos rodea en el que el hombre y todo lo humano reinan sobre lo divino; en el que los valores humanísticos prevalecen sobre otras consideraciones; en el que las

explicaciones naturales arrinconan a las leyendas, las cuales, por supuesto, han de seguir jugando su papel, para quien así lo desee, de hacernos compañía.

El ateísmo es un humanismo porque, si contemplamos como cierto el supuesto de que no hay dioses que se preocupen por nosotros, entonces habremos de ser los seres humanos los que cuidemos unos de otros. Cualquier creencia humanista, por el hecho de serlo, enseña, en una primera etapa, a interesarse en uno mismo más que en la propia creencia; y, en un segundo paso mucho más trascendente, a dejar de interesarse tanto en nuestro pequeño y

redondo ombligo y pasar a hacerlo más en el resto de la humanidad y en las cosas del mundo que afectan a otros. El humanismo enseña a pensar en otra cosa que no sea uno mismo. Invita a volverse hacia los demás y hacia la vida en general.

Como he empezado a argumentar al inicio de este capítulo, el ateísmo no es otra religión, sobre todo, por el hecho de que aplica un método de análisis al que las religiones son completamente ajenas: el escepticismo. El escepticismo metodológico nos enseña que no debemos aceptar como verdadero nada que se nos dé por establecido a priori y

que, cuando las evidencias no sean suficientes, estamos en nuestro derecho de seguir indagando. Ser ateo es un intento de comprender mejor las cosas, la naturaleza y a nosotros mismos sin avenirse a aceptar las interpretaciones quiméricas. El escepticismo es, precisamente y tal como yo lo entiendo, lo opuesto a ese dogmatismo hermético en el cual se basan las religiones. Los escépticos no buscan imponer, sino conocer.

El ateísmo tampoco es una religión de la ciencia. Sostener que sólo la ciencia tiene sentido me parece exagerado. Es posible que las ciencias

no puedan responder a cuestiones sobre el arte, la estética, la espiritualidad o la ética. Son campos que, quizá, escapan a su ámbito de actuación. Eso no quita para que, además de por sus resultados prácticos, la búsqueda del conocimiento científico sea, en sí misma, algo que enriquece la vida de las personas. La ciencia no puede explicarlo todo. Estamos de acuerdo. Ahora bien, pretender —como ocurre, por ejemplo, en un gran número de estados de los Estados Unidos— que teorías acientíficas, como el creacionismo, se enseñen a los niños en igualdad de condiciones con respecto a la teoría de

la evolución es como abogar por que en las facultades de medicina la hechicería ocupe el cincuenta por ciento del tiempo de enseñanza de los futuros médicos y que ambas se repartan paritariamente en los programas de los alumnos. La alternativa a una serie de hipótesis racionales siempre habría de ser otra serie de hipótesis racionales, no simples creencias sin ninguna base ni evidencia más allá de la fe inquebrantable de los que las sustentan.

Como dijo el actor y músico australiano Tim Minchin: «La ciencia va ajustando sus puntos de vista en base a lo observado. Por el contrario, la fe es

la negación de lo observado para que lo creído pueda ser preservado». La negación de lo observado para que lo creído pueda ser preservado. Me resulta difícil encontrar una mejor definición de dogma religioso.

El ateísmo nunca será otra religión porque, sirviéndome de las palabras de Glenys Álvarez, a la que ya he citado antes: «[...] los ateos no tenemos iglesias, ni pastores, ni panfletos. No tenemos superhéroes que nos salven a nosotros y condenen a los demás. No tenemos reclutamientos forzosos, ni bautizos, ni ritos. Tampoco contamos con escritos sagrados ni con espacios

exclusivos para después de la muerte. Simplemente lidiamos con cuestiones científicas, dudamos racionalmente y algunos plasmamos nuestras ideas a través de charlas y escritos. [...] No tenemos ni dioses ni demonios, así que no somos ni santos ni satánicos».

El ateísmo no es, de ningún modo, otro tipo de fe mística, sino una postura ante la vida a la que podríamos denominar filosófica. Es una forma de interpretar lo que nos rodea en la que no se aceptan, sin más, conjeturas; en la que se rechaza que otros nos impongan a nosotros y a nuestros hijos sus delirios con el procedimiento de la repetición ad

infinitum.

Cuando una persona no admite porque sí el supuesto de que un dios exista, está ejerciendo su derecho a analizar ese supuesto de la misma forma que haría con cualquier otro: mediante el sentido común. Además, hay otro derecho del que también dispone: el de poder comunicar a otros el resultado de sus reflexiones —escribiendo un libro, sin ir más lejos— sin ningún ánimo de convencer a nadie, sino, sencillamente, porque así le place.

Si una persona, por falta de valor, por el miedo a ofender, molestar o irritar a la aparente mayoría o, lo que es

más común, sencillamente por comodidad, no da un paso al frente de vez en cuando para decir en voz alta lo que piensa, corre el riesgo de acabar por pensar únicamente aquello que las convenciones sociales le dejen decir. De ese miedo y de esas posturas intelectualmente cómodas han sabido siempre sacar muy buen partido las religiones.

Pero que las personas creyentes y los ateos tengamos una visión tan diferente respecto a la verdad o no del supuesto de la existencia de dioses no impide que podamos compartir muchas cosas, muchas creencias. La palabra

«creyentes» me ha traído a la memoria una entrevista, informal pero espléndida, que hace algunos años pude ver por televisión. El entrevistado era el escritor científico Eduard Punset. En un momento dado, el periodista, casi a traición, le preguntó si «era creyente». «¿En qué?», fue la rauda respuesta de Punset. Tras un par de segundos de sonrisa socarrona que translucía con claridad que el periodista había captado el mensaje, éste le dijo: «Creyente en Dios». Como aquellos que conozcan sus obras habrán podido intuir, la respuesta, expresada con el tono amable que le caracteriza, fue: «No». Punset no añadió

nada más y el periodista pasó a otra cuestión. Quizá, inconscientemente, sea el recuerdo de ese diálogo tan sencillo el que me haya llevado a evitar en este libro, en la medida de lo posible, el término «creyentes» para definir a las personas con creencias religiosas.

Pero la cuestión semántica es totalmente anecdótica. La moraleja, el punto que me parece importante y que yo quiero extraer de la respuesta de Punset, es que, aunque no mantengamos creencias en dioses, los ateos creemos en muchas cosas. (Ya que, por supuesto, yo no soy quién para convertirme en portavoz de todos los ateos, quiero

aclarar que, cuando digo ateos, estoy hablando en mi nombre y en el de aquellas personas con las que, además de tener amistad, comparto una visión atea del mundo.) Los ateos tenemos en común con los creyentes en dioses muchas creencias. Los ateos somos creyentes en valores morales universales.

Queremos, por ejemplo, transmitir a nuestros hijos principios como aquellos sobre los que escribió Nelson Mandela durante su larga estancia en prisión: «La honradez, la sinceridad, la humildad, la generosidad, la buena disposición a ayudar, cosas que deben ser la base de

la vida espiritual de una persona».

Como me he puesto demasiado serio, permítanme acabar con un toque de humor. ¿Es el ateísmo otra religión? No recuerdo ni dónde ni quién, pero sí recuerdo haber oído o leído a alguien responder a esa pregunta de la siguiente manera: «Decir que el ateísmo es una religión es como decir que la calvicie es un color de pelo».

Para saber más sobre los capítulos de la Parte VI.

1. BUENO, Gustavo, *La fe del ateo*, Editorial Temas de Hoy, Barcelona, 2007.
2. CABRERO, Ángel, *Vivir sin Dios*, Rialp Ediciones, Madrid, 2008.
3. COMTE-SPONVILLE, André, *El alma del ateísmo: Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Editorial Paidós, Barcelona, 2006.
4. DAWKINS, Richard, *El espejismo de Dios*, Booket, Barcelona, 2009.
5. DENNETT, Daniel C., *Romper el hechizo. La religión como fenómeno natural*, Katz Editores,

Madrid, 2009.

6. GARCÍA SANTESMASES, Antonio, *Reflexiones sobre el agnosticismo*, Editorial Sal Terrae, Madrid, 1993.
7. GARCÍA SANTESMASES, Antonio, *Laicismo, agnosticismo y fundamentalismo*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
8. KIERKEGAARD, Sören, *Tratado de la desesperación*, Edicomunicación, Barcelona, 1994.
9. KONNER, Joan, *La biblia del ateo. Una ilustre colección de pensamientos irreverentes*, Editorial Seix Barral, Barcelona,

2008.

10. ONFRAY, Michel, *Tratado de ateología: Física de la metafísica*, Anagrama Editorial, Barcelona, 2008.
11. PAULOS, John Allen, *Elogio de la irreligión*, Tusquets Editores, Barcelona, 2009.
12. VATTIMO, Gianni, ONFRAY, Michel y FLORES D'ARCAIS, Paolo, *¿Ateos o creyentes?*, Editorial Paidós, Barcelona, 2009.

PARTE VII

SOBRE EL RESPETO

20

¿Qué significa respetar?

Creo que respetar a los demás significa respetar sus derechos.

¿Y cómo respetamos sus derechos?

Pues no haciendo nada que vaya contra ellos. Voy a ver si soy capaz de explicaros esto. Uno de los derechos

que tenemos todas las personas (en los países democráticos) es el de reunirnos para hablar de lo que queramos. Algunos se juntan para, por ejemplo, hablar sobre sus dioses y rezar. Y si alguien que no cree en dioses quisiera quitarles ese derecho, con insultos o con violencia, habría que juzgar a ese ateo para llevarlo a la cárcel.

Pero hay gente que opina que lo que yo estoy haciendo en este libro, es decir, explicaros que me parece que los dioses no existen, también es una falta de respeto a las personas religiosas. Y yo no estoy de acuerdo con eso. Porque no estoy atacando ni su derecho a creer en

dioses, ni su derecho a reunirse para hablar de ellos, ni su derecho a hablar de lo que ellos creen a otras personas.

El respeto que cada persona manifiesta hacia los derechos de todas las demás es el que permite que podamos vivir en paz. Al contrario, la falta de respeto provoca enfrentamientos y genera violencia.

Pero, en algunas ocasiones, ocurre que lo que algunas personas consideran una falta de respeto hacia ellas, no es sino la expresión de una opinión distinta de las suyas. Y esto es algo que sucede

con frecuencia cuando las personas que no creemos en dioses expresamos en voz alta nuestra visión de que las creencias religiosas no se basan en realidades, sino en deseos.

Tal como yo veo las cosas, hemos de intentar a toda costa ser respetuosos con los demás y no buscar nunca que se sientan molestos u ofendidos. Ahora bien, al mismo tiempo hemos de ser lo bastante valientes como para atrevernos a expresar nuestras ideas aunque sepamos que muchos no piensan como nosotros. Vamos a adentrarnos en este capítulo en una convención social muy extendida, en mi opinión erróneamente:

la de que cuestionar un determinado credo es faltar al respeto a los fieles de ese credo.

Aunque todos vivamos bajo el mismo cielo, no hay dos personas que contemplen exactamente el mismo horizonte, que compartan del todo la misma perspectiva. Otros ojos nos harían ver de otra forma el mismo paisaje. («¿Qué son nuestros sentidos sino órganos de selección?», se preguntaba William James, uno de los padres de la psicología moderna.) En palabras de la escritora Anaïs Nin: «Las cosas, no las vemos como son; las vemos como somos». Cada uno de

nosotros tiene su forma de interpretar la realidad; y eso es algo que hay que entender y ponderar.

Todas las personas con creencias religiosas se merecen respeto por parte de los que no las tenemos, desde luego. Pero en todos los credos religiosos, por el hecho de ser construcciones humanas, llegan a confundirse los hechos con las conjeturas, las realidades con los deseos, los preceptos universalmente buenos con los que no lo son tanto. Y aunque de forma educada, por supuesto, porque hablar amablemente no hace daño a la lengua, creo que los ateos podemos cuestionar sus puntos de vista

sobre las cosas; creo que estamos en nuestro derecho a hacerlo.

Al fin y al cabo, como escribe el profesor de filosofía Ismael Grasa en su libro *La flecha en el aire*: «El respeto exigible lo es hacia los derechos civiles básicos de las personas», como por ejemplo la libertad de expresión, la libertad sexual, la de participación política, la de asociación, el derecho a la vida, el derecho a la educación, etcétera. Ahora bien, ¿tiene derecho una persona a exigir a otra, por ejemplo, que evite la expresión «creencia sin ninguna base racional», o la palabra «mito», o el término «superstición», para hacer

referencia a sus creencias religiosas? Tanto el profesor Grasa como yo mismo y otros muchos opinamos que la respuesta a esa pregunta es no. ¿Por qué? Pues porque «el límite de nuestra libertad es la libertad de los otros, no sus creencias. [...] La libertad religiosa no ha de significar dar validez al hecho religioso».

Pienso que las religiones no habrían de disponer de esa especie de licencia con la que parecen contar para no poder ser analizadas racionalmente. Si yo creyera, por ejemplo, que los gnomos o Papá Noel existen realmente, no sólo como invenciones de la imaginación

humana, podría pedir respeto para mis creencias, pero no podría evitar que muchos pensarán que mi fe es disparatada, alejada de los hechos y de las apariencias. Y esos muchos se sentirían legitimados a poder expresarlo. Creo que los ateos tenemos ese mismo derecho. Es posible que a algunas personas les parezca poco respetuoso comparar la creencia en dioses con la creencia en Papá Noel y, sin embargo, las capacidades y poderes que se les atribuyen a los dioses son cien mil veces más fantásticas que la de poder recorrer el mundo volando en un trineo. Pero, claro, lo que nos brindan

los dioses —la vida eterna— también es cien mil veces más grandioso que unos simples regalos envueltos con cuidado en papel de colores. La vida eterna... No puedo evitar acordarme del gran Quevedo: «Nadie ofrece tanto como el que nada piensa cumplir».

¿Por qué está tan extendida esa convención, ese acuerdo tácito, de que poner en cuestión un credo es una forma de faltar al respeto a sus fieles? Creo que, en muchos aspectos relacionados con la creencia en dioses, no reparamos en la diferencia que existe entre ofensa y daño. El filósofo Lou Marinoff nos habla de ella. Si alguien me hiere, bien

físicamente, bien en mi imagen pública, por ejemplo con una calumnia, sufriré un daño del que yo no seré cómplice, que se habrá producido contra mi voluntad. Pero si alguien me ofende, por una parte no habrá daño y, por otra, en esta ocasión sí que seré coautor. ¿Por qué? Porque me lo habré tomado como una ofensa.

Ocurre muy a menudo que algunas personas se ofenden, luego acusan a otras de haberles hecho daño y creemos que tienen razón en su acusación al no hacer la distinción entre ambos conceptos: ofensa y daño. Los creyentes que busquen motivos para sentirse

ofendidos siempre los hallarán, se planteen como se planteen los argumentos que esgrimamos los ateos. Nos acusarán de irreverentes, de blasfemos. El diccionario define blasfemia como una expresión injuriosa contra los dioses, las personas, las doctrinas o cosas sagradas. Dado que las personas, las cosas y las doctrinas que cada religión considera como sagradas son innumerables, empezando por la propia existencia de sus dioses, el simple hecho de poner en duda, de querer analizar la veracidad o no de cualquiera de esos dogmas, ya se considerará un acto blasfemo, injurioso.

Y, sin embargo, la blasfemia es un crimen sin daños, sin víctimas, sin criminales. Es un crimen sin crimen, bien pensado. La blasfemia es tan sólo una ofensa que se produce en la mente del ofendido.

Permítanme únicamente un ejemplo de los cientos posibles. En mayo de 2011, una firma australiana de ropa presentó en Sídney una nueva línea de bañadores femeninos. En el estampado de uno de ellos se reproducía la imagen de la diosa Lakshmi, deidad que representa para los hindúes la belleza y la salud. Las consecuencias de tan irreverente atrevimiento fueron: quema

de banderas de Australia por toda la India; reprensión pública por parte del Tribunal Supremo de la ciudad de Allahabad al periódico *Hindustan Times* por osar reproducir las fotos de la modelo en el desfile; llamamiento a consultas del embajador australiano en la India, y manifestaciones multitudinarias de exaltados que gritaban consignas contra Australia. Y, por supuesto, inmediata rectificación de la empresa en cuestión, la cual declaró que no tenían ninguna intención de producir en serie el bañador y se excusó una y mil veces manifestando que «el uso de la imagen de la diosa respondía a

nuestro deseo de celebrar diferentes culturas y de compartir esa celebración a través de nuestra marca», explicando que no era su intención herir a nadie. No habían herido a nadie. Quizá habían querido obtener algo de publicidad gratuita pero, desde luego, no habían causado ningún daño. Simplemente, mucha gente se sintió ofendida. No es lo mismo daño que ofensa, hemos dicho antes. La afrenta imperdonable sólo estaba en la cabeza de los supuestamente agraviados.

¿Cuál fue la reacción de los encolerizados radicales ante las disculpas públicas de la compañía

australiana? «Los sentimientos de muchos millones de hindúes han sido heridos y este asunto no se resolverá con una simple disculpa». Desgraciadamente, es la respuesta más habitual que los fanáticos religiosos de cualquier credo han dado a lo largo de la historia en este tipo de situaciones: sembrar odio.

El ciego acatamiento —algo que es mucho más que simple respeto— de esa convención social que nos dice tácitamente que cuestionar un credo es faltar al respeto a sus fieles hace que haya niñas en el mundo que no puedan ir al colegio porque la religión del lugar

donde nacieron dice que las mujeres no deben hacerlo. A mi modo de ver eso sí produce daños; para mí eso es tortura. Como decía Albert Camus: «Quizá no podamos evitar que éste sea un mundo en el cual se torture a niños, pero sí que podemos reducir la cantidad de niños torturados». Cuestionar esa convención social puede ser una manera de comenzar a conseguirlo. Y cualquier viaje, por largo que sea, siempre empieza por un simple paso, al igual que cualquier diluvio se inició con una gota de agua.

La sumisión reverencial a esa convención social hace que asuntos que

deberían importar sólo a los implicados, como las relaciones homosexuales, ocupen más tiempo en las preocupaciones de muchos fanáticos religiosos que los genocidios o la muerte por enfermedades curables o tantas otras cosas que afectan aún, produciéndoles daño real, a tantos seres humanos. El respeto a los dogmas, para algunos se convierte en algo más importante que dar de comer al hambriento.

La mansedumbre con la que se acepta esa convención social hace que no se enseñe a los niños como bueno el cuestionar las propias creencias tanto

como las de los demás. Como decía en el prólogo, creo que los niños pueden aprender a pensar libremente sin que las personas con convicciones religiosas tengan por qué sentirse atacadas. Pero, desgraciadamente, si alguien se empeña en sentirse ofendido porque otros no compartamos sus mismas respuestas a las preguntas metafísicas, no hay nada que podamos hacer. Christopher Hitchens, especialmente célebre por su libro titulado *Dios no existe*, era algo más extremo que yo en su forma de rebelarse contra esa mansedumbre. Decía él que «las personas a las que no les gusta que se burlen de sus creencias

no habrían de tener creencias tan graciosas».

Otro aspecto que me parece importante: no hay que confundir tolerancia con cobardía. ¿Hay que ser tolerante con los intolerantes? Creo que es una pregunta extraordinariamente difícil de responder. Como observaba Baltasar Gracián: «Aunque el *sí* y el *no* sean fáciles de pronunciar, dan mucho que pensar». Pero me atrevo a opinar: creo que la respuesta es no. No se ha de ser tolerante con los intolerantes. Lo peor de los extremismos religiosos no son tanto sus contenidos doctrinales — aunque también— como sus fanáticas

certezas en ellos mismos y sus intolerancias para con los que disienten. Los líderes religiosos radicales, esos que encuentran placentero mostrar un poder al que no saben sacar partido de forma más inteligente, suelen ejercer una autoridad incontestable sobre sus fieles. Si alguien se atreve a discutir los credos oficiales, pasa a ser un hereje, un paria, un enemigo. Hace falta valor para poner en duda un dogma, sabiendo que los intolerantes te van a acusar de renegado y blasfemo. Es más fácil no cuestionar los dogmas y presumir de respetuoso, especialmente si tenemos en cuenta que, en tantos y tantos lugares del mundo, los

«blasfemos» aún son llevados ante los tribunales y, en algunos casos, condenados a muerte.

Creo que el miedo a que los intolerantes se sientan ofendidos no debe evitar que luchemos para que las religiones dejen de obstaculizar, de una vez por todas, el acceso a los hechos, al conocimiento, al avance de la ciencia.

También hace falta coraje, en este caso intelectual, para sentarse a examinar los principios propios, sobre todo si uno de esos principios es, precisamente, que nunca deben cuestionarse los principios heredados. Es necesario ese tipo de valor para

atreverse a mover los cimientos de las creencias recibidas y disentir de las opiniones tradicionales de los que nos rodean, sabiendo que, para muchos, tradicional es sinónimo de cierto.

Está muy extendida la opinión —a mi parecer errónea— de que en los países occidentales no hace falta defender el ateísmo porque en ellos las religiones y los estados aconfesionales (aconfesionales sólo nominalmente) conviven armoniosamente gracias a un pacto llamado laicismo; que es únicamente en otras partes del mundo donde hay un problema de intolerancia hacia los ateos; que en los países de

tradición cristiana es en donde más se respeta a los que no creen en dioses. Eso es parcialmente cierto en buena parte de Europa y de Latinoamérica (en Estados Unidos sin embargo no lo es), pero pienso que no es gracias al carácter más tolerante en sí del cristianismo, sino a que, en siglos pasados, hubo muchas personas que no se conformaron con los dogmatismos que les imponían y lucharon contra la brutal intolerancia existente hacia todo aquel que disentía. Si el cristianismo en Europa ya no genera tantos fanáticos, si no produce terroristas en serie como ocurre con otras religiones, creo que no es por su

carácter más benigno que el de otros credos, sino gracias a que el conocimiento científicamente adquirido ha ido ganando su posición, siglo a siglo, a fuerza de renacimientos humanistas, de ideas ilustradas y de revoluciones del pensamiento, ocupando así parte del espacio que antes llenaban las supersticiones impuestas a las gentes de forma dogmática. En otros lugares del mundo, eso aún no ha ocurrido. Se trata de una pugna que, en buena parte de nuestro planeta, aún no se ha ganado.

Creo que las personas no religiosas debemos alzar la voz ante los extremismos para que, en las regiones

del mundo en las que dejaron de tener cabida, no vuelvan a encontrar hueco. Y para que, de ser posible —aunque a lo peor no hay un *de ser posible* más loco que ése—, dejen de impregnarlo todo en tantos otros rincones de la tierra. No debemos colaborar con el silencio cómplice del que no se atreve a calificar de absurdas las creencias en divinidades.

El respeto hacia las creencias religiosas tampoco debería implicar que las personas que no las tenemos veamos nuestras vidas, en ciertos aspectos, tan determinadas por ellas. Me estoy refiriendo, en particular, a la muerte

asistida en el caso de enfermos terminales. Pienso que, de la misma forma que cualquier ser humano tiene derecho a la vida, debería tener derecho a elegir su forma de morir. Las personas religiosas sí que tienen ese último derecho: por muy difíciles que hayan llegado a ser sus condiciones físicas, nadie les obliga a morir. Pueden elegir no morir hasta que su dios «decida llamarles a su lado». Y, sin embargo, las personas que no creemos en divinidades tenemos completamente cercenado ese derecho a elegir las condiciones de nuestra muerte, pudiendo ejercerlo solamente si tenemos suficiente

solvencia económica como para ir a morir a Suiza. Sin mucho esfuerzo puedo contemplarme a mí mismo en un futuro con una parálisis completa de todo mi cuerpo pero con un cerebro en buen estado. Creo que preferiría morir, pero no puedo estar seguro. De lo que sí estoy convencido es de la terrible impotencia que sentiría al saber que no tengo capacidad de elección, que no puedo decidir sobre las condiciones de mi muerte, que no se respetan mis últimas voluntades, por el hecho de que las creencias religiosas de unos cuantos (y el respeto exagerado hacia ellas de unos muchos) se infiltran en todo aun

hasta el punto de tener que seguir sufriendo únicamente porque los supuestos inverosímiles de los credos religiosos valen más que mi visión del mundo, y ello en relación a un asunto que me concierne sólo a mí y a mi familia: mi vida y mi muerte. Se me llevarían los demonios, si me permiten la broma sin gracia.

En la mayor parte de los países europeos (de otros lugares del mundo, ni hablamos) los políticos no se atreven a plantear abiertamente este asunto porque saben el revuelo que causaría: todas las fuerzas religiosas se movilizarían para luchar contra la propuesta. Y, sin

embargo, contra lo que estarían luchando en realidad es contra el derecho de cualquier persona en pleno uso de sus facultades mentales a tomar las disposiciones que quiera sobre el tramo final de su vida, algo que, si se dejan de lado las supersticiones, a mi modo de ver es de puro sentido común. Un derecho con el que, por otra parte, las personas religiosas ya cuentan y que, sin embargo, insisten en negarnos a todos los demás. Quienes están en contra de la muerte asistida no están obligados a nada pero, por el contrario, nos obligan a todos los demás a morir como ellos quieren llamándonos cobardes por

querer morir. En cualquier situación de la vida, por muy extrema que sea, intuyo que se necesita mucha valentía para, en pleno uso de las condiciones mentales, querer acabar con todo. Si alguien se ve abocado a tomar esa decisión, estoy seguro de que no lo hará de buen grado.

La imposibilidad de elegir morir dignamente es sólo un ejemplo de cómo las creencias religiosas lo impregnan aún todo, incluso en zonas del mundo en las que se supone que no es así.

Regresando a la cuestión inicial del capítulo, sobre en qué consiste el respeto hacia las personas devotas, creo que la tolerancia hacia las religiones no

habría de suponer, en ningún caso, que no se pueda reflexionar en voz alta y pronunciarse sobre la existencia o no de dioses. Como cada una de las religiones y de sus miles de variantes tiene su propio concepto sobre lo que es blasfemia —aunque podemos abreviar diciendo que, en caso de duda, todo lo es— si nos dejáramos amedrentar por el miedo a blasfemar no podríamos hablar sobre religiones. De hecho, eso es lo que realmente acaba por ocurrir: el temor cierra casi todas las bocas.

Inclino mi cabeza respetuosamente ante todas las creencias religiosas. Entiendo que tienen su origen en el

miedo a la muerte, algo que compartimos todos los humanos. Es instintivo. Lo desconocido nos da pavor y la muerte es el sùmmum de lo desconocido. Pero, según mi forma de interpretar la realidad, la mejor forma de librarse de ese miedo instintivo no es conformarse con explicaciones propias de fábulas, sino esforzarse por comprender las respuestas sobre el mundo y sobre nosotros mismos que nos ofrecen los conocimientos científicos. La cuestión que me cautiva es cómo vivir mi vida de la mejor forma posible, no la de si hay otra vida después de la muerte.

En cualquier caso, profesar una religión, con su correspondiente creencia en un paraíso, es un derecho. No profesar ninguna también lo es. Y ambos deben ser protegidos por igual. Sería horroroso caer en un dogmatismo inverso, en una especie de ateísmo como religión de estado, como ya ocurrió en la antigua Unión Soviética y sigue ocurriendo en Corea del Norte y en algunos otros rincones del planeta.

Nunca hemos de resguardar nuestro derecho a ser ateos tan acérrimamente como para que se nos olvide que creer en dioses es legítimo. Aunque no comparta la visión del mundo de los

teístas, podría decir, versionando la célebre cita de Voltaire, que «lucharé por su derecho a expresarla». Cualquier fanatismo es nefasto, incluido, por supuesto, el fanatismo ateo. Los seres humanos han de tener derecho a sostener creencias religiosas, han de ser libres para ello, aunque algunos pensemos que uno sólo es realmente libre si se sirve de la razón en vez de dejar que los miedos atávicos gobiernen sus vidas. «El miedo expulsa de mi corazón cualquier sabiduría», escribió Cicerón.

Otro derecho que todos debemos amparar es el de no manifestar si se tienen o no creencias religiosas. Me

viene a la memoria una anécdota, pero no recuerdo el nombre del protagonista. Sé que era un personaje público al que, en una entrevista, o quizá una rueda de prensa, le interrogaron sobre si creía o no en Dios. Su respuesta literal fue: «¡A usted qué le importa!»

Es cierto que el señor en cuestión podría haber sido más educado en su réplica, pero creo que, en el fondo, tenía razón. La libertad religiosa lleva implícito, según yo la entiendo, el derecho a que no nos pregunten sobre nuestras creencias. O, al menos, el derecho a no responder. Al fin y al cabo, creo que todos deberíamos ser

considerados en función de nuestra conducta hacia los demás, no de nuestros pensamientos privados.

En definitiva, pienso que, también en asuntos religiosos, es necesario preservar como un tesoro el derecho a ser diferentes.

Me gustaría acabar este capítulo sobre la tolerancia con la que creo que es la mejor definición que se ha hecho de lo que es respetar. Nos la brindó John Stuart Mill cuando hablaba sobre la libertad. Según yo lo entiendo, ser respetado es disponer de: «[...] la libertad de buscar nuestro propio bien a nuestra manera, siempre que no

intentemos privar a otros de la suya u obstaculicemos sus esfuerzos por obtenerla, [...] la libertad para formular el plan de nuestra vida que mejor se adapte a nuestro carácter, la libertad para hacer lo que nos guste [...], sin impedimento por parte de nuestros semejantes, siempre que lo que hagamos no les perjudique, incluso aunque piensen que nuestra conducta es estúpida, perversa, o equivocada».

Para saber más sobre el capítulo único de la Parte VII.

1. BRENIFIER, Oscar y BÉNAGLIA, Frédéric, *¿Qué es la convivencia?*, Edebé Editorial, Barcelona, 2007.
2. CHÉRIF, Mustapha, *Tolerancia e intolerancia en el Islam*, Bellaterra Edicions, Barcelona, 2008.
3. GRASA, Ismael, *La flecha en el aire. Diario de la clase de filosofía*. Editorial Debate, Barcelona, 2011.
4. GRAYLING, A.C., *Contra todos los dioses*, Ariel, Barcelona, 2011.

5. MARINOFF, Lou, *Más Platón y menos Prozac*, Ediciones B, Barcelona, 1999.
6. MEREU, Italo, *Historia de la intolerancia en Europa*, Editorial Paidós, Barcelona, 2003.
7. MILL, John Stuart, *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
8. MONTAIGNE, Michel de, *Ensayos*, Editorial Cátedra, Madrid, 2003.
9. RAHNER, Karl, *Tolerancia, libertad, manipulación*, Herder Editorial, Barcelona, 2010.
10. RUSSELL, Bertrand, *¿Por qué no*

soy cristiano?, Los libros de Sísifo (Edhasa), Barcelona, 2007.

11. VOLTAIRE, *Tratado de la tolerancia*, Editorial Crítica, Barcelona, 2003.
12. WARRAQ, Ibn, *¿Por qué no soy musulmán?*, Ediciones del Bronce, Barcelona, 2003.
13. WICKETT, Ann y HUMPHRY, Derek, *El derecho a morir. Comprender la eutanasia*, Tusquets Editores, Barcelona, 2007.

PARTE VIII

SOBRE LOS BUENOS Y LOS FELICES

21

*¿Se puede ser bueno sin creer
en dioses?*

Sí, claro que uno puede ser bueno aunque no crea en dioses.

¿Y malo?

Malo también. Y bueno y malo al mismo tiempo, que es lo que nos ocurre

a la mayoría de la gente. Todas las personas, crean o no en dioses, a veces cometen malas acciones, acciones que hacen daño a otros. Pero también todas las personas, creamos o no en dioses, tenemos momentos en los que hacemos cosas muy buenas por los demás. Ésa es mi opinión.

Sin embargo, muchas personas religiosas opinan que hay que enseñar a los niños a creer en un dios (¡ojo!, pero el dios en el que sus familias han creído siempre, no en otros) para que sepan diferenciar el bien del mal. Están convencidas, con toda su buena intención, de que los niños necesitan ser

educados en el amor y el temor a su dios para que sepan portarse bien. Yo pienso que eso no es cierto.

Aunque existan, las personas totalmente buenas o las que presentan comportamientos siempre perversos no son la norma y, en cualquier caso, hay ejemplos por igual de ambos tipos tanto entre las personas con creencias religiosas como entre las que no las tienen. La misma idea la expresaron infinitamente mejor las palabras de Terencio: «Soy un hombre y nada de lo humano me es ajeno»; o las de

Montaigne: «Cada ser humano lleva en sí toda la forma de la condición humana».

Pero en la percepción popular, aún se sigue asociando el término ateísmo con la ausencia de principios. Es una convención social extraordinariamente extendida la que nos dice que la moral es un campo que se enseña mejor desde la religión. Mucha gente cree que los niños han de ser educados en una religión para que lleguen a ser buenos adultos.

A mi modo de ver, ésa es la razón por la que tantas personas, sobre todo padres, y especialmente en Europa,

siguen siendo nominalmente religiosas aunque no crean realmente en divinidades ni en otros mundos que nos esperan tras la muerte. Incluso en aquellas familias en las que la fe no es ardiente y no se asiste a los servicios religiosos (salvo, quizá, en las fechas más señaladas), aún se sigue percibiendo la religión propia como una parte vital de la educación de los hijos.

Yo no lo veo así. No estoy de acuerdo con esas personas. Pienso que no es necesario creer en dioses para saber lo que está bien y lo que no. Como decía en un capítulo anterior, preceptos morales básicos para la convivencia

como no matar o no robar y valores innegablemente positivos como la honestidad, la amabilidad, la caridad, la compasión, la fortaleza o la empatía hacia el resto de seres humanos pueden practicarse por los adultos y enseñarse a los niños sin necesidad de acompañarlos de la creencia en dioses. Es éste un punto que creo crucial ya que, como he dicho, por mi experiencia sé que hay muchos padres que, a pesar de no creer ellos mismos en dioses, sí creen que enseñar preceptos religiosos a los niños es una forma de conseguir que sean personas decentes, una manera de enseñarles cómo vivir una vida virtuosa

y buena.

En mi opinión, hay muchas personas en los países occidentales que comparten la visión de la novelista Octavia Butler: «La religión tiene sus peligros, porque se le pueden dar malos usos y puede irse fácilmente de las manos, pero es útil para mantener a la gente en el buen camino».

Como ya he mencionado, yo no estoy de acuerdo. Estoy convencido —por el hecho de experimentarlo todos los días en mí y en otros— de que no es necesario creer, ni en dioses, ni en otras vidas, para ser una persona con moralidad. Se puede ser lo que se

entiende por un buen niño —y un buen adulto— sin tener fe en ninguna deidad. Como muy bien supo expresar el compositor y músico Steve Allen: «No es la dureza de corazón ni son pasiones malignas las que llevan a ciertos individuos al ateísmo, sino, más bien, una escrupulosa honestidad intelectual».

Por otra parte, el hecho de que los humanos seamos capaces de actuar con valentía, de mostrarnos compasivos, de ser altruistas, de comportarnos éticamente, ya no es necesario explicarlo argumentando que una divinidad nos ha insuflado todos esos valores a través de las enseñanzas de

sus profetas o imprimiendo en nosotros ideas innatas. La selección natural basta para esclarecerlo: el altruismo, la compasión, el comportamiento ético y el coraje son ventajas selectivas que hacen que la transmisión de nuestros genes, así como nuestra supervivencia y la de nuestro grupo, sean más factibles.

Además, ¿sería ser bueno actuar de forma correcta únicamente por temor a un dios omnipotente que todo lo ve y por miedo a su castigo? ¿No sería, más bien, ser prudente? Pascal opinaba que es muy estúpido no creer en la existencia de Dios. Argumentaba que, a pesar de que las pruebas para su existencia no son

concluyentes, ha de creerse por lo mucho que hay a ganar y lo poco que se pierde. Creyendo en Dios y, en consecuencia, siguiendo sus preceptos, si al final Dios existe se gana el paraíso; si no existe, no se pierde nada. No creyendo, si al final existe, se va al infierno; si no existe, no se gana nada (ni siquiera la vanidad de estar en lo cierto, porque no habrá nadie esperándote para decirte ¡tenías razón!). Pascal, además de un genio matemático, era —parece evidente— un hombre cauteloso. Pero, en mi opinión, su actitud no es un buen ejemplo de moralidad. Pienso que una acción no es moralmente buena si se

realiza esperando cosas a cambio. No hay que actuar correctamente por si hay un dios, sino por los principios que cada persona se haya impuesto a sí misma. Aunque los dioses no existan, aunque no haya nada después de la muerte, como parece ser, eso no nos dispensa de cumplir con nuestro deber, es decir, de actuar éticamente.

Tampoco me parece la más íntegra la actitud del dios en el que Pascal creía: uno que niega el paraíso a todo aquel que no le adore y que parece que se preocupa más por sus manzanas que por sus hijos, como dijo Diderot. Es comprensible que dioses creados por

los hombres tengan rasgos tan humanos, decíamos en un capítulo anterior.

Estamos analizando la opinión de muchas personas bienintencionadas que creen que, sin religión, los niños no pueden ser educados moralmente. ¿Estamos seguros de que los libros sagrados son, en todo, las mejores guías de conducta posibles para nuestros hijos? Más bien considero que —dada la ingente cantidad de parábolas que contienen, la diversidad de autores y fuentes de las que proceden, los muchos siglos que han pasado desde su nacimiento y cómo han cambiado nuestros puntos de vista sobre muchas

cosas— en ellos se contienen tantas aberraciones como enseñanzas sabias.

En el libro del Génesis se nos cuenta la historia de la mujer de Lot. No puedo dar su nombre porque en el Antiguo Testamento no consta. Con toda seguridad, en los tiempos en los que la leyenda surgiera no se había oído hablar aún del trato igualitario entre sexos. Así que la buena señora es conocida únicamente como la esposa de Lot. La pobre mujer fue convertida por Yahveh en estatua de sal por desobedecer la orden que le habían transmitido los ángeles de no darse la vuelta hacia Sodoma mientras huían. Una historia

muy salada, pensarán algunos; pero yo no le veo la gracia. La desproporción entre falta y castigo se nos hace evidente. Y sin embargo, ya en el Nuevo Testamento, Lucas se sirve de este caso como ejemplarizante poniéndolo en boca de Jesús: «¡Recordad a la mujer de Lot!» También nos cuenta Lucas la suerte que corrieron los habitantes de Sodoma y que no parece muy propia de una ejecución aséptica, sin ira: «Dios hizo llover fuego y azufre y los hizo perecer así a todos». Son historias que buscan mostrar la sumisión a Dios como virtud. Ahora bien, en nuestros días, no me parecen las mejores formas de que

los niños aprendan obediencia a los adultos y respeto a las normas. Especialmente si se cuentan como ciertas, si se cuentan como algo más que simples leyendas de civilizaciones ancestrales.

Otro de los relatos que narran las tres grandes religiones monoteístas (en la Biblia cristiana lo hace el libro del Génesis) es que Abraham estuvo a punto de degollar a uno de sus hijos con un cuchillo y hacer arder su cadáver en una hoguera porque su dios se lo había ordenado. No llegó a hacerlo ya que, en el último momento, se le apareció un ángel que le ofreció un carnero para

sacrificar en lugar de su hijo. Si alguien nos contara hoy eso mismo (una historia que, al menos cuando yo era niño, me pusieron como ejemplo positivo de obediencia a Dios), llamaríamos inmediatamente a la policía, la cual a su vez avisaría a un juez de menores y a un psiquiatra forense para que se ocupara del padre, y a un asistente social y a un psicólogo para atender al muchacho. Lo que el niño (para los cristianos el hijo de Abraham que sufrió el episodio fue Isaac, mientras que para los musulmanes fue Ismael) sintió al notar el cuchillo en la garganta parece que no importaba mucho en aquellos tiempos; ni parece

que importe en los nuestros, si aún hay gente que cree que esta historia contiene modelos de conducta ejemplares. El profesor de bioquímica Isaac Asimov, más conocido por sus libros de ciencia-ficción, manifestó: «No hay nada que pueda darle más fuerza al ateísmo que leer con detenimiento la Biblia».

Pero no se trata únicamente de si los libros utilizados por las religiones son los más adecuados para enseñar ética a nuestros hijos: también podríamos poner en cuestión a los profesores. Manuel González Prada, el escritor modernista peruano, se preguntaba, a principios del siglo XX, sobre las cosas que podían

enseñar a la juventud los pastores de las distintas doctrinas religiosas: «Para enseñar ingeniería, buscamos ingenieros. Para enseñar medicina, médicos. Sin embargo, para educar a hombres destinados a establecer una familia y a vivir en sociedad, elegimos individuos que [...] no saben lo que encierra el corazón de una mujer, ni de un niño. ¿Cómo formará a personas útiles para sus semejantes el iluso que [...] hace gala de no pertenecer a la Tierra, sino al Cielo? ¿Qué sabe de pasiones humanas el mutilado del amor (del amor en pareja, matizaría yo)?»

También me cuesta mucho ver como

guías para nuestra moralidad a muchos de los líderes religiosos, tanto de nuestros días, como del pasado. En Estados Unidos hay veintiún estados donde es legal que los profesores infrinjan castigos corporales a los alumnos, que les golpeen fuerte con una vara de madera hasta hacerles moratones, por ejemplo. Y, de hecho, no sólo son castigos legales sino que llegan a aplicarse. Esos estados son, precisamente, y con una correlación perfecta, aquellos en los que más poder los grupos cristianos ultraconservadores tienen. ¿Es realmente bueno para el desarrollo emocional de un niño y para

una mejora en su comportamiento someterlo al dolor físico y a la humillación pública, como sostienen muchos líderes religiosos norteamericanos?

Es una convención social muy aceptada y extraordinariamente difundida que las cuestiones sobre moralidad, sobre el bien y el mal, han de ser respondidas desde una perspectiva religiosa. Sin embargo, considero que se puede explicar a los niños —sin necesidad de acompañar la explicación con creencias en dioses— aspectos morales que, en nuestros días, parece que habrían de ser universales. Como,

por ejemplo, que la amabilidad y la disponibilidad para ayudar al prójimo harán más feliz la vida de los otros y la propia. O como que el acto de ayudar es más hermoso si se dirige a un desconocido (estoy de acuerdo con Kant, el cual pensaba que una acción, para que pueda ser considerada como realmente moral, ha de ser desinteresada). O como que podemos hacer las cosas que nos producen alegría siempre que no supongan un daño ni para otros ni para nosotros mismos. O como que se ha de respetar los derechos básicos de los demás seres humanos, niños incluidos, así como sus creencias,

deseos y opiniones.

Cualquier individuo ha de poder hacer lo que quiera siempre que su acción no perjudique, no haga ningún daño, a nadie. Bernard Shaw también nos pedía, con mucha gracia y sentido común, «no hacer a los otros lo que te gustaría que te hicieran a ti: puede ser que tengan gustos diferentes». Dicho de otro modo: siempre es mejor preguntar antes.

En mi opinión, actuar moralmente es hacer lo que está bien, independientemente de lo que digan al respecto las religiones. Por el contrario, en muchas ocasiones las religiones

enseñan a hacer lo que ellas dicen sin cuestionarse si está bien o no. Como dijo en una ocasión el premio Nóbel de física Steven Weinberg: «Con o sin religiones, habría en el mundo gente buena haciendo cosas buenas y gente mala haciendo cosas malas, pero para que buenas personas hagan cosas malas hacen falta religiones».

En definitiva, que *no hacer a los demás lo que a ti no te gustaría que te hicieran y hacer a los demás sólo aquello que te hayan dicho que desean* son dos pautas muy humildes que todos los niños pueden entender. No sólo las pueden comprender; también pueden

aplicarlas a sus vidas en su convivencia con los demás sin que sea preciso inculcarles ninguna creencia en otros mundos. Los humanos no tenemos necesidad de dioses para ser rectos: tenemos conciencia.

Así, pues, en respuesta a la pregunta que da título a este capítulo, yo diría con certeza que sí. Sí, se puede ser bueno sin creer en dioses. La bondad, como la maldad, es muy difícil de definir. Pero es sencillo reconocerla. En muchas personas, religiosas o no, todos sabemos apreciar la bondad sin miedo a equivocarnos.

22

*¿Se puede ser feliz sin creer
en dioses?*

Claro que sí. Pensad en mamá.

Es verdad, ella siempre está alegre.

Eso es. Y, sin embargo, no cree en dioses. Y hay otra mucha gente como ella, que no sigue ninguna religión, pero

que es muy feliz y hace feliz a otras personas. También hay muchísima gente alegre que es religiosa. Y hay ateos que sonrían muy poco. O gente de cualquier religión que no se ríe nunca. Me parece que la felicidad y creer en dioses son cosas que no tienen mucho que ver.

A lo largo del libro he dejado entrever claramente la que, para mí, parece ser la respuesta a esa pregunta. Sí, por supuesto que se puede ser feliz sin credos religiosos. Como se puede serlo con ellos.

Pero, a pesar de que muchos

opinamos que se puede ser una persona sanamente alegre sin tener creencias religiosas, hay muchos otros que creen que su dios es necesario para darle sentido a todo, para guiar sus conductas y, también, para hacer que sean felices. Creen que sin ese dios que, según ellas, contempla nuestras acciones y es el padre de todas las cosas, no podrían tener unas vidas dichosas.

No fue precisamente falta de dicha lo que experimentó Robert Green Ingersoll —conocido por ser un firme defensor del agnosticismo en el siglo XIX— cuando consiguió liberarse de la influencia de su padre, un pastor

presbiteriano radical. Así describe Ingersoll lo que sintió: «Cuando me di cuenta de que todos los espíritus y dioses eran mitos, entró en mi cerebro [...] el sentimiento y la alegría de la libertad [...] Era libre, libre para pensar, para expresar mis ideas, para vivir mis propias ideas [...] libre para usar todas mis facultades, libre para extender las alas de la imaginación, libre para investigar, para dudar y soñar, libre para juzgar y determinar por mí mismo, libre para rechazar todos los credos ignorantes y crueles, todos los libros inspirados y todas las leyendas bárbaras del pasado [...] libre de todos

los que se creen elegidos, libre de los errores santificados y de las mentiras sagradas, libre del miedo al castigo eterno, libre de los monstruos alados de la noche, libre de fantasmas, demonios y dioses».

Según yo lo veo, nuestras acciones y nuestros pensamientos nos hacen buscar el bienestar de forma natural a todos, aunque no creamos en dioses. Pero serán nuestro carácter y las circunstancias personales de cada uno las que harán que encontremos a menudo, o no, esos momentos de alegría, de estar contentos. Quien observa el mundo no se está limitando a contemplarlo: lo está

también construyendo en su cabeza. Una persona será más o menos dichosa en función de cómo perciba su entorno y esa percepción se nutre de sus propias experiencias cognitivas, pero también de las sensoriales y afectivas. Dicho de otra forma: nos afectan tanto las cosas en sí mismas como las opiniones que nos hacemos sobre las cosas. En lo que a estados de ánimo se refiere, en muchas ocasiones sí que hay humo sin fuego.

Una persona de carácter melancólico tendrá tendencia a construir opiniones mustias sobre las cosas, con independencia de que tenga una visión religiosa del mundo o no. Y todos,

místicos y no místicos, sufrimos de momentos en los que nos sentimos de un humor desapacible, como el cielo cuando está encapotado, momentos en los que nos mostramos más fácilmente irritables o tristes. O, al contrario, todos disfrutamos de instantes en los que la alegría e, incluso, la euforia nos invaden por cualquier motivo. En palabras de Séneca: «Verás a los mismos hombres pasar en muy poco tiempo de las convulsiones de la risa a las de la rabia».

Hace algunos años, en un discurso de Navidad televisado de la reina de Inglaterra (si está usted, querido lector,

preguntándose sobre mis gustos televisivos, piense en esos momentos que todos sufrimos de vez en cuando en los que nos quedamos viendo en la tele cosas insólitas durante unos minutos) le escuché expresar una idea con la que recuerdo me sentí identificado inmediatamente. Explicaba ella que por sus circunstancias personales había tenido que tratar con miles de personas en el transcurso de su vida. Pues bien, de entre todas esas personas, había acabado por descubrir que las que eran más felices siempre tenían un denominador común: eran gentes que dedicaban buena parte de sus energías y

de sus pensamientos a los demás. En otras palabras: eran de naturaleza altruista. No me pareció una mala reflexión en época navideña: esforzarse por olvidar un tanto las propias cuitas y volcarse con los demás, con la vida, como medio de ser más feliz uno mismo. Una *bendita* referencia circular.

Hay mucha gente maravillosa que se consagra al servicio desinteresado a los demás a través de órdenes y movimientos religiosos. Pero también las hay que, dado que no creen en dioses, lo hacen a través de organizaciones laicas. Y tanto unas como otras serán más felices por el

hecho de ofrecer parte de su tiempo —o todo— a ayudar a otros. Estoy convencido. Con la particularidad de que el ganarse la gloria eterna no será uno de los motivos de los altruistas no religiosos. Ayudarán a otros por el simple hecho de que, haciendo que se encuentren mejor las personas que reciben su ayuda, se sentirán mejor ellos mismos. Un altruismo egoísta, sin que la aparente contradicción sea tal, ya que todos, donantes y receptores, saldrán ganando en bienestar.

Está bien: si uno hace cosas que le producen alegría puede ser plenamente feliz, tanto si cree en dioses como si no.

Parece que tiene sentido. Ahora bien, otra cuestión: ¿sería el nuestro un mundo más feliz sin credos religiosos? No lo sé. Quizá no. Pero salta a la vista, salta a todos los sentidos, incluido al sentido común, que sería un mundo mejor sin extremismos religiosos, esos que todo lo controlan en tantas regiones de la Tierra y en tantos hogares de regiones donde creíamos que ya no quedaba sitio para los exaltados de la fe. No me cabe duda de que millones —cientos y cientos de millones— de personas serían más felices si no tuvieran que padecer el inflexible control de tanto aniquilador de la alegría. Podrían llevar unas vidas

plenas si pudieran, aunque sólo fuera ojear, algún libro distinto del libro único que su religión les impone.

Por desgracia, el fanatismo de sus carceleros intelectuales les impide, tan siquiera intuir, dos cosas: la primera, que hay una infinidad de libros en el mundo que también contienen sabiduría; la segunda, que no todo lo que contiene su libro sagrado es juicioso, ni siquiera moralmente elogiabile. Son gentes que no pueden ver más allá de los muros mentales que otros han construido para ellos.

La gente alegre no tiene pasiones destructivas. Un sinnúmero de personas

goza de sus creencias religiosas y expande ese gozo hacia sus congéneres. Es admirable y fascinante. Pero a mí se me hace difícil olvidar que cualquiera de los exaltados de los que hablábamos en el párrafo anterior, de cualquiera de las religiones, cree lo que cree amparado en las doctrinas disparatadas que su credo religioso le enseña. Y, al igual que los creyentes felices irradian su contento hacia los demás, del mismo modo los creyentes exacerbados propagan angustia y miseria moral sirviéndose de su religión.

Aunque tampoco habríamos de ser muy duros con ellos en nuestro juicio: si

esparcen dolor a su alrededor es porque ellos mismos son infelices. Y es una infelicidad, en enorme medida, causada por sus creencias religiosas — opresivas, asfixiantes, tiránicas— que ellos, por su parte, recibieron de sus mayores, los cuales, a su vez, heredaron de los suyos. Y así en una cadena generacional viciosa cuyos eslabones no sabríamos cómo romper si no es con la educación de los niños. Con la educación; no con el aprendizaje memorístico de frases troglodíticas.

Parece que la única solución sería combatir intelectualmente, en la medida en la que cada uno podamos, cualquier

fanatismo y, aun defendiendo sin trabas la libertad religiosa, no permitir nunca que la superstición reemplace a las explicaciones racionales. En definitiva, al menos no ceder terrenos ya conquistados.

Otro asunto. Como he mencionado en algún momento antes, parece condición necesaria para ser feliz el estar contento con lo que se es, con lo que se cree. Pues bien, ése es un requisito que muchas personas cumplen, píos e impíos indistintamente. Ahora bien, me parece más factible que las personas capaces de mantener la serenidad ante cualquier circunstancia

sean más felices. ¿Son más serenas, más estables, como norma, las personas religiosas? Aunque dependerá en gran medida de su carácter, independientemente de su fe o falta de ella, creo que los devotos son más serenos por el hecho de ser devotos únicamente si el autoengaño funciona, si las crisis de fe no son recurrentes. En caso contrario, su creencia se convierte, en mi opinión, en una tortura. En un sin vivir que les va llevando, alternativamente, de una *certeza insegura* a la duda más flagrante y viceversa. «El alma de la duda, suspendida sobre mi cabeza, acababa de

derramar en mis venas una gota de veneno», escribió Alfred de Musset.

Muchas certezas religiosas son implantadas a fuerza de plegarias, unas plegarias que los propios devotos se imponen repetir hasta la extenuación a modo de penitencia por haberse atrevido a dudar de sus dioses. ¿Tesisura feliz? Mentalmente extenuante, más bien. Si un día las creencias de esos devotos acaban por derrumbarse, se derrumba con ellas su estabilidad emocional al completo, porque su fe les servía de pilar principal de sujeción.

La felicidad no es estable, como a veces desearíamos. Es inevitable que

pasemos de momentos de contento a otros de decaimiento. Como los flujos y reflujos de las olas. Pero, en cualquier caso, y dado que los eventos de la vida, de por sí, ya hacen oscilar bastante nuestro ánimo, creo que no hay por qué darle más vaivenes con creencias religiosas inestables.

En el fondo de su consciencia, muchas personas saben que sus esperanzas en otras vidas no tienen ningún cimiento —a no ser, como he dicho antes, que el autoengaño haya cuajado; que no tenga fisuras. Sin embargo, basándome en mi experiencia, en las muchas personas religiosas que he

conocido, creo que las fisuras —incluso las grandes grietas— son habituales. Si la fe es sólida y auténtica, la persona que la tiene suele reaccionar ante comentarios escépticos, o simples preguntas curiosas, con paciencia e intentando explicar con afecto las enseñanzas de su religión. Si la fe es autoimpuesta, se resquebraja ante cualquier interrogante planteado y salta en forma de indignación clamando contra esa supuesta falta de respeto de la que ya hemos hablado antes. Los creyentes inseguros perciben como amenaza cualquier duda a sus dogmas. En este último caso, por muchos

esfuerzos que se pongan en ser diplomático y cortés, normalmente uno será acusado de irreverente e irrespetuoso. No hay mucho que se pueda hacer: habremos topado con alguien cuya fe no es totalmente firme, lo cual se traduce en infelicidad, una infelicidad que se manifiesta en forma de reacción airada ante cualquier atisbo de poner en cuestión sus creencias. Quizá lo que su rudeza oculte es su miedo a que los ateos estemos en lo cierto.

«Sin creencias religiosas en otras vidas, ¿cómo íbamos a enfrentarnos al miedo a la muerte, a la propia y a la de

los más cercanos? ¿Cómo llenar ese vacío? ¿Cómo podríamos ser felices si, de verdad, no hubiera nada más?», he escuchado en ocasiones argumentar a personas piadosas con esas o similares palabras.

George Bernard Shaw ya respondió a esas cuestiones de una forma que, aunque pueda parecer brusca, no deja de ser cierta, en mi opinión: «Decir que un creyente, por el hecho de serlo, es más feliz que un escéptico, es como decir que el borracho es más feliz que el sobrio».

Por mi parte, con respecto a la muerte propia, creo, como Epicuro, que

la muerte no es nada para uno mismo, salvo un concepto. Mientras estemos vivos, ella no existe. Y cuando la muerte llegue, cuando ya estemos muertos, seremos nosotros los que ya no existiremos. Dicho de otra forma, cuando estemos muertos no sabremos que estamos muertos. «Padezco grandes sufrimientos porque tengo un cuerpo. Cuando no tenga cuerpo, ¿qué desastres podrá haber ya para mí?», se preguntaba Laozi. Lo que personalmente trato de hacer es valorar cada momento como lo que es: un instante único. Y, por supuesto, intento evitar peligros mortales. No le tengo miedo a la muerte,

pero sí a las cosas que me pueden matar.

Respecto a la muerte de los demás, no me resulta tan fácil gestionarla mentalmente. Tiempo, aceptación paulatina y, siempre que lo necesitemos, tratamiento psicológico. Hay personas que se han preparado académicamente y han dedicado muchos años de sus vidas a investigar cómo hacer frente al proceso de duelo sin recurrir a paraísos ficticios. Nunca está de más visitar a alguien que pueda poner orden en los murmullos confusos de nuestros pensamientos. Aunque nos resulte desgarrador, hemos de aprender a aceptar algo que, por supuesto, ya

sabemos: que todos los seres vivos mueren.

A propósito de lo que acabo de escribir, me ha venido a la cabeza una anécdota. En una ocasión, en Barcelona, mientras paseaba con mi familia por Las Ramblas contemplando los puestos en que se venden animales, vimos cómo un señor retiraba un pájaro muerto de una jaula. Uno de mis hijos —de sopetón, como suelen hacer estas cosas los niños — me preguntó: «Papá, ¿por qué se ha muerto el pájaro?» «Porque estaba vivo», fue la mejor respuesta que supe darle. Extrañamente, no siguió interrogándome. Quizá, intuitivamente, a

pesar de ser muy joven, mi hijo había entendido que tampoco había una respuesta mejor que le pudiera ofrecer. Continuamos nuestro paseo disfrutando del canto de los supervivientes.

Pero volvamos a la cuestión inicial: ¿existe alguna correlación clara y general entre tener creencias religiosas y ser feliz? En nuestros días, para evaluar la felicidad de una persona, parece que lo que más hacemos es interrogarnos sobre su salud, su edad, su familia, sus relaciones personales, su trabajo, sus posesiones materiales, etcétera.

Yo, por el contrario, veo las cosas más bien como lo hacían los clásicos:

aunque uno esté sano, sea joven, haya muchas personas en su vida que le quieran, disfrute con su trabajo y tenga una cuenta corriente que rebose dinero, si se quiere enjuiciar su felicidad aún nos faltarán por hacer las preguntas claves: ¿es feliz? ¿Es una persona alegre? Porque nada de todo lo anterior nos asegura plenamente que lo sea. Puede tratarse, desgraciadamente, de alguien que no sepa valorar lo que tiene y se ahogue siempre en vasos de agua sin importancia, como puntualmente nos sucede a todos a veces.

Por el contrario, si sabemos que es feliz, ya no importarán el resto de

cuestiones: ni su edad, ni a qué se dedica, ni qué coche tiene; es feliz. Según yo lo entiendo, esa misma forma de ver las cosas es aplicable a la relación entre bienestar y creencias religiosas; si alguien tiene fe en un dios, todavía nos faltará saber lo más importante: si es feliz. Porque las certidumbres religiosas no aseguran la dicha, ni la eterna ni la terrenal. Todos hemos conocido a personas muy fervorosas que al mismo tiempo eran vivas imágenes de la pesadumbre. Pero, desde luego, el supuesto contrario tampoco es cierto: no es cierto que los ateos, por el hecho de serlo, sean más

dichosos.

En definitiva, creo que uno puede ser feliz e irradiar alegría hacia los demás tanto si cree en divinidades como si no.

Me gustaría concluir este capítulo en el que ha aparecido muchas veces la palabra felicidad con una cita de Chamfort que considero apropiada para la ocasión y que transmite una idea que comparto plenamente: «La felicidad no es cosa sencilla: es difícil encontrarla en uno mismo, pero es imposible encontrarla en otro sitio».

Creamos o no en dioses, pienso que ése es el único lugar en el que podemos

encontrar la alegría: dentro de nosotros.

Para saber más sobre los capítulos de la Parte VIII.

1. ARAGÜÉS, Juan Manuel, *El laberinto de los dioses: historias y mitos para niños ateos*, Mira Editores, Zaragoza, 2008.
2. BOTTON, Alain de, *Las consolaciones de la filosofía*, Santillana Ediciones Generales,

Madrid, 2000.

3. BRENIFIER, Oscar y DEVAUX, Clément, *¿Qué es el bien y el mal?*, Edebe Editorial, Barcelona, 2006.
4. BRENIFIER, Oscar y MEURISSE, Catherine, *¿Qué es la felicidad?*, Edebe Editorial, Barcelona, 2009.
5. COMTE-SPONVILLE, André, *La felicidad, desesperadamente*, Editorial Paidós, Barcelona, 2001.
6. EPÍCTETO, SÉNECA, MARCO AURELIO, *Los estoicos*, Editorial Nueva Acrópolis, Valencia, 2001.
7. FERRÁNDIZ, Alejandra y cols., *Lecturas de Historia de la Psicología*, Ediciones de la UNED,

Madrid, 2001.

8. HITCHENS, Christopher, *Dios no es bueno*, Debolsillo, Barcelona, 2009.
9. RODRÍGUEZ, Pepe, *Los pésimos ejemplos de Dios*, Temas de Hoy, Barcelona, 2008.
10. RUSSELL, Bertrand, *La conquista de la felicidad*, Debolsillo, Barcelona, 2003.
11. SCHOPENHAUER, Arthur, *El arte de ser feliz*, Herder Editorial, Barcelona, 2000.
12. UNELL, Barbara C. y WYCKOFF, Jerry L., *20 valores que puede transmitir a sus hijos*, Amat

Editorial, Barcelona, 2007.

PARTE IX

SOBRE OTRAS COSAS

23

¿Qué es el libre albedrío?

Es la libertad de las personas para hacer una cosa u otra.

Entonces, libre albedrío y libertad... ¿significan lo mismo?

Sí, son sinónimos. Pero las religiones usan más *libre albedrío*; no sé

por qué. Es difícil para mí explicaros qué es pero lo voy a intentar.

Las personas religiosas creen que su dios nos da libertad a cada uno para hacer las cosas que queramos, cosas buenas o cosas malas.

Pero, al mismo tiempo, lo que enseñan muchas religiones es que existe un dios que dirige el mundo y que controla todo lo que ha pasado y pasará en el universo. Según eso, su dios deja que ocurra todo lo que pasa en el mundo.

Es decir, que, al mismo tiempo que nos dicen que todos somos libres, por otro lado, como parte que somos de ese

mundo que su dios dirige, también nos están diciendo que nuestras acciones están ya previstas por su dios.

Es una gran contradicción que muchos religiosos han tratado de resolver escribiendo libros y libros. Y yo creo que no lo han conseguido.

El libre albedrío es la facultad que las religiones suponen a las personas de elegir libremente entre el bien y el mal. Es una hipotética libertad de elección entre varias alternativas. Creo que además de los dos grandes pilares reconocidos en los que se sustentan las

religiones (la existencia de Dios y la inmortalidad del alma), hay un tercero: la presunción del libre albedrío. En este capítulo expondré el porqué de esa opinión.

Muchos filósofos de todos los tiempos han formulado sus argumentos a favor y en contra del libre albedrío, es decir, de la libertad humana. Si el hombre es libre de pensar como piensa y de actuar como actúa o si, por el contrario, todas sus ideas y todos sus actos han sido previamente determinados por algo: ésa es una de las grandes cuestiones de la historia del pensamiento.

Nietzsche, por ejemplo, no veía en el concepto del libre albedrío sino una invención de los teólogos preocupados por disculpar a los dioses de la existencia del mal y por hacer al ser humano responsable de la presencia de las calamidades en el mundo. Descartes, al contrario, opinaba que: «Aunque sea cierto que siempre ha de haber una razón que nos empuje hacia uno de los lados, no obstante, podemos elegir el lado contrario». Para Descartes, entonces, somos libres. El teólogo baptista Harvey G. Cox expresaba la misma idea de la siguiente manera: «En algún lugar muy dentro de nosotros, sabemos que, en el

análisis final, somos nosotros los que decidimos las cosas y que incluso las decisiones de dejar a alguien decidir en nuestro lugar son, en realidad, decisiones nuestras, aunque sean decisiones pusilánimes».

Fernando Savater, en su libro *Ética para Amador*, que escribió dirigiéndose a su hijo, le habla a éste sobre la libertad: «Por mucho que los hombres estén programados hasta en los menores detalles, biológica y culturalmente, siempre pueden elegir una solución que no esté incluida en el programa (o al menos no del todo). Podemos decir *sí* o *no*, *quiero* o *no quiero*. Incluso aun

forzados por las circunstancias, nunca tenemos una única voz a seguir, sino varias. Cuando te hablo de libertad, me refiero a eso [...] Es verdad que no podemos hacer todo lo que se nos pasa por la cabeza, pero nada nos obliga a hacer sólo una cosa». Savater también nos dice que somos «libres de reaccionar a lo que nos sucede de una manera u otra». Es decir, que para él siempre podemos elegir cómo responder a lo que nos pasa.

Yo no estoy tan seguro. En mi opinión, cada vez que reaccionamos de una manera, es por una serie de causas. Esas causas pueden ser tantas, tan

ocultas y tan complejas, o tan minúsculas, que nunca lleguemos a descubrirlas, pero nuestras respuestas a todo lo que nos sucede siempre habrán estado determinadas por algo. Leibniz ilustra lo que yo quiero expresar con una analogía espléndida, casi poética: «El estrépito de una ola es perceptible por nuestro oído [...], lo que indica que el ruido de cada gota debe de hacer alguna impresión sobre nosotros, por pequeña que ésta sea, pues de lo contrario la suma de cien mil gotas no produciría cantidad alguna de ruido. [...] estas pequeñas percepciones son las que, sin notarlo nosotros, nos determinan y

producen nuestras acciones, como cuando, aun creyendo que nos es igual ir hacia la derecha que hacia la izquierda, acabamos por elegir un lado. [...] Las percepciones imperceptibles son tan importantes para nuestra mente que es absurdo desdeñarlas».

Lo que he intentado expresar citando a Leibniz es que yo no acabo de ver tan claro como Cox, Descartes y Savater que los humanos seamos libres. Si se me ofrece elegir, sin ninguna coacción externa, entre una manzana y una naranja, todo parece indicar que soy libre de optar entre las dos frutas. Sin embargo, ya que todo tiene una causa o

causas, mi elección por, pongamos, la manzana, vendrá determinada por motivos que puedo conocer, por causas de las que soy consciente (la manzana en concreto que me ofrecen tiene un gran aspecto, he visto cómo alguien antes de mí desechaba una naranja por su mala apariencia, etc.) o por motivos que puede que yo desconozca, de los que yo ni siquiera soy consciente (todas las naranjas que he probado últimamente eran algo amargas, aunque no lo recuerde; hace un tiempo leí un artículo sobre las bondades de la manzana para la salud, etc.), pero, en cualquiera de los dos casos —elección consciente o

inconsciente— yo diría que, en realidad, no soy libre, sino que lo que tengo es, tan sólo, la apariencia de la libertad. Como no podía ser menos, Goethe supo expresarlo mucho mejor: «El hombre supone que dirige su vida y gobierna sus acciones cuando, en realidad, su existencia está, irremisiblemente, bajo control del destino».

De lo que sí estoy más seguro es de la escasa —o más bien nula— lógica de la historia que nos cuentan los monoteísmos: un dios que, a pesar de ser todopoderoso, decide, intuyo que en un momento de aburrimiento, crear unos seres llenos de imperfecciones a los que

luego culpa de los errores y fallos de todo tipo que dichas imperfecciones provocan.

Los credos religiosos, tan fervientes defensores del concepto de culpa (y del de mérito) ignoran lo que la ciencia nos enseña sobre los múltiples determinismos de todo tipo —culturales, sociales, familiares, educativos, psicológicos, biológicos, genéticos— a los que estamos sometidos y que nos hacen dudar de si realmente somos libres. No llegan siquiera a plantearse la posibilidad de que quizá Skinner, el gran defensor de la investigación conductual de las cuestiones humanas, tenía algo de

razón cuando, defendiendo su visión ambientalista de las cosas, opinaba que «es el ambiente el que selecciona la conducta de los individuos». Pero claro, ello supondría que los méritos del ser humano pasarían a ser únicamente el resultado necesario de su historia personal. Que no seríamos merecedores de ningún castigo ni de ningún premio en el más allá. No es posible: todas las quimeras construidas por los credos religiosos se derrumbarían.

Opino, por ejemplo, que es muy desafortunada —aunque posiblemente bienintencionada— la asunción que hacen dentro del cristianismo muchas

personas piadosas de que, cuando alguien se suicida a resultas de una depresión, lo hace libremente y debido a su falta de fe en el más allá. Presuponen dos cosas: en primer lugar, que esa persona no habría acabado con su vida si fuera creyente, entre otros motivos, porque el hecho de suicidarse —pecado mortal— le impedirá entrar en el paraíso. Y, en segundo lugar, también dan por sentado que el suicida eligió libremente terminar con sus días, que tuvo la opción de no matarse. Como decía en el párrafo anterior, esa presunción de libertad equivale a no hacer caso de los complejos

determinismos que nos gobiernan. La psiquiatría nos enseña que, en muchas ocasiones, las ideas suicidas se dan ante la dificultad de la persona para enfrentarse a situaciones vitales que le estresan hasta el punto de querer morir. Sus tendencias suicidas vienen determinadas por sucesos externos a los que el paciente no sabe cómo hacer frente. También nos explican los psiquiatras que, en otros casos, se produce lo que denominan como depresión mayor, la cual viene determinada, sobre todo, por factores bioquímicos y genéticos. En cualquiera de los dos casos, depresión por causas

exógenas o por causas endógenas, se me hace muy difícil hacer responsable a esa persona argumentando que podría haber elegido no suicidarse, que fue libre en la elección que hizo entre seguir viviendo y morir.

La creencia en la libertad humana es el tercer gran soporte de las religiones del dios único. «Cada hombre ha de ser el arquitecto de su propio destino», proclamaba el abad Regnier. Y lo expresaba así: *ha de ser*. Da la impresión de que se estuviera convenciendo a sí mismo. Para que Dios sea un dios de bondad, no culpable de la crueldad y de los males del mundo,

entonces el hombre *ha de ser* libre. Tiene que ser así, nos dicen los credos. El dogma del libre albedrío resulta imprescindible para que las religiones monoteístas puedan convertir a cada ser humano en el único responsable de sus actos y, por lo tanto, poder cargarlo de culpa y hacerlo merecedor de castigo, incluida la expiación eterna de sus pecados en el infierno tras el juicio final. Si no fuéramos libres, entonces los seres humanos no podríamos ser considerados culpables. Tampoco se nos podría otorgar ningún mérito por nada de lo que hiciéramos. Son palabras mayores.

Un análisis científico de las cosas parece que transfiere todas las culpas y todos los méritos a las condiciones ambientales y biológicas. Si seguimos los caminos que nos trazan la biología, la genética y la psicología, conceptos que hasta hace bien poco parecían intocables, como el de la libertad humana, el de mérito y el de demérito, quedarían, ya no muy tocados, sino hundidos. Lo dicho: palabras mayores.

La celebración de ese juicio final al final de los tiempos al que antes aludía, con su correspondiente reparto de premios y castigos, es otro más de los muchos dogmas teológicos que ni

siquiera hemos podido apenas mencionar: hay demasiados. El castillo de naipes que los credos religiosos construyen con sus fábulas necesita que las cartas se sostengan mutuamente entre sí.

Con el libre albedrío, se consigue exculpar a los dioses culpando a los seres humanos de la existencia del mal. Se me hace muy significativo que incluso los no creyentes utilicen, en ocasiones, la expresión *gracias a Dios*. Sin embargo, ni siquiera existe la locución contraria: *por culpa de Dios*. Sería una gran blasfemia responsabilizar a Dios de lo malo; para las religiones,

los hombres son los únicos culpables del mal y los dioses del bien. Aun a riesgo de quitarle variedad a mi vocabulario, yo prefiero servirme sólo de los adverbios *afortunadamente* y *desgraciadamente*, sin que eso me impida sentirme agradecido hacia la vida. No sufro del problema que el pintor inglés de origen italiano Dante Gabriel Rossetti creía que padecíamos los ateos cuando escribió: «El peor momento para un ateo es cuando se siente realmente agradecido y se encuentra con que no hay nadie a quien dar las gracias». Los que no creemos en dioses también tenemos oportunidades

todos los días de dar las gracias muchas veces y a muchas personas, ¡afortunadamente! Además, puede que, en el fondo, mucho del agradecimiento que muestran hacia los dioses sus respectivos fieles no sea sino el secreto deseo de seguir recibiendo sus hipotéticos favores.

Las iglesias de todos los credos, al imponer a sus fieles la creencia en el libre albedrío, están rechazando todos los determinismos y, con ellos, también reniegan del materialismo que, inevitablemente, acompaña al determinismo. Es comprensible, ya que el materialismo equivaldría a la

negación del dios intangible, inmaterial, eterno, espíritu puro y no causado por nada que muchos proclaman. Además, la aceptación del materialismo también implicaría la negación de la existencia del alma, el segundo gran pilar de todo credo. Que la materia sea el único constituyente de una roca, un olivo o, incluso, un caballo, pase, pero que la materia sea lo único que dé forma al ser humano pensante, es decir, que el alma inmortal no exista, es ir demasiado lejos para el antropocentrismo que, como hemos visto, es tan característico de las doctrinas religiosas.

Y, sin embargo, como explicaba

Spinoza, con una lucidez impropia de alguien que, nacido hace casi cuatrocientos años, no podía conocer todo lo que la neurociencia, entre otras disciplinas, nos enseña en nuestros días, «mientras no sepamos exactamente todo lo que un cuerpo es capaz de hacer, ¿cómo podemos atribuir al alma, algo de cuya existencia ni siquiera estamos seguros, tantas capacidades?»

Lo que Spinoza venía a decir es lo mismo que, ya en nuestros días, el profesor Hervé Boillot nos explica con las siguientes palabras: «El materialismo metódico no afirma, a priori, que lo único que exista sea la

materia; pero rechaza la hipótesis de un alma o un espíritu antes de haber agotado la investigación de lo que manifiestamente existe, es decir, el cuerpo». Y es una investigación apasionante, sin necesidad de creencias en almas. Sigue siendo un enigma cómo las señales eléctricas y químicas de nuestro cerebro pueden llegar a convertirse en ideas, en recuerdos, en estados de ánimo, en opiniones, en deseos, en emociones, en decisiones, que son los que nos convierten, a cada uno de nosotros, en un ser humano único y lleno de misterios, más allá de que seamos libres o no.

Por lo que las ciencias nos descubren, parece que la mayoría de las cosas que nos suceden a los humanos pueden explicarse mejor por la interacción entre genes y entorno que de cualquier otra forma. Dicho con las palabras mucho más precisas de Skinner: «Conforme se van conociendo las múltiples interacciones entre organismo y ambiente, los efectos que hasta este momento se achacaban sólo a estados mentales, sentimientos y peculiaridades del carácter, comienzan a atribuirse a fenómenos que son completamente accesibles a la ciencia».

Cada vez que me he encontrado

juzgando a alguien por su comportamiento o por sus ideas, no he podido evitar acabar pensando que yo, con su misma dotación genética, con su misma composición bioquímica y con un entorno completamente idéntico al que ese alguien haya tenido desde el mismo momento de su gestación, habría actuado y pensado exactamente de la misma manera. Mi impresión es que el determinismo está en lo cierto: no somos libres de pensar y de actuar como lo hacemos. Estamos determinados.

En cualquier caso, la cuestión de si el ser humano es libre o no lo es sigue siendo tan compleja que parece que la

única postura honrada sea seguir dudando.

Pero tal como yo los entiendo, y aun queriendo dejar mi mente abierta a otras opiniones, el materialismo y el determinismo, con la negación del libre albedrío que necesariamente les acompaña, consisten, fundamentalmente, en no contarse a uno mismo cuentos, como a mi parecer sí hacía Thomas Jefferson, el tercer presidente de Estados Unidos, cuando proclamaba que «Dios, que nos dio la vida, nos dio, al mismo tiempo, la libertad».

¿Por qué han salido tan pocas mujeres en este libro?

Porque es un libro en el que hemos hablado sobre dioses y religiones.

Bueno, ¿y qué?

Pues que, en la antigüedad, los jefes de las religiones han sido casi siempre

hombres. También eran hombres los que escribían los libros religiosos y los que decían a los demás, hombres y mujeres, lo que tenían que hacer.

Lo malo es que, en nuestros días, sigue sucediendo lo mismo.

Sabéis que, aunque los hombres y las mujeres seamos distintos, todos tenemos que tener los mismos derechos. Por ejemplo, el derecho a ir al colegio, en los países más civilizados, lo tienen igual niños y niñas. Pero en otros países del mundo, por culpa de hombres religiosos que quieren que las mujeres sigan siendo sus esclavas, las niñas no pueden ir al colegio, o sus madres no

pueden conducir un coche. En algunos lugares, ¡las mujeres no pueden ni siquiera llevar la cara descubierta en la calle!

El número de dioses masculinos a los que la imaginación del ser humano ha dado a luz supera, con gran diferencia, al de diosas. Aunque es cierto que también ha habido divinidades femeninas, buena parte de ellas han sido asociadas con el culto a la maternidad y a la fertilidad. Las religiones son fenómenos que han formado parte de sus respectivas sociedades y, por ello,

reflejan en todo el carácter de sus contextos.

Aún hoy en día, los hombres de mi generación que recibimos una enseñanza religiosa hemos crecido y hemos sido educados en un mundo de hombres. Los chicos y las chicas íbamos a colegios separados hasta la universidad. Muchos mundos académicos, técnicos, científicos y de investigación eran casi exclusivamente masculinos.

El siguiente párrafo, escrito hace algo más de quinientos años por Erasmo de Rotterdam —que ya ha aparecido anteriormente en este libro— en su obra *El elogio de la locura*, es bastante

representativo de cómo, desgraciadamente, muchos hombres del pasado y alguno de nuestros días ven a las mujeres: «La mujer es un animal estúpido y sandio donde los haya; empero, es complaciente y cariñosa, y en el hogar de los mortales suaviza y endulza con su sandez la natural brusquedad que lleva consigo la índole varonil». (En descargo de Erasmo hay que decir que el personaje al que hace expresarse en esos términos es la Sandez en persona, lo cual quiere decir que es muy probable que él no compartiera esa opinión.)

Del judaísmo, una de las religiones

actuales más antigua, que ha dado origen al cristianismo y al islamismo, es bien conocida su oración de la mañana, en la que cada judío ortodoxo bendice a su dios por haberle creado no esclavo, judío y ¡no mujer! Una de las prohibiciones comunes a varios credos religiosos es la de no poder aproximarse a una mujer, ni durante su menstruación, ni tras el parto, por el hecho de que sean consideradas impuras en esos períodos.

Todo empezó cuando Dios —nos cuenta la mitología del Génesis— creó a Adán de la nada el sexto día. A partir de él, creó a Eva para que le hiciera compañía en el jardín del Edén. El

inocente Adán se conformó con obedecer a Dios y se sometió a su prohibición de comer del árbol de la sabiduría. Eva no. Bendita Eva, pensamos algunos. La serpiente demoníaca habló con ella para seducirla y Eva comió del fruto prohibido: el conocimiento. Esa fábula refleja bien la identificación que los monoteísmos hacen de lo femenino con lo peligroso, con lo tentador: la mujer es objeto de deseo sexual por parte del hombre y el deseo se considera pecaminoso.

Buena parte de las religiones temen a las mujeres y transforman su temor en odio y el odio en sometimiento.

Únicamente quieren madres que procreen y esposas que sirvan devotamente a sus maridos, no mujeres. Y con ello cuentan los líderes exaltados de todos los credos: con que la madre y la esposa acaben matando a la mujer que provoca el apetito carnal que ellos consideran tan impuro.

El bueno de Lot también ha aparecido ya antes en este libro, cuando hablábamos sobre su mujer, que se convirtió en estatua de sal por incumplir el mandato de Dios Padre. En esta ocasión, lo vuelvo a traer a colación por culpa de sus hijas. Cuenta el libro del Génesis que sus hijas, inquietas al no

encontrar varón con el que asegurarse una descendencia en la tierra a la que habían huido con su padre (recordemos que su madre se quedó en el camino, muy quieta, por desobediente), decidieron emborracharle para fornicar con él mientras dormía sin que se diera cuenta. La mayor yació con él la primera noche y la menor la segunda. Como en el caso de su madre, la leyenda no nos dice sus nombres (pero sí el de sus respectivos hijos, a los que consiguieron concebir tras embriagar a su padre).

Ese relato me resulta muy significativo del papel, no sólo secundario, sino pérfido, que los credos

religiosos suelen otorgar a las mujeres. Por no hablar de la manera en la que, personificado en Lot, se nos presenta al macho humano en general como una víctima candorosa en manos de las perversas hembras.

La visión tradicional que parece ser compartida por muchas religiones es que la mujer que quiera actuar conforme a los designios de Dios debe obedecer devotamente a su marido, ya que Dios ha querido que el hombre sobresalga sobre la mujer. Palabras divinas. Resulta algo molesto que los dioses hablen tan bajito como para que sólo les puedan oír unos pocos elegidos que, casualmente, suelen

pertenecer al sexo masculino. De ese modo, el papel de las mujeres dentro de los fenómenos religiosos ha sido, tradicionalmente, y en el mejor de los casos, accesorio.

Como explica la escritora Barbara G. Walker, en su obra *Enciclopedia de la mujer de mitos y secretos*, «desde un punto de vista biológico, las religiones patriarcales niegan a la mujer los derechos que la naturaleza concede a cualquier otra hembra de los mamíferos: el derecho a elegir a su compañero, a controlar las circunstancias de su apareamiento, a gobernar su propio nido o a rechazar a cualquier macho cuando

su única preocupación sea sacar adelante a sus crías».

En las diversas doctrinas religiosas suele ser común que las mujeres estén sujetas a tantas obligaciones como los hombres pero sin sus mismos derechos. Así, la mujer, como el hombre, ha de rezar a los dioses y creer fervientemente en ellos y en sus profetas, respetar los dogmas preceptivos si quiere entrar en el paraíso, ayunar en las épocas y condiciones que marquen los libros sagrados o los líderes religiosos (masculinos, obviamente), peregrinar, fustigarse, hacer penitencia, etcétera, sin que, como contrapartida, suela haber un

reparto equitativo de derechos: las mujeres de muchos rincones de nuestro planeta han de someterse a la voluntad de los hombres en todo, aceptar a los maridos que sus padres les impongan, subordinar su sexualidad a la de sus esposos (cuando no verla cortada de raíz, literalmente hablando, con un tajo preciso en el clítoris), entender su sexualidad como dirigida exclusivamente a la procreación y sentirse en pecado de no hacerlo así.

Lo más triste de todo es que en el párrafo anterior no se estén describiendo situaciones de siglos pasados ya erradicadas, sino actuales,

que siguen ocurriendo hoy en día, promovidas por fanáticos, al abrigo de las religiones y, en muchos casos, amparadas por gobiernos bajo la convención social de que cuestionar un credo es lo mismo que faltarle al respeto a los creyentes de ese credo. Es habitual que los dictadores del mundo se sirvan de la religión como puntal para seguir en el poder. Ya lo dijo el director de cine Luis Buñuel: «Dios y patria: juntos, un equipo imbatible». Un equipo imbatible que va dejando por el camino legiones de víctimas, masculinas y femeninas. Séneca ya había percibido con claridad, dos mil años antes, la relación entre

poder y credos religiosos: «La religión es considerada, por la gente común, como cierta; por los sabios, como falsa; y por los gobernantes, como útil».

La mujer también ha de conformarse con representar un papel nulo o accesorio en las ceremonias religiosas de muchas creencias. Durante la visita de Benedicto XVI a España que tuvo lugar en noviembre de 2010, me pareció muy significativa cuál fue la única participación femenina —más allá de las mujeres que asistieron como fieles— en la misa celebrada por el papa en la catedral de Santiago de Compostela. Se produjo cuando unas monjitas acudieron

con diligencia a limpiar con unos paños las gotas de vino que habían caído sobre el altar. Mientras ellas frotaban con energía, el papa se encaminó para *meditar* hacia donde ya se encontraban sentados los ciento veinte obispos (ciento veinte hombres, ninguna mujer: es bien sabida cuál es la postura oficial al respecto de la Iglesia católica) con los cuales concelebraba la eucaristía.

La anécdota, aunque indicativa respecto a los roles de liderazgo, no significa que los distintos credos desprecien el poder de las mujeres para sus causas. De ninguna manera. Muchos líderes religiosos son conscientes de

que un predicador, por mediocre que sea, puede conseguir muchas conversiones con un ejército de mujeres —especialmente de madres— a sus órdenes.

A modo de homenaje, me gustaría transcribir las palabras que en 1882 una mujer, la historiadora norteamericana Elizabeth Cady Stanton, escribió en su diario mientras reflexionaba sobre la relación entre los dioses y los miembros del género humano, hombres y mujeres: «He entrado a muchas catedrales antiguas —gigantescas, misteriosas, apabullantes, maravillosas—, pero siempre he salido de ellas con un

sentimiento de indignación por todas esas generaciones de seres humanos que, en su pobreza, se esforzaron tanto por construir esos altares al dios desconocido».

Para saber más sobre los capítulos de la Parte IX.

1. BRENIFIER, Oscar y RÉBÉNA, Frédéric, *¿Qué es la libertad?*, Edebe Editorial, Barcelona, 2007.

2. BRENIFIER, Oscar, *Libertad y determinismo*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2006.
3. CUNNINGHAM, Loren, *¿Por qué no la mujer? Una nueva perspectiva bíblica sobre la mujer en la misión, el ministerio y el liderazgo*, YWAM Publishing, Seattle, 2004.
4. GEVARA, Ivone, *El rostro oculto del mal. Una teología desde la experiencia de las mujeres*, Trotta Editorial, Madrid, 2002.
5. KAUFFMAN, Cristina, *El rostro femenino de Dios. Reflexiones de una carmelita descalza*, Desclée

de Brouwer, Brujas, 1996.

6. KOLAKOWSKI, Leszek, *Libertad, fortuna, mentira y traición. Ensayos sobre la vida cotidiana*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2001.
7. SAVATER, Fernando, *Ética para Amador*, Editorial Ariel, Barcelona, 1993.
8. SCRUTON, Roger, *Spinoza*, Editorial Norma, Bogotá, 1999.
9. SEARLE, John R., *Libertad y neurobiología. Reflexiones sobre el libre albedrío, el lenguaje y el poder político*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2005.

10. SERRANO-NIZA, Lola, *Mujeres y religiones. Tensiones y equilibrios de una relación histórica*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008.
11. WALSCH, Neale, *Conversaciones con Dios*, Debolsillo, Barcelona, 2003.
12. WRIGHT, Georg Henrik von, *Sobre la libertad humana*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2007.

Epílogo

Dejemos la luz encendida

Un amigo al que comenté que estaba escribiendo este libro me respondió que le asombraba cómo me atrevía a escribir sobre dioses y almas sin saber nada de teología. En otra ocasión leí o escuché a alguien decir —no consigo recordar a propósito de qué— que no hacía falta saber sobre telas, ni sobre calidades de tejidos, ni sobre costura, en definitiva, que no hacía falta ser sastre, para darse

cuenta de que el emperador no llevaba un traje nuevo, sino que estaba desnudo. Eso es lo que me vino a la memoria cuando mi amigo me hizo aquella observación. Ése es el espíritu que he pretendido mantener mientras escribía: el de aquel niño pequeño que viendo desfilar desnudo al emperador protagonista del cuento, dijo en voz alta lo que en realidad muchos otros súbditos pensaban.

No soy teólogo. Pero creo que uno no necesita ser experto en religiones para intentar ayudar a sus hijos a orientarse entre la infinidad de visiones posibles sobre las cosas. Lo que yo he

querido con este libro, más que refutar perspectivas teístas del mundo, es exponer para mis hijos y para otros adultos, padres o no, mi opinión de que los principios del libre pensamiento deberían poder ser aplicables a cualquier supuesto.

También he querido explicar mi idea de que defender en público los derechos básicos y la dignidad de las personas es algo tan importante que no debe amedrentarnos el hecho de que muchos vayan a considerarlo como una provocación hacia su fe.

He pretendido transmitir mis opiniones y las razones en las que se

sustentan de la forma más clara posible. No sé si lo habré conseguido.

Decía antes que no soy teólogo. Tampoco soy filósofo, ni antropólogo, ni historiador, ni sociólogo, ni biólogo. Y es una lástima, porque cualquiera de esas ramas del saber me habrían permitido, seguramente, ser capaz de expresar mis ideas mucho mejor de lo que lo he hecho. Soy sólo un padre al que sus hijos hacen preguntas. Soy sólo un padre que les ha intentado explicar a sus hijos que, digan lo que digan los demás y aun dejando la puerta abierta a que sus ojos le puedan confundir, parece que no hay ningún traje encima de la

carne desnuda.

He repasado en sueños todas las doctrinas
y he escogido la más terrible:
estar despierto.

La primera vez que leí esos versos de la poetisa cubana Liudmila Quincoses, recuerdo que me impactaron como sólo pueden hacerlo las palabras que, además de hermosas, recogen algo que pensamos pero que no habíamos sido capaces de expresar correctamente

antes de leerlas. Luego me di cuenta de que, a pesar de la belleza de los versos, había una palabra que me chirriaba: *terrible*. No estoy de acuerdo. Estar despierto no es terrible. No me gustaría vivir anestesiado.

Es cierto que la vida, a veces, puede parecernos absurda pero, como decía Camus: «La grandeza del ser humano... ¿no consistiría, precisamente, en esforzarse por darle sentido?»

Nuestra vida, sin creencias religiosas de ningún tipo, puede ser tan plena, tan llena de significado y tan maravillosa como nosotros mismos luchemos para que sea.

Las personas devotas suelen referirse metafóricamente a sus respectivos dioses como *la luz*. «El Señor es mi luz y mi salvación», recuerdo haber escuchado y recitado yo mismo muchas veces de niño. He querido servirme de la luz como símbolo que da título a este epílogo, pero entendiéndolo como luminosidad, no las doctrinas religiosas, sino la ausencia de ellas.

Arthur Schopenhauer dijo: «Las religiones son como las luciérnagas: sólo brillan en la oscuridad». Con las luces encendidas —sin creencias religiosas— quizá sigamos teniendo

vértigo al reflexionar sobre el ser humano y el mundo, al hacernos las sempiternas preguntas del tipo «¿Quiénes somos?» o «¿De dónde venimos?» pero, al menos, todo se verá más claro y dejaremos de creer que hay fantasmas en la habitación.

Me parece muy acertada la idea que Francis Bacon quiso expresar cuando escribió: «Los hombres temen la muerte igual que los niños temen la oscuridad; y, de la misma forma que los cuentos [los cuentos oscuros, matizaría yo] agrandan ese miedo natural en los niños, así pasa con los hombres». Mirar a la realidad directamente a los ojos puede

dar miedo al principio pero, una vez acostumbrado a ella, uno descubre una inmensa satisfacción por el conocimiento adquirido. Dejémonos de cuentos. Dejemos la luz encendida.

El poeta Patrice de la Tour du Pin creía que «las naciones que dejen de tener leyendas estarán condenadas a morir de frío». Aunque fuera cierto, como él pensaba y muchos otros opinamos, que el mundo perdería algo de su interés si las creencias infundadas fueran totalmente sustituidas por los hechos y la ciencia, me parece que tampoco debemos dejar que las supersticiones ocupen el lugar de la

razón.

Ni la existencia de dioses ni la inmortalidad del alma —los dogmas básicos de la mayoría de las religiones — se basan en hechos, sino en deseos, creencias y supersticiones.

Sin embargo, estoy convencido de que los seres humanos seguirán creyendo en ellos, entre otras cosas, porque a pesar de ser sólo dogmas son agradables, cautivadores y reconfortantes. El último dios morirá con los últimos hombres.

Pero entre esos últimos hombres, seguramente quedará alguno que se habrá negado a hacer el tercero de los

sacrificios que exigía san Ignacio de Loyola: el sacrificio del intelecto.

Desengáñate, pues, Hijo de la Naturaleza, de esas relaciones ficticias que se suponen entre tú y ese poder desconocido que la ignorancia ha engendrado y que el entusiasmo ha revestido de mil cualidades incompatibles entre sí.

Sé razonable: he ahí tu religión.

Sé virtuoso: he ahí tu camino hacia la felicidad.

Hazte útil a los demás: he ahí el medio de complacerles y de invitarles a secundar tus proyectos.

No te hagas daño: he ahí lo que se debe a sí mismo un ser sensato.

PAUL-HENRI THIRY, barón de
Holbach

Bibliografía

- ANDRÉ, Christophe, *Psychologie de la peur*, Odile Jacob, París, 2005.
- ANDRÉ, Christophe, *Imparfais, libres et heureux*, Odile Jacob, París, 2006.
- ARDEN, Paul, *God Explained in a Taxi Ride*, Penguin, Londres, 2007.
- AYALA, Francisco, *Darwin y el diseño inteligente: creacionismo, cristianismo y evolución*. Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- BEN JELLOUN, Tahar, *Le racisme expliqué à ma fille*, Éditions du

Seuil, París, 1998.

- BOILLOT, Hervé, *25 mots clés de la philosophie*, Maxi-livres, París, 2004.
- BOTTON, Alain de, *The Consolations of Philosophy*. Penguin, Londres, 2001.
- BRENIFIER, Oscar y DESPRÉS, Jacques, *La question de Dieu*, Éditions Nathan, París, 2010.
- CAMUS, Albert, *Le mythe de Sisyphe*, Gallimard, París, 1942.
- COMTE-SPONVILLE, André, *L'Esprit de l'athéisme*, Albin Michel, París, 2006.
- COMTE-SPONVILLE, André,

Présentations de la philosophie,
Albin Michel, París, 2000.

- CRITCHLEY, Simon, *The Book of Dead Philosophers,* Vintage Books, Nueva York, 2009.
- DAWKINS, Richard, *The God Delusion,* Transworld Publishers, Londres, 2007.
- DAWKINS, Richard, *The Greatest Show on Earth: The Evidence for Evolution,* Transworld Publishers, Londres, 2009.
- DENNETT, Daniel C., *Breaking the Spell,* Penguin, Londres, 2007.
- DUPRÉ, Ben, *50 Big Ideas You Really Need to Know,* Quercus

Publishing, Londres, 2009.

- EMANUELE, Pietro, *Los cien táleros de Kant*. Traducción al español de Carmen Artal, Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- FERRÁNDIZ, Alejandra y cols., *Lecturas de Historia de la Psicología*, Ediciones de la UNED, Madrid, 2001.
- FRANCE, Anatole, *Le jardin d'Epicure*. Coda Eds., París, 2004.
- GRASA, Ismael, *La flecha en el aire. Diario de la clase de filosofía*. Editorial Debate, Barcelona, 2011.
- HADDON, Mark, *The Curious*

Incident of the Dog in the Night-time, Vintage, Londres, 2004.

- HOFF, Benjamin, *The Tao of Pooh and the Te of Piglet*, Egmont Books, Londres, 2002.
- KIERKEGAARD, Sören, *Diario de un seductor*. Traducción al español de Francesc Cardona, Edicomunicación, Barcelona, 2003.
- KIERKEGAARD, Sören, *Tratado de la desesperación*. Traducción al español de Juan Enrique Holstein, Edicomunicación, Barcelona, 1994.
- LOCKE, John, *An Essay Concerning Human Understanding*, Penguin, Londres,

1997.

- MARINOFF, Lou, *Plato, Not Prozac!*, HarperCollins, Nueva York, 1999.
- MCGOWAN, Dale, *Parenting Beyond Belief*, Amacom, Nueva York, 2007
- MONTAIGNE, Michel de, *Les Essais*, LGF, París, 2002.
- MORRIS, Desmond, *The Naked Ape*, Vintage, Londres, 2005.
- ONFRAY, Michel, *Traité d'athéologie*, Grasset, París, 2005.
- PASCAL, Blaise, *Pensées*, Éditions de la Seine, París, 2005.
- PIQUEMAL, Michel, *Les*

philofables, Albin Michel, París, 2008.

- ROTTERDAM, Erasmo de, *El elogio de la locura*. Traducción al español de Felipe Payro Carrió, Edicomunicación, Barcelona, 1998.
- RUSSELL, Bertrand, *The Basic Writings of Bertand Russell*, Routledge, Londres, 2009.
- RUSSELL, Bertrand, *The Conquest of Happiness*, Routledge, Londres, 2006.
- SAFRANSKI, Rudiger, *Schopenhauer and the Wild Years of Philosophy*, Traducción al inglés de Ewald Osers, Harvard

University Press, Cambridge, Massachusetts, 1991.

- SAVATER, Fernando, *Ética para Amador*, Editorial Ariel, Barcelona, 1993.
- SCHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*. Traducción al español de Rafael-José Díaz y M^a Montserrat Armas, Ediciones Akal, Madrid, 2005.
- SCRUTON, Roger, *Spinoza: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2002.
- VERSELLE, Christophe, *Le dico de la philo*, E.J.L., París, 2006.

- YALOM, Irvin, *The Schopenhauer Cure*, HarperCollins, Nueva York, 2006.

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que, por sentirme en deuda con ellas, me gustaría dar expresamente las gracias en las líneas que siguen. Quiero aclarar que la inclusión de una persona en esta lista no implica necesariamente que esa persona comparta mi visión sobre los temas tratados en este libro.

Quiero dar las gracias:

A Armando Gronchi, por sus ánimos constantes; por sus muchas y brillantes reflexiones que me sirvieron para seguir avanzando con el manuscrito; por su lectura crítica, que me ayudó a

mejorarlo. Pero, sobre todo, por su amistad.

A Alexandra Takis y a Oliver Gutiérrez, por su certeza, que tanto aliento me transmitió, en que este libro acabaría llegando a buen puerto.

A José Luis Domínguez, por sus lúcidos comentarios con aroma a café que fueron el embrión del capítulo 15.

A Francisco del Río, por su alegría siempre contagiosa y por el entusiasmo ante la vida que transmite a todos y que siempre trato de imitar, aunque sin tanto éxito como él.

A mi agente, Anna Soler-Pont, por su inmediata convicción, en cuanto leyó el

manuscrito, de que a algunas personas les podría interesar leer las reflexiones sobre dioses y almas de un padre ateo.

A mi editora, Rocío Carmona, y a todo el equipo de Ediciones Urano por su confianza en este libro y por su buen hacer para convertirlo en realidad.

A mis sobrinos Ángel, Yolanda, Andrés y Mapi. A mi cuñado Ángel. A Minerva, Pablo, Margarita, Jeanine, Paco, Serena y Henri. A todos ellos, por sus constantes muestras de cariño.

A mis padres, Francisco y Francisca, por habérmelo dado todo; por haberme servido de ejemplo y de modelo para tantas cosas.

A mi mujer, Natalia, por su fe a prueba de bomba en todo lo que emprendo; por servirme de inspiración para aprender a amar todo lo bueno que nos rodea.

A mis dos hijos, por su paciencia conmigo. Por ser como son. Por haberme dado para escribir este libro, con tanta generosidad, tanto de ese tiempo al que tenían derecho. A ellos, sobre todo, porque me dan la vida.

Para terminar querría expresar mi agradecimiento, desgraciadamente póstumo, a tres personas.

A José Novella, por la naturalidad con la que, sabiendo que le quedaban pocos meses de vida, supo explicarles a mis hijos que todos los seres vivos, al igual que nacen, han de morir.

A mi buen amigo Dionisio Gracia, con quien pude compartir la noticia de la publicación de este libro, pero que no llegó a tenerlo entre sus manos. Hoy escribo estas líneas con su bolígrafo y con su eterna y preciosa sonrisa presente en mi recuerdo.

A Carmen G^a Novella, la persona por la cual me gustaría tanto estar equivocado y que los paraísos ficticios no fueran tales. A ella, por no haber

dejado nunca, ni en mis malos momentos
ni en los buenos, de estar a mi lado. Un
beso muy fuerte, hermana.



CLEMENTE GARCÍA NOVELLA.
Nació en Salamanca en 1970.
Licenciado en Ciencias Económicas por
la Universidad de Zaragoza, cursó
estudios de posgrado sobre política
económica internacional en la
universidad francesa de Aix-Marseille

III.

Entre los años 1998 y 2011 se dedicó a la traducción de textos económicos y jurídicos y a la gestión de su propia agencia de traductores e intérpretes. Sus estudios y trabajos le han llevado a residir en Bournemouth (Inglaterra), Aix-en-Provence y Toulouse (Francia), Valencia y Zaragoza (España).

En 2010 ganó el IV Concurso de Relatos Ciudad de Huesca con el cuento titulado *Pido perdón*, sus primeras palabras de ficción. En 2011, con su segundo cuento, titulado *Vida ciega*, quedó finalista del III Premio *Ovelles*

Elèctriques de relatos de ciencia-ficción.

Su primer libro, el ensayo titulado *¿Dónde está Dios, papá? Las respuestas de un padre ateo*, se publicó, en septiembre de 2012.

Actualmente compagina su labor como padre con la escritura de su segundo libro de no ficción y de su primera novela. Su gran pasión: la lectura de los filósofos clásicos.